


# BIANCA®

# Amor ardiente

Sandra Field

385 ptas. / 2,31 € · Argentina: $2,70 · México: $13,00

Amor ardiente

Sandra Field

15º Serie Multiautor Expecting! (Esperando)




**Amor ardiente (2001)**

**Título Original:** Expecting his baby

**Serie Multiautor:** **15º Expecting! (Esperando)**

**Editorial:** Harlequin Ibérica

**Sello / Colección: Bianca 1260**

**Género:** Contemporáneo

**Protagonistas:** Judd Harwood y Lise

***Argumento:***

*Lise tenía motivos de sobra para odiar a Judd Harwood. Tenía información de primera mano, proporcionada por su ex-mujer, sobre el despiadado magnate. Así que, aunque para ella tenía un atractivo irresistible, no se podía imaginar que iba a pasar una noche de pasión ardiente con él…*

*Judd necesitaba una niñera para su hija Emmy. Aunque sabía que era un error, Lise aceptó el trabajo. Le parecía el mejor modo de ahorrar mucho dinero para tomar un nuevo rumbo en su vida profesional.*

*Entonces supo que iba a tener un niño de Judd. Lise se encontró ante una dolorosa encrucijada: si se marchaba, le haría mucho daño a Emmy. Si se quedaba, su embarazo se descubriría y Judd querría casarse con ella…*

## Capítulo 1

Había una mujer en la cama.

Una mujer extraordinariamente atractiva.

Judd Harwood se quedó quieto, mirando fijamente la figura dormida que se escondía bajo la colcha blanca de hospital. Se había equivocado de habitación. Estaba buscando a un hombre, no a una mujer. Pero en vez de salir y preguntar por la dirección correcta, Judd siguió en su sitio, mientras sus ojos de color azul pizarra escudriñaban a aquella mujer. Tenía una bolsa de hielo que le envolvía el hombro derecho y parte del brazo. Estaba muy pálida; un hematoma en la curva del mentón sobresalía en contraste con su piel blanquecina. ¿Había tenido un accidente de coche, o se había caído en el hielo? ¿O se trataba de algo peor? Desde luego, no se trataba de una violación.

Cerró los puños con fuerza en un gesto de furia contenida. ¿Podría haber sido su marido? ¿O su amante? Habría golpeado a ese bastardo si hubiera tenido oportunidad. Primero lo hubiera tumbado y luego habría preguntado. Pero, ¿acaso no estaba reaccionando de un modo exagerado? Se trataba de una mujer que no conocía, de la que no sabía nada.

No tenía por costumbre salir en defensa de mujeres desconocidas. Tenía cosas mejores que hacer con su tiempo.

Apretando la mandíbula, Judd devolvió toda su atención a la mujer. Tenía las cejas arqueadas y los pómulos levemente hundidos. Notó cómo le asaltaba el deseo de acariciar la curva que el óvalo de su rostro dibujaba desde el ojo hasta la comisura de la boca. «Una boca para besar», pensó con la garganta seca. La mujer dormía. Judd sintió una enorme curiosidad por saber de qué color serían sus ojos. ¿Grises como nubes de tormenta? ¿Marrones como la tierra mojada? Era pelirroja, aunque esa palabra no hacía justicia a una melena rizada del color del fuego.

Fuego.

Esa palabra trajo a su mente una oleada de imágenes de pesadilla y Judd sintió un escalofrío. No tenía tiempo para esto. Necesitaba encontrar al bombero que había salvado a Emmy para agradecerle de todo corazón su intervención y regresar junto a su hija. Emmy estaba sedada y tardaría varias horas en despertarse, tal y como le había explicado el doctor. Pero Judd no quería correr riesgos.

Entonces, ¿por qué seguía allí parado?

Con el ceño fruncido, salió de la habitación procurando no mirar el nombre de la paciente escrito en el historial, que colgaba a los pies de la cama. Una enfermera, cuyo uniforme estampado era una explosión de color, corría hacia él por el pasillo vacío.

—Perdone, estoy buscando a un bombero que ha sido ingresado a primera hora de la tarde. Rescató a mi hija y necesito verlo para darle

las gracias. Pero ni siquiera sé cómo se llama.

La enfermera, con la respiración entrecortada, le devolvió una sonrisa.

—De hecho, se trata de una mujer. Pero no creo…

—¿Una mujer? —repitió Judd sin comprender.

—Así es —reconoció la enfermera, cuya sonrisa era menos amistosa—. También hay mujeres en los grupos de rescate. Está en la habitación 214. Pero dudo que haya vuelto en sí.

Ese era el número de la habitación en la que había entrado por error. Mientras procuraba recuperar el autocontrol, Judd se excusó con cierta brusquedad.

—Me he equivocado al creer que se trataba de un hombre. Gracias por su ayuda.

—Si quiere hablar con ella, es mejor que espere a mañana. No se la dará el alta hasta el mediodía.

—De acuerdo. Gracias.

La enfermera desapareció por el pasillo. Lentamente, Judd regresó a la habitación 214. La mujer seguía exactamente en la misma posición que hacía unos minutos. El borde de la sábana se mecía suavemente al compás de su respiración. Se acercó a la cama, mirándola como si quisiera imprimir en su memoria cada rasgo, asaltado por la extraña sensación de que le recordaba a alguien conocido. Pero, ¿quién? No sabría decirlo y se fiaba de su memoria. Con toda seguridad, era la primera vez que la veía. No podría haberla olvidado. La perfección de su estructura ósea. La suave firmeza de las muñecas. Los dedos, largos y fuertes, abarquillados sobre la colcha de algodón.

Dedos sin anillos. ¿Es que no estaba casada?

Llevaba las uñas sucias. Bueno, era algo normal. Al fin y al cabo, trabajaba como bombero.

Era la mujer que había salvado a su hija. Judd no necesitaba cerrar los ojos para recordar la espantosa escena que lo había recibido cuando el taxi que le traía desde el aeropuerto Dorval de Montreal lo dejó frente a su casa.

Aferrado a su maletín, Judd vio tres coches de bomberos aparcados en el césped con las luces rojas brillando en la oscuridad. Los bomberos, vestidos con chaquetas amarillas, gritaban sin parar, escupiendo órdenes en un intercomunicador. El agua silbaba al salir de las mangueras enrolladas. Una gran humareda negra nacía en la azotea, flanqueada por lenguas de fuego que aparecían y desaparecían sin descanso. Por un momento, Judd parecía aturdido, anclado a la tierra. El corazón le latía con tal fuerza que acallaba todos los demás sonidos. Conocía el miedo. Por descontado. Algunas de las situaciones

que había vivido en su pasado le vinieron a la cabeza. Pero nunca había sentido nada tan devastador como el terror que en aquellos momentos, le atenazaba cada nervio y cada músculo de su cuerpo al pensar en Emmy atrapada en ese infierno de humo y fuego.

Una escalera metálica, apoyada sobre el muro, había alcanzado las ventanas de la casa. El ala en el que dormía Emmy…

Judd corrió en esa dirección, llamando a su hija. Cuatro policías saltaron sobre él, lo agarraron de los brazos y trataron de retenerlo. Un quinto policía se abalanzó sobre él cuando había logrado escapar. En ese momento, Judd vio un bulto pequeño salir por la ventana. Otro bombero, de pie en la escalera, lo sujetó en sus brazos. Judd lanzó un grito sordo, al tiempo que el bulto pasaba a manos de otro bombero. En ese instante, el policía soltó a Judd.

Corrió con todas sus fuerzas a través del césped helado. En el momento en que el bombero depositó sobre sus brazos el cuerpo de Emmy, el pánico en la mirada de su hija le cortó como un cuchillo y la levedad de su cuerpo le llegó al corazón.

Abrazó a su hija con fuerza y subió a la ambulancia que estaba esperando. Mientras subía, aún tuvo tiempo de echar un último vistazo a la azotea por encima del hombro, bañada por innumerables chispas que, en otras circunstancias, habría resultado un espectáculo asombroso. Una viga ennegrecida golpeó al bombero que había sacado a Emmy por la ventana. A pesar del casco, la figura se tambaleó y a punto estuvo de caer. Judd, con una mezcla de terror y fascinación, vio como otro bombero, desde lo alto de la escalera, agarraba la manga amarilla de la chaqueta y levantaba a pulso a su compañero hasta el alféizar carbonizado. El gesto fue aclamado por todos los que seguían la acción desde abajo. Entonces Judd se volvió, protegiendo a Emmy de las llamas y las luces vacilantes.

Judd volvió a la realidad con una sacudida y se humedeció los labios. Emmy, pese al humo que había inhalado, estaba fuera de peligro. Después de que la hubieran dormido con un tranquilizante, había decidido buscar al bombero con quien había contraído una deuda de gratitud que nunca podría pagar.

La mujer de la cama.

No podía medir más de un metro setenta y cinco. Sus rasgos carecían de la perfección de los de Angeline: la nariz ligeramente aguileña, la boca demasiado grande. Angeline era su ex mujer, la madre de Emmy. Una modelo de fama mundial, que nunca se habría dejado sorprender con las uñas sucias.

No quería pensar en ella. La elegancia en los movimientos, las miradas de asombro, una figura seductora y los ojos de un azul

profundo. Ahora no. Se habían divorciado cuatro años atrás, y en ese tiempo apenas había tenido noticias suyas.

La mujer se movió ligeramente, musitando algo entre dientes. Las pestañas temblaron un segundo. Pero enseguida suspiró y su respiración se acompasó de nuevo. De algún modo, en medio del torbellino de humo y fuego, y en plena oscuridad, aquella mujer había encontrado a Emmy y la había llevado hasta la ventana para ponerla a salvo en manos de un compañero.

Judd caminó hasta situarse a los pies de la cama y, sin apenas esfuerzo, comenzó a leer los datos claramente consignados en el historial médico. El nombre de la mujer no tardó en aparecer: Lise Charbonneau. Edad: veintiocho años.

Entonces frunció el ceño y su mirada adquirió la determinación que muchos de sus socios habrían reconocido sin dificultad. El nombre de soltera de Angeline también era Charbonneau. Y una de sus primas menores se llamaba Lise. La había conocido en su boda, hacía un montón de años.

No podía tratarse de la misma persona. Serían demasiadas coincidencias seguidas.

Pero recordaba que Lise, con trece años, ya tenía una larga melena pelirroja. Y sus pómulos ya anunciaban esa elegancia innata. También había usado un corrector dental y tenía el aspecto desgarbado de un potro salvaje, carente de buenos modales. Aunque sus ojos eran, ya por entonces, de un verde tan intenso como la primavera, y su forma almendrada llamaba la atención.

Rebuscó en su memoria. ¿Acaso no se había criado con Angeline y Marthe, la madre de Angeline, tras la trágica muerte de sus padres? ¿Y no habían muerto en un incendio?

¿Era esa la razón que había impulsado a Lise Charbonneau a hacerse bombero?

La prima de Angeline había salvado a la hija de Angeline… una extraña e increíble ironía. Al pensar en ello, decidió que lo mejor sería avisar a su ex mujer. El mismo siempre había sido carne de cañón para los periodistas. No quería que Angeline se enterase de lo ocurrido en las noticias.

Pero la mujer volvió a moverse y dejó escapar un breve gemido. Judd concentró toda su atención en ella y se situó en la cabecera de la cama, mientras asistía a la lucha que aquella mujer mantenía por recuperar la conciencia. «También recuperará la conciencia del dolor», pensó Judd amargamente, mientras agarraba el timbre que colgaba sobre la almohada y aplacaba el impulso de tomar entre sus dedos un mechón de pelo, un cabello que podría calentar el corazón de un hombre.

—Está bien. He llamado a la enfermera —susurró con delicadeza.

La joven parpadeó varias veces antes de abrir completamente los ojos y enfocarlos sobre Judd. Eran de un verde claro y brillante, exquisitamente formados. Pese a la tensión del momento, Judd esperó a que ella hablara.

El contorno de aquel hombre aparecía borroso, vibrando al tiempo que sentía las punzadas de dolor en el hombro. Lise bizqueó y procuró combatir el embotamiento que le producían el dolor y los calmantes. De esta forma, pudo obtener una visión más clara, más nítida y del todo reconocible.

Judd. Judd Harwood. De pie junto a su cama, la estaba mirando con una intensidad que hizo que su corazón saltara en su pecho. «Ha venido por mí», pensó entre mareos. Por fin. El caballero en su brillante armadura, su príncipe azul… ¿Cuántas veces, en su juventud, había soñado con un despertar así? El cuerpo robusto, de anchas espaldas y caderas pequeñas, la mandíbula cuadrada y una vitalidad rebosante: Había estudiado ese cuerpo tanto como el suyo propio. Lo había estudiado y había suspirado por él. Sin esperanzas. Porque durante todos esos años, Judd había estado enamorado de Angeline.

Pero ahora era como si todos los sueños de juventud se hubieran fundido, y hubiera despertado para encontrar al primer hombre al que había amado mirándola con tanta pasión que podía sentir el calor en cada miembro de su cuerpo. Siempre había estado locamente enamorada de él, en silencio, pese a ser el marido de su prima. ¿Cómo podía no amarlo? Para una adolescente solitaria e impresionable, las miradas y el fuerte carácter de Judd habían provocado el mismo desgarro que el filo de un hacha haciendo astillas su inocencia. Desde entonces había vivido una profunda desilusión, al comprobar cómo sus pequeñas ensoñaciones acababan hechas pedazos en el mundo de los adultos.

Judd Harwood. El marido infiel de su querida prima Angeline. El hombre que había negado a Angeline la custodia legal de su propia hija, demasiado ocupado en amasar una gran fortuna para jugar otro papel que el de padre y marido ausente. Un vividor con una amante en cada puerto.

«Pero, ¿qué está haciendo él junto a mi cama?», se preguntó, mientras intentaba poner en claro sus pensamientos. ¿Y dónde estaban? Porque eso no era un sueño. El dolor sordo y punzante en el hombro y la sensación de tener un millón de agujas pinchándole los ojos eran muy reales. Y él también lo era, desde luego. Notó como el cabello, antaño fuerte y moreno, había comenzado a encanecer en las sienes. Pero los ojos seguían teniendo esa cualidad camaleónica entre el azul y el gris, y la mandíbula irradiaba más arrogancia que nunca.

—¿Dónde? —preguntó con voz ronca.

—He avisado a la enfermera —contestó con voz profunda de barítono, que confirmó lo que ella ya sabía—. No te muevas, llegará en un minuto.

—Pero, ¿qué estás haciendo…?

La puerta se abrió y entró la enfermera. Avanzó directamente hasta la cama, sin dejar de sonreír a Lise.

—Veo que se ha despertado. Pero, por su expresión, yo diría que no se encuentra demasiado bien. Aumentaré el goteo del calmante. Eso la aliviará el dolor del hombro.

Haciendo gala de una exquisita profesionalidad, la enfermera le tomó el pulso y la temperatura, hizo algunas preguntas y administró la dosis necesaria para reducir las punzadas.

—Tardará unos minutos en hacer efecto —asintió con energía y, dirigiendo su atención hacia Judd—. ¿Podría usted quedarse con ella hasta que se duerma?

—Por supuesto —afirmó este.

Tras dedicar una última sonrisa a Lise, la enfermera abandonó la habitación. Entonces Judd habló sin perder la calma.

—Eres la misma Lise que conocí años atrás, ¿verdad? La prima de Angeline. ¿Me recuerdas? Soy Judd Harwood.

Claro que lo recordaba.

—No quiero hablar contigo.

Había planeado decir esto con decisión y furia, acompañando todo el desprecio que abrigaba hacia él. Pero tenía la lengua pastosa, y su respuesta apenas fue audible para ella misma. A pesar de la frustración lo intentó de nuevo, luchando por ordenar sus pensamientos con cierta coherencia.

—No tengo nada que decirte —musitó, exhausta por el esfuerzo.

—Lise…

Judd se acercó tanto que podía distinguir con nitidez la curva de sus labios y la marca de su barbilla. Una ola de pánico invadió a Lise. Giró la cabeza hacia el otro lado y cerró los ojos con fuerza.

—Vete —farfulló.

—Volveré mañana a primera hora. Pero quiero que sepas lo agradecido que… la verdad es que no hay palabras. Has salvado a mi hija, Lise, arriesgando tu propia vida. Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Lise abrió los ojos de golpe. Lo miró boquiabierta, tratando de asimilar sus palabras, recordando la búsqueda de pesadilla de habitación en habitación, la carrera por las escaleras que subían al desván y la niña acurrucada en la esquina.

—¿Quieres decir que el incendio fue en tu casa? —preguntó con voz ahogada.

Judd asintió con la cabeza.

—Solo había oído que el dueño estaba fuera y que en la casa había una niña con su canguro. Nadie me dio nombres —recordó con creciente excitación.

—Mi hija. Emmy.

—También es hija de Angeline. ¡No lo olvides!

—Angeline nos dejó cuando Emmy tenía tres años —recordó Judd con severidad.

—La arrebataste la custodia.

—Ella no la quería.

—Eso no fue lo que me contó.

—Mira —dijo Judd sin perder el control—. Este no es el momento para analizar mi divorcio. Has salvado la vida de Emmy. Demostraste tener mucho valor.

Judd tomó sus manos entre las suyas.

—Gracias. Es lo único que tenía que decir.

Lise tomó la calidez de su tacto y notó cómo la fuerza latente brotaba de la punta de los dedos y recorría todo su cuerpo como una llama recorrería una mecha.

—¿Realmente crees que necesito tu gratitud? —gritó.

Odiaba tenerlo tan cerca, y se despreciaba a sí misma por tener conciencia de esta proximidad. No tenía ningún sentido reaccionar como la adolescente enfermizamente enamorada que fue. Tenía veintiocho años y había visto muchas cosas. Él no significaba nada para ella. Nada. Trató de desprenderse de su mano, pero el esfuerzo le produjo un latigazo de dolor desde el codo hasta el hombro que la hizo soltar un grito agudo.

—¡Por amor de Dios, estate quieta! —ordenó Judd—. Actúas como si me odiases.

—¿Y eso te extraña? —preguntó Lise algo sorprendida por la falta de perspicacia de la que Judd hacía gala.

Judd se enderezó y dejó caer su mano junto al costado. Lise sintió un inmenso alivio. Un sentimiento que ella no habría sabido definir cambió el semblante de Judd.

—Tú creciste con Angeline —dijo en un tono sin matices.

—Yo la adoraba —afirmó desafiante—. Ella representaba todo lo que yo siempre quise ser, y estuvo a mi lado cuando más la necesité.

También era cierto que Angeline solo se había mostrado atenta en determinadas ocasiones y de una forma poco convencional. Algo que Lise había comprendido con los años. Pese a todo, en la etapa que más sola se había sentido, su prima se había tomado la molestia de enseñarle a bailar, la había aconsejado sobre su aspecto y sobre cómo tratar a los chicos. Le había prestado atención. Y eso era más de lo que su tía Marthe había hecho.

—La adoración no es el más diáfano de los sentimientos —dijo Judd.

—¿Qué sabrás tú de sentimientos?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Imagínatelo, Judd —dijo Lise con cansancio.

El calmante empezaba a hacer efecto y el dolor del hombro había remitido. Sintió cómo le vencía el sueño y su cuerpo pesaba. Solo quería quedarse sola. De pronto, la puerta rechinó al abrirse y, con gran sensación de alivio, Lise reconoció a Dave.

Dave McDowell era su compañero y casi siempre tenían el mismo turno. Le gustaba trabajar con él. Sabía que podía confiar en él en los momentos de máxima tensión. Todavía vestía el mono de trabajo azul que llevaban bajo la ropa. Parecía agotado.

—Dave… me alegro de que estuvieras en esa escalera —susurró Lise.

—Sí —respondió—. Esta vez has ido demasiado lejos. Lise.

—La niña no estaba en su habitación. Por alguna razón subió a dormir al desván. Me llevó más tiempo de lo esperado encontrarla.

Judd emitió un leve carraspeo. Emmy tenía por costumbre dormir en el desván cuando estaba sola. Y esta vez él se había marchado durante cuatro días. Por lo tanto, si ella hubiera muerto en el incendio por haberse escondido, toda la culpa habría recaído sobre sus hombros.

Incapaz de encarar sus propios pensamientos, Judd fue al encuentro de Dave.

—Hola. Me llamo Judd Harwood. Lise rescató a mi hija del incendio. Así que, si tú eras quien estaba en lo alto de la escalera, también estoy en deuda contigo.

—Dave McDowell —saludó Dave con una sonrisa burlona que iluminó sus ojos marrones—. Lise y yo formamos un buen equipo. Solo que no siempre sigue las reglas.

—Las normas solo tienen sentido si se rompen —musitó Lise.

—Un día de estos, irás demasiado lejos —advirtió Dave con gravedad.

—Dave, sabes que peso menos que los chicos. Eso me permite llegar a sitios a los que vosotros no podríais acceder. Y rescaté a la niña, ¿no es cierto?

—Solo digo que a veces me pones los pelos de punta.

Lise dejó escapar un murmullo. Dave, fingiendo sorpresa, sacó un ramo de flores que escondía en la espalda.

—Las he recogido de camino. Aunque, según me han dicho, mañana te dan el alta.

—¿Vendrás a recogerme? —preguntó Lise.

—Puedes estar segura.

—Bien.

—Incluso puede que limpie tu apartamento.

—Una habitación desordenada es señal de una mente creativa —afirmó Lise con exagerada dignidad.

—Es señal de alguien que prefiere leer novelas de misterio antes que limpiar.

—Lo encuentro perfectamente razonable —dijo Lise con una sonrisa.

Judd cambió de posición. La buena relación entre los otros dos le ponía furioso, aunque no sabía muy bien por qué. Así que Dave conocía el apartamento de Lise. ¿Acaso eran amantes además de compañeros de trabajo? ¿Y qué si lo fueran? ¿Es que eso debía importarle a él? Aparte de ser la mujer que había salvado la vida de Emmy, Lise Charbonneau no significaba nada para él.

Aunque debía admitir que resultaba muy atractiva, de un modo en que Angeline nunca podría serlo. Un atractivo que iba mucho más allá del físico, que nacía no solo del valor sino también del sentimiento.

—Pasaré la noche en el hospital con mi hija. Vendré por la mañana, Lise, para ver cómo te encuentras —dijo con brusquedad.

—Preferiría que no lo hicieras —replicó con aspereza—. Ya me has dado las gracias. No tenemos nada más que decirnos.

Dave asistía a la escena con creciente asombro.

—Entonces seguiremos en contacto cuando salgas —sentenció Judd—. McDowell, gracias de nuevo. Tu equipo hizo un gran trabajo.

—No hay problema, amigo.

Judd salió de la habitación y encaminó sus pasos por el pasillo hacia el ascensor. No estaba acostumbrado a que le mandaran a paseo. Pero, ¿a quien quería engañar? A él nunca le mandaban a paseo. La combinación de su fortuna y su presencia cautivaba a las mujeres, y eso le daba ventaja para ser él quien tomaba las decisiones. Siempre de una manera educada, con mano izquierda. Pero el mensaje siempre era el mismo. Se acabó.

Lise Charbonneau no podía verlo ni en pintura. No tenía la menor duda al respecto. ¡Maldita sea! Incluso en su estado había reunido la energía suficiente para hacerle saber que era el ser más despreciable del mundo. Y todo por culpa de Angeline. Quien, finalmente, se había deshecho de él como quien abandona un par de botas viejas. El problema es que, en aquel tiempo, aquello le dolió mucho. Mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Durante los once años que había durado su matrimonio, hizo todo lo posible por mantenerlo unido y preservar la intensa emoción que había sentido la primera vez que vio a Angeline. Pero ninguna de sus tácticas funcionó. Ni fue capaz de dar carpetazo a la relación antes de que fuera demasiado tarde ni mostró suficiente interés frente al matrimonio.

Esa era su cruz.

Tenía que llamar por teléfono a Angeline a primera hora de la mañana: presumía que estaría en el castillo del Valle del Loira, residencia principal de su segundo marido, Henri. Quien, por cierto, no tenía más dinero que él. Judd, en todo caso, no podía presumir de contar, entre sus antepasados, con duques y condes. Muy al contrario, si alguna vez pensaba en Angeline, era todavía más extraño que se remontase a su crianza en la sórdida vecindad del Sur de Manhattan.

El ascensor tardaba una eternidad en llegar, pero finalmente entró en la habitación de su hija. La niña dormía plácidamente, igual que cuando la dejó. Había heredado los ojos de su madre, de un azul profundo, y el óvalo de su cara. Pero tenía el pelo largo y negro como él, y había heredado también su rapidez mental y la capacidad para guardar silencio. La amaba desde el mismo día de su nacimiento. Pero casi nunca sabía con exactitud que era lo que pensaba.

Mientras se acercaba a ella y le apartaba el pelo de la cara, Emmy no se movió. Le hubiera gustado hacer lo mismo con Lise, aunque por motivos bien distintos. Motivos que en ningún caso eran puros como el amor de un padre por su hija.

Aún no había terminado con Lise. De alguna forma, estaba seguro. Aunque si estuviera comprometida con Dave, eso le daría una razón para mantener las distancias. Si no le había gustado verse rechazado una vez, ¿por qué habría de querer experimentarlo una segunda vez? Además, nunca se había entrometido entre una mujer y su amante. Y no iba a empezar ahora.

«Es mejor que te olvides de Lise Charbonneau y trates de dormir un poco», se dijo. A la mañana siguiente debía cuidar de Emmy, hablar con el agente de seguros, con la policía y con el contratista para las reparaciones. No necesitaba distraerse con una pelirroja que lo consideraba la escoria de este mundo. A regañadientes, se tumbó en la cama plegable que las enfermeras habían puesto a su disposición y fijó la mirada en el techo. Pero tardó mucho en dormirse, obsesionado con dos imágenes que le rondaban la cabeza.

Emmy durmiendo en el desván porque se encontraba sola.

Y las uñas sucias de Lise. Una suciedad provocada por el incendio en el que entró, arriesgando su vida, para salvar a Emmy.

## Capítulo 2

«Ya han pasado tres días desde el incendio y este hombro me sigue matando», pensó Lise con enfado. Odiaba estar de baja. Eso la dejaba mucho tiempo para pensar. Y aún la dolía más sentirse inútil e incapaz. Era casi mediodía y todo lo que había hecho era darse una ducha, hacerse la cama y comprar algo de comida. El taxista había sido tan amable de subir las bolsas hasta su apartamento. Pero tuvo que colocarlas de una en una porque solo podía utilizar un brazo. No estaba durmiendo bien. Veía mucho la televisión, leía hasta que le dolían los ojos y, en suma, estaba de muy mal humor.

Empujó una silla hasta la encimera, se subió y buscó un paquete de arroz en el armario. Pero cuando bajaba el paquete en su mano buena, se golpeó el hombro herido con el pico de la puerta del armario. El dolor se extendió a lo largo de todo el brazo. Con un grito agudo, dejó caer el arroz. El paquete chocó con una lata de tomates, se abrió y el arroz se esparció por toda la cocina.

Lise había aprendido un montón de tacos trabajando con un equipo de hombres. Pero ninguno parecía servir para expresar lo que sentía en aquel momento. Apoyó la cabeza contra la puerta del armario mientras afloraban a sus mejillas las lágrimas de frustración. ¿Qué era lo que había hecho mal? ¿Por qué sentía repentinamente unas irrefrenables ganas de gritar?

Necesitaba un cambio. Esa era la razón. Necesitaba dar un giro radical a su vida.

No era la primera vez que le asaltaba un pensamiento así. Pero nunca con tanta intensidad. Y esta imperiosidad la asustaba porque si dejaba su trabajo en el cuerpo de bomberos, ¿qué podría hacer? Hacía casi diez años que tenía ese trabajo. No tenía un título universitario ni atesoraba una pizca de talento artístico. Cualquier relación con el mundo comercial la hacía parecer idiota. Ni siquiera sabía llevar las cuentas.

¿Cómo podía siquiera pensar en dejar su trabajo?

Con la mano sana, alcanzó el paquete de pañuelos. Pero, al tirar para sacar uno, más granos de arroz se esparcieron por la encimera. Había que pasar un trapo. La pila estaba atascada. «Mi vida es un desastre», pensó al tiempo que se sonaba la nariz y bajaba de la silla. Y ella odiaba a las plañideras. Podría prepararse un batido y comerse seis raciones de pastel de chocolate. Eso le daría la energía necesaria para limpiar el arroz. Y tal vez hasta la nevera.

En cierto modo, pensar en el pastel de chocolate la animó. Ella misma lo había preparado el día anterior con no pocas dificultades. Sacó la bandeja de encima de la panera, pero cuando abría el cajón para tomar un cuchillo, alguien llamó a la puerta.

Habían golpeado con decisión. Extrañada. Lise fue hasta la puerta

y echó un vistazo por la mirilla.

Judd Hanvood esperaba en el descansillo.

Era la última persona que esperaba ver. Abrió la puerta con furia.

—Ya te dije que no quería verte. Y además, ¿Cómo has conseguido entrar en el portal?

—Esperé a que alguien abriera la puerta —replicó con suavidad—. Tienes muy buen aspecto, Lise.

—Alégrame el día, ¿quieres?

—Desde luego, parece que lo necesitas. Y quizás yo pueda animarte.

—No lo creo.

Pero al tratar de cerrar la puerta, Judd puso el pie atravesado impidiendo que la cerrara.

—Judd, gritaré con todas mis fuerzas si no te largas —amenazó hecha una furia.

Judd la dedicó una encantadora sonrisa, aunque su mirada traicionaba esa aparente tranquilidad.

—Tengo que pedirte un favor. Se trata de Emmy y es importante. Solo quiero que me escuches cinco minutos.

—¿Siempre utilizas a los demás para tus propios fines?

—Te estoy diciendo la verdad —replicó Judd con voz metálica—. ¿Es que no puedes creerme?

—No, si viene de ti.

—Si vamos a tener una pelea y vas a montarme una escena, al menos hagámoslo en privado.

Dicho lo cual, empujó la puerta y entró en el apartamento de Lise.

Medía doce centímetros más que ella y pesaba casi treinta kilos más, por no hablar de su fuerza. Lise dio un portazo y se quedó apoyada contra la puerta.

—Dime de qué se trata y hazlo rápido.

Judd se acercó a ella.

—Has estado llorando.

—¿Cuál es el favor? —masculló Lise entre dientes.

—¿Qué te pasa?

—Nada. O todo. No puedo volver al trabajo, tengo el brazo derecho inutilizado y me estoy volviendo loca aquí encerrada todo el día. ¿Sabes que estuve haciendo ayer durante todo el día? Estuve viendo la saga de La Guerra de las Galaxias por tercera vez. ¿Qué más quieres saber? Y además, ¿qué vas a hacer al respecto? ¿Compadecerme?

—Ya te lo he dicho. Quiero pedirte un favor.

—He leído artículos sobre ti en todas las revistas. Las mansiones, los coches, los aviones y tus mujeres. Eres el propietario de una compañía aérea. Todo esto no son más que eufemismos. Tienes poder y dinero. ¿Y esperas que crea que yo puedo serte útil? No me hagas

reír.

Judd no pudo contener una sonrisa.

—Las pelirrojas tenéis carácter, no cabe duda. Escucha, esta mañana no he podido desayunar. Por qué no preparo una cafetera y nos sentamos para charlar como personas civilizadas.

—Tenerte cerca me hace ser muy poco civilizada —soltó de golpe, e inmediatamente deseó no haber dicho eso.

—¿De veras? —admitió Judd—. Interesante.

Lise no podía retroceder. Sentía en su hombro la presión que ejercía su cuerpo al apoyarse en la puerta.

—Judd, dejemos las cosas claras. No me gustas. No me gustó lo que le hiciste a Angeline. Así que no tiene sentido que nos sentemos a charlar. Por favor, dime qué es lo que quieres que haga y luego, márchate.

—Me iré cuando esté preparado.

Lise cabeceó con hastío.

—Trabajo rodeada de hombres. No necesito más demostraciones de hombría en casa.

—¿No puedes expresarte con libertad?

—No puedo permitírmelo. Trabajo rodeada de hombres.

De pronto, Judd se echó a reír. A los ojos de Lise, el vestíbulo se quedaba pequeño ante tanta vitalidad. Aguantó la respiración, preguntándose por qué no había salido a tomar café esa mañana. Solo deseaba estar en otro sitio. Pero, antes o después, Judd la habría encontrado. No le cabía la menor duda. Tuvo que admitir su derrota, pero solo por el momento.

—¿Normal o descafeinado? —preguntó de mala gana.

—Me da igual. ¿Dónde está la cocina?

Lise hizo una mueca de dolor.

—La sala de estar está ahí. Tardaré solo un minuto.

—¿Es que tienes a alguien escondido en la cocina, Lise?

El destello de humor en sus ojos grises era irresistible y Lise no pudo contener la risa. «No puedo permitirme reírme», pensó presa del pánico.

—Ningún hombre respetable se escondería en mi cocina —dijo, y enseguida añadió—. Ten cuidado al pisar. Judd se paró en la puerta de la cocina.

—Bueno —dijo echando un vistazo—. Si Dave vino a limpiarte el apartamento el otro día, está claro que no es lo suyo.

—¡Dave no vive aquí!

—¿Es tu amante?

—¿Con qué derecho me preguntas eso?

—No estoy seguro —contestó Judd dubitativo—. ¿Sois amantes?

De ninguna manera iba explicar su relación con Dave, solo para

que Judd pudiera hacerla trizas.

—No es asunto tuyo.

—Entiendo. En ese caso… tomaré el café solo. Con un poco de miel, si tienes. Por cierto, ¿es que has tirado el arroz contra la pared?

Lise miró a su alrededor.

—Estaba intentado guardar las cosas. Me golpeé en el hombro con el pico del armario. El paquete de arroz chocó contra esa lata y explotó, como puedes ver.

—El arroz es símbolo de fertilidad —replicó Judd con ligereza—. ¿No es esa la razón por la que tiran arroz en las bodas?

—¿Eso fue lo que hicieron en tu boda?

Judd parpadeó.

—No. Angeline prefirió confetti dorado. El arroz le parecía demasiado vulgar.

Angeline nunca quiso tener un hijo. Se preocupaba mucho más por su figura que por complacer a su marido. El nacimiento de Emmy había sido un accidente.

Por un momento, Lise habría jurado adivinar un rescoldo de auténtico dolor en las palabras de Judd. Pero un instante después, su mirada estaba en guardia y no dejaba traslucir ninguna emoción. Debía haberlo imaginado. Pensar que Judd Harwood se sintiera dolido por algo que ella hubiera dicho era, sencillamente, ridículo.

—¿Dónde guardas la aspiradora? —preguntó sin demasiado interés —. Más vale que recoja todo esto antes de que resbales y te partas el cuello.

Judd Harwood dirigía la compañía aérea más lujosa del mundo. Era imposible abrir un periódico sin leer algo sobre él. ¿Y ahora estaba a punto de pasar la aspiradora a su apartamento? Algo tan vulgar, por usar la misma palabra que él, nunca se le había pasado por la cabeza en sus sueños de adolescencia. Por aquel entonces, su imaginación le dibujaba loco de deseo, estrechándola en sus fuertes brazos para alejarla de Marthe, de la horrible casa de ladrillo en Outremont y del aburrimiento, solo interrumpido por las labores del hogar y las citas con el dentista.

—La aspiradora está en el armario de la entrada —señaló Lise—. Yo recogeré todo el arroz de la encimera y lo tiraré al suelo.

—Está bien.

En el momento en que salió de la cocina, lo siguió con la mirada. Tenía los nervios a flor de piel. Desde el momento en que Judd había cruzado el umbral de la puerta, cualquier resto de autocompasión había desaparecido. Pero podía manejarlo. Ya no era la jovencita inocente de antes. Ahora tenía experiencia y podía enfrentarse a Judd. Preocupada, Lise agarró un trapo de entre la pila de platos sucios y empezó a recoger los granos de arroz para tirarlos al suelo. Algo que

podía hacer sin dificultad.

Cuando Judd regresó, se había quitado la cazadora de cuero y estaba remangándose la camisa azul de algodón. Los vaqueros estaban algo gastados y se ajustaban a su cuerpo. Lise lo miró de reojo.

—Todavía no puedo usar el brazo derecho. Me hace parecer torpe.

—Espero que no sea crónico —respondió con preocupación.

Lise pensó que su interés era verdadero.

—No. Solo tengo el hombro en tecnicolor —contestó. Y vio como Judd bajaba los ojos.

Lise llevaba puesta una camiseta que había encogido en la secadora. Era de color turquesa, con colibríes naranjas revoloteando sobre sus pechos. El hematoma del mentón se había transformado en una mancha amarillenta. «Tengo el aspecto perfecto para conquistar al hombre de mis sueños», pensó.

—Será mejor que salga de la cocina mientras pasas el aspirador. No es lo suficientemente grande para dos personas.

Judd buscó el enchufe más próximo.

—Quizá por eso no te has casado nunca.

—¿Acaso no podías serle fiel a Angeline? —replicó Lise cordialmente.

—Lo fui.

Lise resopló.

—Mira bien debajo de los armarios. Quién iba a pensar que un paquete de arroz podía organizar un caos semejante.

—¿Estás cambiando de tema?

—No se te escapa una —replicó Lise con una sonrisa provocativa.

—Eres increíblemente atractiva —soltó Judd con inesperada violencia.

«No puede estar hablando en serio», pensó Lise. Debía ser su forma de actuar con las mujeres, una conducta aprendida. Pese a todo, Lise se sonrojó. «¿Yo? Estoy hecha un desastre». «Gracias, Judd». Esa sería una respuesta más apropiada. O tal vez: «Puede que en tu ambiente resulte. Pero no quiero tus cumplidos. Para mí, tienen tanto valor como tus promesas en el altar».

Judd se incorporó antes de volver a hablar.

—Mientras estuvimos casados, nunca engañé a Angeline.

—Cuéntaselo a alguien que le importe.

—Puedo hacer que te importe —afirmó con delicadeza.

Lise sintió que se quedaba sin aliento.

—No lo creo.

—¿Me estás desafiando, Lise?

—No, Judd. Solo digo que estoy en el banquillo, ¿entiendes? No me interesa.

—Eso ya lo veremos —puntualizó Judd sin alterarse.

—Es mejor que te apartes. Tal y como has señalado, en la cocina no hay sitio para los dos.

Algo en su mirada la hizo retroceder. Lise reunió tanta dignidad como le fue posible y se retiró al cuarto de baño. Allí, se cepilló lentamente la melena rizada y se puso una sudadera encima de la camiseta. «Deja de sentir lástima por ti» pensó, mientras le sacaba la lengua a su imagen reflejada en el espejo. Has invitado a un depredador. Un auténtico depredador hambriento.

Volvió a mirarse al espejo con desgana. Aún tenía color en las mejillas y le brillaban los ojos. «Déjalo ya. No es tu príncipe azul al rescate. El peto de su armadura ya no brilla y rompió los votos. Procura no olvidarlo».

Desgraciadamente, seguía siendo el hombre más varonil que había conocido. Eso no había cambiado. Decir que era atractivo no bastaba. Era algo mucho más profundo, un aura que lo envolvía y que formaba parte de él, igual que el pelo negro y sus ojos.

¿Por qué tenía que haber rescatado precisamente a su hija? No necesitaba tener a Judd en su vida. Ella, que había sido capaz de adentrarse en la casa pese al persistente humo y el fuego, estaba atemorizada ante él.

La aspiradora había dejado de funcionar. Tras recuperar el ánimo, Lise volvió a la cocina.

—Gracias —dijo educadamente.

Buscó el tarro para la harina donde guardaba el café. Pero no pudo desenroscar la tapa con una sola mano.

—Déjame —dijo Judd.

Le quitó de las manos el tarro. Totalmente fascinada, vio como todos los músculos de la muñeca y de la mano actuaban para destapar el tarro.

—¿Dónde guardas el molinillo? —preguntó.

Todo resultaba terriblemente cotidiano. «Igual que si estuviéramos casados», pensó Lise.

—En el armario, junto al fregadero. No tengas en cuenta el desorden.

Al abrir el armario, dos paquetes de galletas cayeron al suelo con gran estrépito.

—Vives rodeada de peligros. Tanto en casa como en el trabajo —añadió Judd mientras agarraba el molinillo de café.

—¿Cuál es el favor, Judd?

—Después del café.

A regañadientes, Lise agarró la cafetera, filtró el café y buscó un par de tazas, leche y azúcar.

—Supongo que estás acostumbrado a hacer las cosas a tu manera.

—Ese es el secreto del éxito. Tener claro qué es lo que quieres y no

parar hasta conseguirlo.

—¿Esa es tu filosofía?

Judd se acercó a ella sin llegar a tocarla.

—¿Algún problema con eso?

—¿Y qué ocurre con aquellos que pisoteas en tu camino a la cumbre?

—Me consideras un verdadero monstruo, ¿verdad?

Judd tomó la cafetera, vertió un poco de agua y la enchufó.

—La razón por la que he venido es Emmy. Tiene muchas pesadillas. Sueña con el incendio. Se despierta en medio de la noche gritando. Cree que un enmascarado la persigue. Pensé que si te conocía… eso podría ayudarla a superarlo.

—Llevaba puesta una máscara para el oxígeno —recordó Lise sin esfuerzo—. Además, nuestro uniforme abulta mucho. Supongo que debió asustarse al verme.

—¿Vendrías a casa, Lise? —preguntó Judd mesándose los cabellos —. Sé que pido mucho teniendo en cuenta tu estado actual. Pero no puedo seguir escuchando sus gritos cada noche sin hacer nada.

Judd se había emocionado al decir eso. Y si estaba fingiendo, ella había caído de lleno. Lise era consciente de que no tenía elección y de que corría un serio peligro al aceptar, mayor que cuando subió al ático para rescatar a Emmy.

—Está bien —dijo—. Iré.

—¿En serio?

—¿Pensabas que me negaría?

—No estaba seguro.

—No soy un monstruo, Judd. ¿Quieres que vaya hoy?

—Cuanto antes mejor. Llega a casa alrededor de las tres y media.

—Estaré allí a las cuatro.

—Eres muy amable.

Judd le dedicó una sonrisa que provocó en Lise todo tipo de emociones. Parecía incómoda.

—No, no lo soy. Es una niña y, créeme, sé por lo que está pasando. Bueno, olvídalo.

—Tus padres fallecieron en un incendio, ¿verdad?

Lise torció el gesto.

—He dicho que iría. No tientes tu suerte.

—Mandaré un coche a recogerte.

—No te molestes. Llamaré a un taxi.

—Veo que no necesitas nada de nadie.

—Tomaré eso como un cumplido —respondió con guasa.

Se levantó para sacar dos tazones del armario. En ese instante, Judd se le acercó por detrás. El roce de su mano con el brazo de Judd la hizo estremecer. Con su dedo índice, Judd recorrió la piel de Lise

desde la mejilla hasta la raíz del pelo, donde se entretuvo jugando con uno de sus rizos. Lise notó como cada movimiento se le grababa en la piel.

—Eres un enigma para mí, ¿lo sabías? —preguntó Judd con voz ronca.

Estaba tan cerca que Lise podía ver cada uno de los diminutos puntos negros de sus ojos. Esa cercanía era suficiente para vencer todas sus defensas. Y Lise odiaba sentirse tan vulnerable y tan expuesta. Trató de retroceder pero, antes de darse cuenta, Judd la rodeaba la cintura con el otro brazo. El corazón le latía con tanta fuerza que se sentía desconcertada. La atrajo hacia sí con la mirada fija en ella. Cada centímetro de su cuerpo la gritaba que saliera corriendo. Con su única mano sana apoyada en su pecho, trató de rechazarlo. Pero el calor que despedía el cuerpo de Judd era tan intenso que atravesó la camisa de algodón y le quemó los dedos a Lise. Un cúmulo de sensaciones se adueñaron de ella. Luchó por no perder el control, para actuar con sentido común y prudencia, pero todos sus esfuerzos se perdían en la profundidad de aquellos ojos grises. En ese momento, Judd ladeó la cabeza. Presa de la emoción, a medio camino entre el miedo y el deseo, Lise supo que la iba a besar.

Hizo un último intento por liberarse del brazo que la tenía presa.

—Judd, no lo hagas —pidió jadeante—. Por favor, no.

Antes de que pudiera seguir, los labios de Judd sellaron los suyos con un cálido beso. Tan pronto como notó el contacto de su boca, Lise supo que estaba perdida. Su fantasía se había hecho realidad y ahora se concretaba en la pasión de un beso y de unos labios que buscaban más. La mano se deslizó dentro de la camisa y subió por el pecho hasta que sus dedos se enredaron en su nuca. Dejó que su cuerpo se entregase por completo en sus brazos. Lise abrió la boca sin resistencia, ávida por recibir la lengua humedecida. Judd la apretó contra sí y la besó con frenesí. Ella notó cómo crecía en su interior un deseo salvaje, desconocido hasta entonces. Olvidó cualquier precaución y se entregó sin contemplaciones. Cegada por el deseo, hundió los dedos en el pelo y sintió la creciente erección de Judd contra su ombligo.

La impresión provocó una reacción en cadena. Oyó como Judd gruñía su nombre entre gemidos, al tiempo que la cubría de besos en la boca, en las mejillas, en los párpados. Lise pensó que Judd recorría cada centímetro de su cuerpo con la misma emoción con que un explorador examinaría la tierra prometida. Notaba sus pechos levemente aplastados contra él, y el torbellino que se había apoderado de su cuerpo era un estallido de deseo. No quería luchar contra eso. Al contrario, deseaba entregarse, seguir su instinto sin importarle lo que pudiera suceder.

Se había saltado las reglas. Tal y como Dave solía decir.

Como un jarro de agua fría, la imagen alegre de Dave se interpuso entre Judd y ella. Muchas veces, se había preguntado si Dave estaría enamorado de ella. Desde luego, era su mejor amigo. Un hombre al que conocía bien, como solo se conoce aquellos que trabajan codo con codo en tareas peligrosas. En cambio, Judd… Judd era su enemigo. ¿En qué estaba pensando para besarlo de esa forma?

Con un gemido de puro dolor, Lise se apartó de Judd gracias a un fuerte empujón. Como si le atravesaran el brazo con el filo de un cuchillo, sintió como el dolor le recorría el brazo hasta el hombro. Gritó con todas sus fuerzas, dándole la espalda. Los ojos se le llenaron de lágrimas casi sin querer.

—¡Lise! ¿Qué ocurre?

—¡Aléjate de mí! —imploró entre sollozos—. ¡Por favor, vete!

—Por favor, no llores.

—¡Judd, déjame!

En cuanto la soltó, se inclinó sobre el mostrador de la cocina. Respiraba con dificultad.

—No tenías porqué besarme de esa manera. Ya había aceptado ir a ver a Emmy.

—¿Crees que ese beso equivale a una póliza de seguros? —gruñó enfadado—. ¿Eso es lo que crees?

—¿Qué otra cosa puedo pensar?

—Te he besado porque quería hacerlo. Eres increíblemente atractiva, valiente y generosa. Y te defiendes como gato panza arriba. Estaba loco por besarte y acariciarte. Y jugar con mis dedos entre tu pelo.

Lise se ruborizó de nuevo. Sabía que Judd decía la verdad. Cada palabra era cierta. Así de fácil, ¿o no?

—No, no puedes actuar así —balbuceó Lise—. Estuviste casado con mi prima. No me gustas y pertenecemos a mundos totalmente opuestos. Iré a hablar con Emmy esta tarde. Pero eso será todo. No habrá más visitas. Nunca más.

—¿Te comportas con Dave igual que conmigo?

—Eso no es asunto tuyo.

—¡Aclárate, Lise!

—Entre nosotros solo ha habido lujuria. Eso es todo. No hay nada de que hablar. ¿Cómo crees que me siento besando a alguien a quien desprecio? Me siento sucia.

—¡Ni siquiera me conoces!

—Conozco a mi prima.

—Dame una oportunidad, ¿quieres?

—Es mejor que olvidemos el café —observó mientras se tocaba el pelo—. Francamente, no estoy de humor.

—Lo que ha ocurrido entre nosotros es algo especial.

—Habla el experto —replicó Lisa con desdén.

—No hables así, Lise. No debemos intercambiar golpes bajos. Los dos merecemos algo mejor.

—Esa es tu opinión.

Judd apretó la mandíbula.

—Veo que no quieres atender a razones. Has decidido que soy el malo de la película y Angeline —soltó una sonora carcajada—, bueno… ella es el ángel. Madura, Lise. Ningún matrimonio fracasa solo por culpa de uno. Y menos cuando hay hijos de por medio.

—Entonces, ¿por qué le negaste la custodia de Emmy a Angeline? —preguntó ansiosa—. Y no me digas que ella la rechazó.

—¿Y qué otra cosa puedo decir? Resulta que eso fue lo que pasó.

Lise suspiró con impaciencia.

—¿Y por qué no estabas en casa cuando se inició el incendio? Supongo que estabas en viaje de negocios. ¿Me equivoco?

Por primera vez, Judd notó que perdía el control. Se quedó mirando a Lise sin comprender.

—Más o menos.

Lise se le echó encima.

—Estabas con una mujer, ¿no es cierto? ¿Por qué sino me estarías dando largas?

—¡No es cierto!

—¿Sabes lo que más me molesta, Judd? —estalló sin miramientos—. Me estás mintiendo. Mientes acerca de Angeline, acerca de las mujeres que hay en tu vida. Y aun así esperas que me lance en tus brazos como si nada de esto importara.

Lise apretó con tanta fuerza el borde de la encimera que los nudillos se le pusieron blancos.

—Prefiero que te vayas, Judd. Ya he tenido suficiente por hoy. Más que suficiente.

—Esto no ha terminado, Lise —respondió con sospechosa tranquilidad—. No te engañes.

—No hay nada que terminar porque no hay nada entre nosotros.

—Estás muy equivocada. No hace falta que me acompañes a la puerta.

Dio media vuelta y cerró la puerta al salir. Lise no se movió. Le temblaban las rodillas. Su corazón latía con inusitada fuerza en medio del silencio. Solo había sido un beso. «¿Cómo es posible que un solo beso pueda cambiar toda mi vida?», pensó aturdida.

Cuando Dave la había besado, no había sentido nada remotamente parecido al furioso deseo que la había hecho enloquecer. Los besos de Dave eran tan agradables como él mismo. Seguramente, esa era la razón que explicaba que nunca se hubieran acostado.

Iría a casa de Judd esa tarde, procuraría alejar todos los miedos de Emmy y se marcharía. En presencia de su hija, Judd no se atrevería a besarla.

Pero, ¿qué podía hacer si la besaba?

## Capítulo 3

Eran las cuatro en punto cuando el taxi llegó a la entrada de la casa de Judd. La puerta enrejada estaba abierta y daba paso a un camino bordeado por una hilera de abedules y encinas de hoja perenne, en cuyas ramas reposaba la nieve. Era un bosque a pequeña escala en el corazón mismo de la ciudad. Lise bajó frente a la entrada principal de la casa. Aunque no era precisamente una casa, sino una mansión.

No había comparación con su mundo.

La noche del incendio no había tenido tiempo de fijarse. Ahora lo miró todo con más detenimiento. Pese a la hierba pisoteada y el andamio colocado junto al ala dañada, era una casa preciosa. Tenía forma de herradura. El primer piso era de piedra. El segundo estaba cubierto con planchas de madera de cedro. Había azaleas y rododendros en la parte delantera. Y la nieve inmaculada cubría, en la parte posterior, un jardín rodeado de pinos. Había una casita de madera en lo alto de un arce, mientras un pequeño estanque se había reconvertido en pista de patinaje. «Todo para Emmy», pensó Lise, mientras admiraba la puesta de sol que arrancaba destellos anaranjados en las ventanas de la casa.

Era una mansión muy acogedora.

No concordaba con la idea que tenía acerca de Judd Harwood.

Cargó la bolsa de trabajo en el hombro sano, subió la escalera principal y llamó al timbre. Casi al instante, Judd abrió la puerta.

—Entra, por favor —dijo muy formal—. Le he dicho a Emmy que no tardarías en llegar.

Llevaba unos pantalones negros y un jersey azul. «Ningún hombre debería estar tan atractivo», pensó Lise. «No es justo». Tenía las facciones demasiado marcadas para considerarlo guapo. Era la energía interior que desprendía lo que lo hacía irresistible.

—Hola, Judd. Me alegro de verte —respondió Lise con absoluta neutralidad.

El vestíbulo de la entrada, con el suelo de roble, estaba pintado de amarillo. Una escalera de caracol subía hasta el segundo piso. Una ecléctica colección de pintura moderna llamó inmediatamente su atención. Formaba un curioso y atrayente mosaico de colores. A través de la ventana podían verse las ramas de una higuera, de donde sobresalían cuencos de arcilla con amarilis en plena floración.

Color, calidez, bienvenida. La única nota discordante era el olor a tabaco. Lise, desconcertada, dejó escapar un largo suspiro.

—Esto es precioso.

—¿Qué esperabas? ¿Un foso a la entrada y flechas envenenadas?

Pese a sentirse turbada. Lise no dejó de mirarlo a la cara.

—¿Dónde está Emmy? —preguntó.

—En el ala reservada para los invitados. La policía acordonó la

parte del incendio, así que hemos tenido que improvisar un cuarto de juegos. Muchos de los juguetes de Emmy se quemaron.

Judd apretó los labios con fuerza antes de seguir.

—Estaba abrazada a su peluche favorito cuando la encontraste… no se desprende de él por nada del mundo. Todavía apesta a humo y estoy seguro que le recuerda lo ocurrido, pero…

—Su osito Plush —recordó Lise—. Me dijo cómo se llamaba cuando la sacaba del desván.

Por un momento, la mirada de Judd reflejaba todo el tormento por el que estaba pasando.

—El jefe de bomberos cree que se produjo un cortocircuito. El ama de llaves y su marido dieron la alarma. Viven justo detrás de la casa. Aquella noche tenían invitados. La canguro se tomó varios analgésicos para combatir el dolor de cabeza. No se enteró de nada. De no haber sido por ti. Lise…

Lise apenas podía soportar aquella mirada. Haciendo un verdadero esfuerzo, llevó las manos a la espalda. Pero su más ferviente deseo era acariciar a Judd y tratar de aliviar su dolor.

—De no haber sido yo, la hubiera sacado Dave o cualquier otro —apostilló—. ¿Por qué no me llevas junto a Emmy?

—Sí… Maryann, el ama de llaves, está con ella. ¿Qué llevas en la bolsa?

—Ya lo verás.

—Dame el abrigo.

Lise se quitó la chaqueta de lana antes de que Judd pudiera tocarla.

—Veo que no has olvidado lo ocurrido.

—No va a volver a ocurrir —señaló Lise con firmeza.

—Ni aquí ni ahora, desde luego.

—En ningún sitio. Nunca.

—¿Me estás desafiando?

—Llévame con Emmy, Judd.

—No he llegado hasta aquí sin correr riesgos. No lo olvides.

—Yo también me arriesgo. Pero elijo cuándo y cómo.

—¿Crees que persigo a todas las chicas disponibles?

—Y a otras que no lo están. Yo, por ejemplo.

—¿Es que estás saliendo con Dave?

Podía mentir, pero nunca se le había dado bien. Además, había tardado demasiado tiempo en contestar.

—Esa pregunta no tiene una respuesta sencilla.

—Yo creo que no —afirmó Judd con orgullo—. No después de cómo me besaste esta mañana.

—¿Puedo saber con cuántas mujeres sales en este momento?

—Desde un punto de vista platónico, con más de una. Pero no tengo

una amante, si te refieres a eso. Hace tiempo que estoy solo.

Judd no le quitaba los ojos de encima. Lise notó cómo se le aceleraba el pulso.

—¿No pretenderás que me crea eso?

—De hecho, sí.

—Pues me temo que no estás de suerte.

—Los medios de comunicación sacan una aventura de un apretón de manos. No deberías olvidarlo.

—Donde hay humo, hay fuego —replicó sin perder la calma.

Judd recibió esa respuesta con una franca carcajada.

—No debería discutir con una experta. Pero no hay fuego sin un poco de química que haga saltar chispas. Hasta que te he visto, no he tenido esa sensación con nadie.

Una imagen del pasado que nunca había podido olvidar reapareció en la mente de Lise: Judd y Angeline, abrazados en el jardín trasero de la casa de Outremont, besándose con auténtica pasión. Aquella visión había hecho añicos sus sueños de juventud.

—Angeline y tú teníais química.

—Al principio, sí.

—¿Así que no dura siempre?

—No, si no hay una base que lo sustente.

— A no ser que alguno de los dos emplee su química en otra parte —dijo Lise en tono acusador—. Claro que no debería discutir con un experto.

—¡Escúchame un minuto! Soy un hombre muy rico. Eso me da poder y ese es un valor muy apreciado en nuestra sociedad. Es cierto, atraigo a muchas mujeres. Continuamente. Pero, al igual que tú, yo también elijo con quien quiero estar. Lo que no cuesta conseguir no siempre interesa.

—Esto no es un juego.

—Nunca pensé que lo fuera.

Judd la acarició la mejilla con dulzura, pero se apartó antes de que ella lo rechazara.

—Tan solo digo que actúas con naturalidad. Y no sabes lo refrescante que resulta cuando estás inmerso en mi mundo.

—¿Cómo pensabas que iba a comportarme?

—Cuando hay tanto dinero de por medio, te sorprendería ver lo que la gente es capaz de hacer —suspiró cansado—. Vamos a ver a Emmy. Llevaré tu bolsa.

Lise subió las escaleras tras él, preguntándose si alguna vez había tenido una conversación tan perturbadora e incompleta como esta. ¿Acaso había asistido a los preparativos previos a la batalla? ¿Se trataba de la confrontación de dos puntos de vista diametralmente opuestos? ¿O acaso Judd todavía pretendía acosarla pese a su

rechazo?

¿Quería realmente saber la respuesta?

Las escaleras daban a otro amplio vestíbulo presidido por una magnífica alfombra persa en tonos rojos y azules. Sobre la pared colgaban dos cuadros que, si no estaba equivocada, eran de Matisse y Modigliani. «Debería llevar un vestido de Chanel o Dior», pensó Lise, con ironía. En lugar de esto, llevaba unos pantalones caqui, un jersey color mandarina y mocasines. Y se había recogido el pelo en una cola de caballo. Entonces, Judd abrió una puerta de dos hojas.

—¿Emmy? —llamó—. Lise está aquí.

Lise entró en la habitación después de ser anunciada.

Era una habitación muy acogedora, pintada en azul. Había una cama pequeña con dosel en muselina blanca. Lise avanzó caminando sobre la moqueta.

—Hola, Emmy.

Emmy llevaba puesto un vestido vaquero y su bonito pelo negro brillaba con la luz. Los ojos, tan azules como los de Angeline, advirtió Lise con el corazón en un puño, estaban fijos en su osito de peluche, que sostenía en los brazos. El juguete despedía el mismo olor que la noche del incendio.

—Hola —respondió Emmy sin levantar la vista.

Lise no había preparado ningún plan, confiada en que sabría que hacer llegado el momento. Vio como Judd dejaba la bolsa en el suelo y se acercaba a Emmy hasta agacharse junto a ella.

—Tu papá me ha dicho que tienes pesadillas por las noches.

—Mmmm.

Emmy seguía sin mirarla.

—Supongo que mi aspecto te asustó —afirmó Lise—. Así que he traído el uniforme. Te enseñaré para qué sirve cada cosa y porqué tengo que llevarlo.

Procurando no revelar la herida del brazo, Lise sacó de la bolsa los pantalones impermeables con tirantes plateados y las botas con las rayas fluorescentes. Empezó a hablar sobre cada cosa en un tono neutro, sin inflexiones.

Después siguió con la chaqueta, las correas para cargar las botellas de oxígeno y el casco. A cada paso, iba poniéndose encima cada prenda. Y era consciente de que Emmy la escuchaba atentamente, aunque la niña no mostrara ninguna reacción. Por fin, sacó la máscara y notó como Emmy parpadeaba.

—Las correas de la máscara pueden ajustarse, ¿lo ves? Y este tubo negro está conectado a la botella de oxígeno que llevo en la espalda. Fíjate, puedes alargarlo si quieres.

Haciendo un esfuerzo, Emmy alargó el brazo hasta tocar el tubo.

—Me da un aspecto diferente —aseguró Lise, y se colocó de nuevo

la máscara—. Pero sigo siendo yo. No debes tenerme miedo.

Lise se quitó la máscara y trató de poner la mejor de sus sonrisas.

—Es muy grande para mí —sugirió Emmy.

—Sí, es cierto. Pero puede que le sirva a Plush.

—¿Crees que le gustaría ponerse eso? ¿No se asustará? —preguntó Emmy.

—Bueno, por qué no lo intentamos y vemos qué ocurre.

Algo remisa, Emmy soltó al peluche. Lise ajustó la máscara al osito, apretando las correas en torno a la cabeza color miel.

—Ya está. No parece importarle, ¿no crees? De hecho, está muy guapo.

—Maryann quiere echarlo a la lavadora con mucho jabón para que no huela a humo —dijo Emmy de un tirón—. Pero yo no quiero. Siempre lo llevo conmigo. Por eso estaba con él cuando subí al desván.

Emmy, sin saberlo, había ofrecido a Lise la oportunidad que buscaba para saciar su curiosidad.

—¿Subiste al desván para escapar del fuego? —preguntó sin el menor énfasis.

Por primera vez, Emmy la miró directamente a los ojos.

—Oh, no. Siempre que papá se marcha y me quedo sola, duermo en el desván.

¿Y eso ocurría muy a menudo?

Afortunadamente, Lise no había hecho la pregunta en voz alta. Pero podía sentir toda la rabia acumulada al pensar que Judd era capaz de abandonar a su hija por culpa de los viajes de trabajo. Negocios que a menudo no eran otra cosa que citas con alguna mujer. ¿Cómo podía actuar así?

—Bien —dijo con amabilidad—. Estoy muy contenta de haber sido yo quien os encontrara en el desván. Los dos fuisteis muy valientes. Creo que Plush se ha ganado un tarro de miel, si es que a tu osito le gusta la miel.

Mientras Emmy soltaba una risita, Lise le respondió sonriendo.

—Toma un poco a las once —dijo Emmy tímidamente.

Lise parecía consternada y estaba deseando abrazar a Emmy. Pero sabía que no debía hacerlo. Era demasiado pronto.

—¿Quieres que le quitemos la máscara a Plush?

Con mucha habilidad, Emmy aflojó las correas y sacó la máscara sin dificultad.

—Prefiere estar sin nada —aseguró.

Lise rió.

—Yo también —dijo—. Reconozco que puede resultar muy útil, pero no es precisamente cómoda.

Sin ninguna formalidad, Lise empezó a desvestirse y guardar todo

el equipo en la bolsa.

—Este uniforme me hace parecer tan gorda como un globo.

Lise esperaba recibir otra de aquellas sonrisas por parte de Emmy, pero no fue así. La niña apretaba contra su pecho a Plush y parecía haberse refugiado en él. ¿Había conseguido llegar hasta ella? ¿La había ayudado de algún modo?

En ese instante, llamaron a la puerta. Una mujer mayor, algo entrada en carnes, entró con una bandeja. Vestía un delantal estampado de flores. Judd presentó a Maryann, el ama de llaves, que dedicó a Lise una penetrante mirada antes de dejar sobre la mesa la bandeja con el té y las pastas. A continuación, se retiró cerrando la puerta tras de sí. Emmy tomó un vaso de leche con una torta de avena mientras contestaba las preguntas ingenuas de Lise con exquisita educación, pero sin demasiado interés. En el curso de su trabajo, Lise había tenido que visitar colegios y siempre se le habían dado bien los niños. Pero cualesquiera que fueran sus habilidades, no estaban funcionando con Emmy. Lise se preguntó por qué le daba tanta importancia al desinterés que mostraba hacia ella aquella niña de ojos azules.

Se sintió aliviada cuando Judd se levantó y agarró la bolsa de Lise.

—Voy a acompañar a Lise a su casa, Emmy. Maryann está en la cocina. Volveré enseguida. Di adiós.

—Adiós —repitió Emmy con la mirada puesta en los zapatos de Lise—. Gracias por venir.

—Ha sido un placer —dijo Lise, tratando de infundir calidez en su respuesta—. Me alegro de haberte conocido.

Emmy no dijo nada. Lise bajó las escaleras penosamente. De pie, junto a la entrada, preguntó sin demasiada convicción:

—¿Crees que ha servido de algo?

—La verdad es que no tengo ni idea de lo que pasa por su cabeza —dijo Judd con pena—. Pero creo que sí. Has manejado la situación con maestría. Muchas gracias, Lise… vamos, te llevaré a casa.

Lise no quería por nada del mundo que se repitiera la escena de la mañana en su apartamento.

—Tengo que hacer algunos recados antes de ir a casa. Prefiero tomar un taxi. Además, estoy segura de que Emmy te necesita más que yo. No creo que sea buena idea que se quede sola otra vez.

—¿Crees que no me culpo por lo ocurrido? —preguntó con aspereza —. ¡Dame un respiro!

—Angeline siempre se quejaba de lo mucho que viajabas.

Judd torció el gesto.

—Estoy convencido.

—¿Hay algún teléfono? Tengo que pedir un taxi.

—Estás deseando salir de aquí.

Era verdad; temía que él volviera a tocarla y que ese simple contacto encendiera la mecha de una pasión que la abrasaba por dentro. Judd la agarró del brazo y todo su cuerpo se puso en tensión.

—Tengo una proposición —dijo Judd con firmeza—. Escúchame antes de responder. Emmy tiene unos días de vacaciones. Quiero alejarla de la casa, del humo y de los trabajos de reforma. Así que nos vamos a Dominica. Tengo una casa allí. Quiero que vengas con nosotros.

—¿Yo? —chilló Lise—. ¿Te has vuelto loco?

—Nunca he estado más cuerdo —respondió Judd bruscamente—. Tengo mis razones. En primer lugar, quisiera que estuvieras cerca por si Emmy sigue teniendo pesadillas. En segundo lugar, me permitiría agradecerte de algún modo lo que hiciste por ella. Por último, estás convaleciente y no tienes nada que hacer. Y aún podría añadir otra razón. Estamos en marzo en Montreal. ¿Quién no preferiría descansar en la playa en las Antillas?

Lise nunca había ido al sur. Nunca había descansado en una playa tropical ni se había bañado en las aguas azul turquesa del mar. Por un momento sopesó la idea de aceptar, de hacer una locura, salirse de la rutina. Era como si hubiera perdido pie. Pensaba en palmeras, frutas tropicales y unas vacaciones. Unas auténticas vacaciones alejada del tumulto, de emergencias y de tragedias, inevitablemente asociadas a su trabajo. Lejos de mujeres destrozadas por el dolor, de hogares consumidos por el fuego y de accidentes de coche en la autopista helada. Alejada de sus compañeros de trabajo, que nunca iban a aceptar que una mujer pudiera hacer su trabajo tan bien como ella, a pesar de lo mucho que se esforzaba. Estaba cansada de todo eso. Habían pasado diez años.

Unas vacaciones con Judd.

¿Cómo podía siquiera pensar en esa posibilidad? Era ella la que había perdido los papeles.

—No puedo. Es una idea ridícula —replicó con fingida indiferencia.

—Dame una buena razón por la que no puedas venir.

Por un momento. Lise fue incapaz de pensar en alguna justificación.

—A Emmy no le gustaría —farfulló sin la menor convicción.

—Lo superará.

—Te estaría utilizando.

—Deja que yo me preocupe por eso.

—¡Judd, no puedo ir! Nunca me he ido de vacaciones con un desconocido y pienso seguir así.

—¡Vamos! Hace años que nos conocemos. No soy un desconocido.

Lise lo miró fijamente. Judd la sonreía con tanta dulzura que todas

las alarmas de su cabeza saltaron a la vez. Judd esperaba su rendición. Lise se escuchó al decir:

—En todo caso, está Dave.

—No olvides que hay química entre nosotros —añadió Judd—. No puedes negarlo.

Lise aguantó su mirada, rezando para que no le temblaran las rodillas.

—Hablemos claro, Judd Harwood. Eres una persona especial. Alto, moreno y guapo. Eres atractivo, rico y poderoso. Tú sonrisa es pura dinamita y tienes un cuerpo que volvería loca a cualquier mujer entre dieciséis y sesenta años. ¿Por qué no habría de sentirme atraída por ti? Estaría muerta si no sintiera nada. Pero no significa absolutamente nada. No me gustas, por amor de Dios. Así que, hazme un favor, y no te pavonees solo porque haya caído en tus brazos esta mañana. No hay nada de lo que…

—Todo eso es pura palabrería, pero no te creo.

—Supongo que tu ego no puede admitirlos.

—¡Maldita sea, Lise! —explotó Judd—. Eres diferente a las otras mujeres que he conocido. No acostumbro a pedirle a una mujer con la que he pasado tres horas que me acompañe de vacaciones con mi hija. Puedes estar segura.

—Que yo te crea no tiene la menor importancia. No voy a ir contigo a Dominica. Ni siquiera iría a la tienda de la esquina. Ahora, ¿te importaría llamar a un taxi?

Judd no se movió. No podía dejar de mirarla. Los ojos de Lise brillaban cono esmeraldas y toda su expresión delataba una firme convicción. No estaba haciéndose la estrecha. De eso estaba seguro. Pero estaba muy equivocada.

¿Qué significaba Dave para ella? ¿Y qué podía haberle contado Angeline a lo largo de estos años?

No conocía ninguna de las respuestas. Solo le venían más preguntas a la cabeza. ¿Cuándo fue la última vez que una mujer lo había rechazado? ¿O que había renunciado a un viaje pagado a un paraíso tropical?

Nunca.

No le gustaba la sensación. ¿De qué iba todo esto? ¿Sentía herido su ego, tal y como Lise había sugerido?

No podía tratarse tan solo de su orgullo herido. Tenía que haber algo más. ¿Algo que justificara la presión que notaba en la ingle y el deseo de poseerla? Judd alejó de sí tales pensamientos.

—Llamaré a un taxi —dijo secamente—. Si Emmy sigue teniendo pesadillas, ¿volverías?

—Si estáis en Dominica, no veo cómo —respondió Lise.

La luz del sol, a través de la ventana, se reflejó en su pelo con

destellos cobrizos. Judd notó vibrar todo su cuerpo. Con un movimiento brusco, dio media vuelta y marcó en el móvil el número de la estación de taxis más próxima. Llegaría en cuatro minutos. Así que disponía de ese tiempo para que Lise cambiara de opinión. La encaró casi sin querer.

—Tienes razón, Lise. Ha sido una idea absurda. Supongo que la preocupación que siento por Emmy me ha nublado el juicio. Lo siento. Además, seguro que ya conoces todo aquello.

—Nunca he ido. ¿Cuánto tardará el taxi?

—Un par de minutos. Seguro que has estado alguna vez en las Bermudas o en las Bahamas. O al menos en Florida.

—Lo más al sur que he llegado es Boston. Además, ¿quién crees que me llevaría en un romántico viaje a los trópicos? ¿El jefe de bomberos?

—Pensaba en Dave. No necesito decirte que eres una mujer preciosa. No insistas en que no ha habido ningún hombre en tu vida.

—Claro que ha habido hombres. Se quedan conmigo hasta que recibo la primera llamada para cubrir una emergencia y me ausento durante seis horas. O cuando llego a casa exhausta y tengo que dormir todo el día para recuperar las fuerzas. O hasta que se cansan de verme trabajar todo el día rodeada de hombres. No te engañes, Judd. Reaccionarías de la misma forma si estuvieras en su lugar.

Judd no le daba la menor importancia a las horas de trabajo. El mismo podía pasar horas trabajando. Era el peligro al que Lise se enfrentaba lo que le helaba la sangre. Pero no podía decírselo.

—Dave conoce el percal —apuntó Judd—. También tiene turnos. ¿Por qué no has ido con él de vacaciones?

—Nunca me lo ha pedido —respondió sin darle importancia—. Ahí está mi taxi. Adiós, Judd.

Judd tomó el equipo y acompañó a Lise hasta el coche.

—Esto no es una despedida —dijo Judd.

—Pásalo bien en Dominica —replicó Lise al subir al taxi. Y se despidió con una deslumbrante sonrisa.

Judd abrió la puerta trasera para dejar el equipo. Cuando Lise se inclinó para colocar la bolsa, Judd la estrechó entre sus brazos y la besó con fuerza en la boca. Antes de perder el control, dio un paso atrás.

—Ya nos veremos.

Lise respiró hondo. Tenía las mejillas coloradas.

—Por encima de mi cadáver —le espetó enojada, encorvada en el asiento del taxi. Cerró de un portazo y el taxi desapareció entre los árboles del camino.

El siguiente movimiento de Judd en una situación parecida habría consistido en enviar un ramo de orquídeas; o una botella de Dom

Pérignon junto con una caja de bombones de la máxima calidad, Incluso todo junto. Pero, de algún modo, sabía que nada de eso tendría efecto sobre Lise.

¿Qué podía hacer? ¿Iba a dejar que una mujer bombero lo derrotara? ¿Cortar los lazos y olvidarla?

Había conocido otra faceta de Lise en la habitación de Emmy. Además de la mezcla de pasión y coraje de la que hacía gala en el trabajo, Judd podía añadir que era sensible, cálida y con sentido del humor. Había conseguido hacer reír a Emmy. Quizás Emmy la necesitaba tanto o más que él.

¿La necesitaba? ¿El, Judd Harwood, necesitaba a una mujer? Solo necesitaba su cuerpo. No debía olvidarlo. Si pudiera aplacar el deseo, hacerla el amor durante toda la noche, entonces podría olvidarla como había hecho todas las demás, salvo Angeline.

Había prometido no volver a enamorarse cuando Angeline lo dejó, y estaba dispuesto a cumplir su palabra.

Aún no había nacido la mujer que pudiera hacerle cambiar de opinión.

## Capítulo 4

Lise apoyó la cabeza en el asiento del taxi. Había mentido al decir que tenía que hacer algunos recados. No tenía necesidad. La verdad es que no tenía nada que hacer. Ese era el problema. Se pasó el dorso de la mano por la boca para tratar de borrar la sensación que aún persistía en sus labios después del beso de Judd. Recordaba con total claridad cómo se le había acelerado el pulso. Todo su cuerpo había reaccionado ante el estímulo, deseoso de responder.

¿Dominica? ¿Con Judd? Prefería saltar al vacío desde la azotea de un edificio en llamas.

Había indicado al taxista la dirección de su apartamento. ¿Qué pensaba hacer? ¿Ir a casa y fregar el suelo de la cocina con un solo brazo? ¿Ver la trilogía de La Guerra de las Galaxias por cuarta vez?

Podía ir a ver a Marthe.

Lise adoptó una postura más formal. Marthe había sido la suegra de Judd. Sí, la haría una visita.

Había pasado mucho tiempo desde que, con solo diecisiete años, apenada y asustada, había ido a vivir con su tía Marthe y su prima Angeline al caserío de ladrillo en Outremont. Durante esos años, ni una sola vez Marthe la abrazó o la besó sin motivo con ternura; ni la había consolado cuando las pesadillas la impedían dormir, reviviendo el incendio en que murieron sus padres.

Era normal que no se hubiera negado a ayudar a Emmy para tratar de superar sus miedos. No tenía elección.

Haciendo memoria, Lise podía asegurar que todo el amor que Marthe era capaz de ofrecer lo había recibido su querida hija, Angeline; finalmente, cuando el dolor era demasiado grande para soportarlo, Lise había tenido que admitir que no quedaba cariño en esa casa para una sobrina desamparada. Pese a todo y aunque no se sentía obligada a hacerlo. Lise se dejó caer por la vieja casona, en el barrio francés de la ciudad, donde su tía vivía rodeada de sirvientas y gobernantas.

Esta mezcla de culturas, inglesa y francesa, era una de las razones que más le atraían de Montreal. Había sido construida en una isla del ancho río de St. Lawrence. En sus ratos de ocio, Lise disfrutaba en los pequeños restaurantes y los cafés. Le gustaba la animación callejera y la alegría de vivir que se respiraba en el ambiente. Ahora era su hogar. Había pasado en la ciudad veintiuno de sus veintiocho años.

Hora y media más tarde, después de haber dejado el equipo en el apartamento, llamó al timbre de casa de Marthe. La doncella condujo a Lise a un salón en la parte trasera de la casa, donde su tía escribía una carta bajo un pálido haz de luz. Vestía una falda negra de algodón con un impecable conjunto a juego de un azul tan pálido como sus ojos. Llevaba un collar de perlas y el pelo gris rizado.

—Buenos días, Tante —dijo Lise con amabilidad—. Espero no venir en mal momento.

Marthe ofreció la mejilla empolvada para que Lise la besara y dobló descaradamente la carta para que su sobrina no pudiera leerla.

—Claro que no —asintió Marthe—. A mis años, cada día se hace eterno.

Lise estaba decidida a no sentirse culpable.

—Da gusto ver brillar el sol, aunque fuera hace bastante frío —dijo con una amplia sonrisa—. ¿Estás escribiendo a Angeline?

—Hace dos semanas que no recibo noticias suyas —admitió Marthe con un deje de inquietud—. Nunca consigo localizarla en el castillo. Como sabes, tiene una gran vida social. Se codea con la flor y nata de nuestra sociedad. La semana pasada estaba en un crucero por el Mediterráneo con los condes de…

Marthe no paraba de hablar; Lise se acomodó y se dispuso a escuchar a su tía, interviniendo muy de vez en cuando. Angeline ya había cumplido los treinta y cinco y casi no trabajaba como modelo. Prefería entregarse de lleno al mundo de la jet-set. Lise trató de hacer memoria.

Calculó que habían pasado cuatro años desde la última vez que Angeline, en una de sus visitas relámpago a Montreal, la había llamado por teléfono. No había tenido ocasión de ir a visitarla. En aquella época se estaba dilucidando quién tendría la custodia legal de Emmy. Podía recordar la conversación con tanta nitidez como si hubiera sido veinticuatro horas antes.

—Emmy va a quedarse con Judd —había dicho Angeline con la voz quebrada.

—¿No se queda contigo? —replicó Lise atónita.

—Solo en vacaciones.

—Pero, un niño necesita a una madre.

—Estoy segura de que Judd cuidará bien de ella.

Angeline estaba llorando. Lise estaba segura.

—No puedo creer que te haya arrebatado a tu hija —agregó enfurecida.

—Supongo que es lo mejor para ella —suspiró Angeline.

—¡Ese hombre no tiene corazón! Es mezquino.

—No quiero peleas. Eso atraería a la prensa y solo conseguiría herir a Emmy.

—Eres demasiado buena —exclamó Lise—. Pobre Emmy.

—Por favor, Lise, hablemos de otra cosa —imploró Angeline—. ¿Has visto la última colección de Donna Karan? He encargado un montón de modelos. Es increíble como utiliza los colores.

—Y también eres muy valiente —añadió con franqueza—. Sí, he leído un artículo en una revista sobre la nueva colección.

Lise volvió al presente de golpe, a tiempo para oír la última pregunta de Marthe.

—Francamente, Lise, me parece que no has escuchado ni una palabra de lo que te he dicho.

—Pensaba en Angeline —reconoció Lise con sinceridad—. Y en el coraje que demostró cuando perdió la custodia de Emmy frente a Judd.

—¡Judd! —espetó Marthe—. Utilizó todos sus contactos legales y exprimió todo lo que pudo el hecho de que Angeline se mudara a Francia. Como si eso afectara a una niña de tres años.

—He conocido a Emmy. Tiene los ojos de Angeline —dijo Lise—. Supongo que ya habrás oído que hubo un incendio en casa de Judd hace tres días. Yo formaba parte del retén.

Marthe clavó los dedos, adornados con diamantes, en el brazo de la butaca.

—Judd Harwood arruinó la vida de mi hija. La niña viene a comer un domingo al mes. Es todo lo que se me permite verla.

Un nuevo motivo en contra de Judd. Tampoco permitía que la niña tuviera contacto con su abuela.

—¿Crees que Emmy es tímida? —preguntó Lise.

—La niña apenas habla. Estoy segura que él la ha puesto en contra mía.

—¿Hace cuanto que no ve a su madre?

—A Angeline le resulta demasiado doloroso verla —replicó Marthe —. Siempre ha sido muy sensible. Tenía tanta sensibilidad como belleza.

Marthe lanzó una mirada despectiva al aspecto de Lise y a su melena rojiza.

—Es una lástima que no heredaras todas sus virtudes. Lise. Claro que mi hermana no era una mujer agraciada.

Lise se estremeció para sus adentros. Marthe siempre había disfrutado comparándola con su hija. ¿Cómo podían compararse unos ojos verdes y una melena pelirroja con la elegancia rubia de Angeline?

—Bueno, no todos podemos ser modelos internacionales, Tante — asumió Lise sin rencor.

—Hubiera querido ir a Francia en Semana Santa, pero Angeline desbarató mis planes. Dijo algo acerca de los compromisos de Henri.

Marthe parecía disgustada.

—Puede que esta vez Angeline venga a verte —sugirió Lise.

—Me temo que no contempla esa posibilidad. Está demasiado ocupada. Hace tres semanas asistió a una boda en Mónaco. He recortado algunas fotos de las revistas del corazón.

Marthe era una voraz coleccionista de recortes. Lise admiró sin mucho entusiasmo el brillante ramillete de aristócratas, vestidos con

traje de diseño. Angeline, como siempre, estaba radiante. Aparecía del brazo de un magnate de la prensa italiana.

—Henri estaba ocupado en sus viñedos —dijo Marthe—. Naturalmente, Angeline nunca está sola. Algo que Judd malinterpretaría como infidelidad.

De nuevo, Marthe clavó las uñas en el brazo de la butaca.

—Ni que hubiera roto los votos sagrados. Como si él fuera inocente a este respecto. No tienes ni idea de lo que ese hombre hizo sufrir a mi hija.

«Judd besaba a cada mujer como si no hubiera mañana», pensó Lise amargamente. Ese mismo día había tratado de decirle que era especial. Pero las palabras carecen de valor. La historia de su vida lo confirmaba.

—Es muy atractivo —añadió Lise sin énfasis.

—Angeline era muy joven cuando se conocieron. Joven e inmadura. Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, no habría consentido ese matrimonio.

Lise tenía ciertas dudas sobre esto. Marthe siempre le había consentido todo a su hija, y por entonces estaba claro que Angeline amaba a Judd. Lise, con tan solo trece años, había sabido verlo.

Afortunadamente, la doncella entró en la habitación con una bandeja de plata para el té. Esta interrupción salvó a Lise de un razonamiento peligroso. La conversación continuó por espacio de media hora. Al cabo de ese tiempo, Lise se levantó para irse. Marthe le ofreció la misma mejilla fría. Con alivio, Lise emprendió el camino de regreso a casa.

El encuentro con su tía le vino bien. Pero aquella tarde solo se confirmó lo que ya sabía: Judd había hecho desgraciada a su esposa. No existía ningún motivo para que volviera a preocuparse por él. Nunca más.

Resbaló sobre una placa de hielo. «Después de todo, Judd no es una persona tan horrible», pensó. Habría jurado que amaba a Emmy. Salvo que fuera un consumado actor, el dolor y la indiferencia que sentía ante las pesadillas de su hija no eran fingidos.

«Deja de pensar en él» se regañó. «Nunca más lo verás y así debe ser. Así que sigue con tu vida y piensa que vas a hacer. ¿Dejar el trabajo? ¿Ser dependienta en una librería? ¿Asistir a un curso de veterinaria? ¿O gastarte todos tus ahorros en un viaje al Caribe para tostarte al sol tumbada en la playa?»

Imposible. No podía permitírselo.

Al doblar la esquina de su calle, lo primero que vio fue el Honda abollado de Dave aparcado frente a su edificio. Lise corrió a su encuentro. Lo alcanzó en el portal, mientras Dave llamaba al portero automático.

—Hola —dijo Lise con una sonrisa.

Estaba contenta de verlo. Dave era tan sencillo y tan diferente a Judd.

Él le sonrió; pero Lise notó con fingido malestar que Dave parecía excesivamente tenso.

—Vengo de visitar a mi tía —añadió—. Me apetecía caminar hasta casa.

—¿Te gustaría salir a comer algo?

—Me encantaría.

Sentados frente a frente en el restaurante, jugaban con la comida en un incómodo silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó finalmente Lise—. No pareces el mismo.

—Es cierto. Tengo que hacerte una pregunta.

Sus ojos marrones la miraron sin malicia. Pero sujetaba la cuchara con la misma fuerza con que sujetaría un hacha antes de derribar una puerta.

—Adelante. Te escucho.

—Hemos salidos juntos en bastantes ocasiones. Hemos ido al cine y a alguna fiesta. Hemos comido juntos —no dejaba de mirar la comida con extrañeza mientras hablaba—. Te he besado en la frente y hemos caminado de la mano. Pero nunca ha pasado nada. Siempre había algo que me retenía…

—Dave, yo…

—No, déjame terminar —interrumpió—. Vas a estar de baja varios días y yo tengo cinco días de vacaciones pendientes que debo aprovechar antes de marzo. Vámonos juntos, Lise. Podemos ir a una cabaña en San Lorenzo. O a un hotelito en Quebec. La verdad es que no me importa. Solo quiero que estemos juntos —Dave tomó la manó de Lise entre las suyas—, y acostarme contigo.

Lise bajó la mirada. Dos veces en el mismo día era demasiado. Deseaba que Dave no hubiera elegido precisamente esa noche para romper un silencio de tantos años. Miró de reojo sus manos. Podía sentir toda la ternura que irradiaban. Pero no quería apretarlas contra su pecho ni sentía deseo alguno de recorrer con la lengua las líneas de su mano. Si hubiera sido Judd…

—Eso es muy bonito, Dave —acertó a decir.

—Creo que no lo estoy haciendo bien.

Acto seguido, Dave se levantó, acercó su silla a la de Lise y la atrajo hacia si. Entonces la rodeó con sus brazos y la besó profundamente, con evidente placer.

Lise siguió abrazada a él, pero le asaltaron unas terribles ganas de llorar. Porque no había sentido nada. Nada en absoluto. Dave la soltó y dio un paso atrás. Alguien silbó desde otra mesa, pero Dave no le dio importancia.

—Acepta, Lise. ¡Por favor! —imploró Dave con urgencia.

—No puedo, Dave. No puedo.

—¿Por qué no? Podemos irnos y ver qué pasa. Sin ningún compromiso. Sencillamente, pasaremos unos días juntos.

Lise sabía que tenía que acabar con esto.

—No estoy enamorada de ti —sentenció—. No siento nada. Por eso no puedo ir. No sería justo para ninguno de los dos. Nunca podría darte lo que quieres.

Podía notar la rigidez en el cuerpo de Dave. Pudo notar, a través de los dedos entrelazados con los suyos, parte de la fuerza que la había salvado el día del incendio, agarrándola por la manga.

—Se va a enfriar la sopa —añadió Lise con una sonrisa forzada.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —preguntó. Lise movió la cabeza afirmativamente—. ¿Hay otra persona?

—¡No!

No podía contarle lo que había ocurrido.

—De verdad, lo siento mucho. Pero es lo mejor. Somos amigos, Dave. Y quiero que sigamos así.

Dave bajó los brazos, recuperó su asiento y empezó a comer como un autómata. Lise hizo lo propio. Le dolía el hombro y sentía que todo había ido demasiado lejos. Pero no podía abandonar a Dave. No lo merecía. Trató de iniciar una conversación sobre el trabajo y la tormenta de nieve que se esperaba. Cuando finalmente el camarero trajo la cuenta, podría haber gritado para expresar su alivio. Dave la llevó hasta casa. Detuvo el coche frente al portal.

—Preferiría que no nos viéramos por un tiempo, si no te importa —dijo Dave con severidad.

—¿Es que ya no somos amigos?

—Ahora mismo, no podría.

—¿Sabes? Estoy pensando en dejar el trabajo.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué piensas hacer?

—Estoy cansada. Hace diez años que estoy en el cuerpo y ya he tenido suficiente. Necesito un descanso. Un cambio.

—Los demás no pensamos lo mismo.

—No me hagas sentir culpable —protestó enfadada—. Por favor, Dave. Tengo que irme. Cuídate. Lo siento mucho.

Antes de que pudiera responder, Lise bajó del coche y corrió hasta la entrada. En el momento en que abrió el portal, Dave ya se había marchado. Lise subió corriendo las escaleras, abrió la puerta de su apartamento y, apoyada contra la puerta, se dejó caer. Había herido a Dave. Le había hecho mucho daño. ¿Qué problema tenía? Ni siquiera podía corresponder a un buen hombre en quien se podía confiar. Sin embargo, otro hombre que había manipulado a su antojo a sus seres queridos, como si fueran piezas en un tablero de ajedrez, había

encendido toda su pasión.

No tenía sentido. Ningún sentido.

A la mañana siguiente, el cielo había amanecido cubierto y la previsión del tiempo anunciaba nieve y granizo. A la débil luz de la mañana, un hecho parecía claro: seguramente había perdido a Dave para siempre. Y eso dolía mucho.

«Una razón más para dejar el trabajo», pensó. El único detalle positivo del día era que el dolor en su hombro había remitido. Ya no tenía un aspecto tan desagradable. Llamó a un par de amigos para ver si estaban libres para comer. Después, se fue de compras. Cuando las cosas se ponían feas, nada mejor que salir de tiendas. Era una fórmula que siempre le había funcionado. Mejor que una aspirina.

Después de la ducha. Lise se puso un vestido rojo fucsia de lana que hacía juego con su pelo. «El fucsia es toda una declaración» pensó con una sonrisa frente al espejo. Aunque no era un color que Angeline hubiera aceptado.

El pelo, todavía húmedo, formaba una nube de rizos sobre su cabeza. Lise hojeó las ofertas de empleo del periódico. También había telefoneado al Instituto Tecnológico para informarse sobre los cursos de ayudante de veterinario. No podía quedarse sentada, lamentándose por haber perdido a Dave… pensar en Judd volando hacia el sur con Emmy. Eso no tenía futuro.

Lise estaba abriendo un melón dulce para el desayuno cuando sonó el timbre. El cuchillo resbaló sobre el melón, cortándose en el dedo índice. Lise masculló algo entre dientes aguantando el dolor. Tal vez Dave creyera que había cambiado de opinión. Envolvió el dedo en papel y fue hasta la puerta. Pero el dedo sangraba mucho. Procuró apretar fuerte para cortar la hemorragia. Al tiempo, quitó el candado y abrió sin mirar.

—Dave, yo… Vaya, eres tú.

—Sí —dijo Judd—. Soy yo. ¿Qué te ha pasado en el dedo?

—Me he cortado.

En menos de un segundo había entrado, dejado una maleta en el suelo y estaba envolviendo un pañuelo inmaculado alrededor de su dedo. Lise trató de retirarse.

—Vas a estropear el pañuelo. No vale la pena.

—Vamos al baño —ordenó Judd—. Ahora me toca a mí salvarte.

—No necesito que me rescates —replicó entre dientes—. Y además, ¿qué estás haciendo aquí?

De pronto, Judd la miró con una sonrisa encantadora.

—¿No te lo imaginas? Vengo a secuestrarte. O, para ser más precisos, venimos. Emmy espera abajo, en la limusina. Vamos camino del aeropuerto.

—Los millonarios no secuestran a nadie. Ellos son las víctimas —

respondió Lise de mal humor.

Pero accedió a ir hasta el cuarto de baño, donde Dave no tardó en vendarle el dedo. Lo hizo de manera muy profesional. Entre tanto, Lise procuró pensar en la capa de nieve que dejaría la tormenta y el hielo del océano.

—Ya está —dijo. Después la miró detenidamente de arriba abajo—. Está claro que te gustan los colores brillantes.

Lise hizo una mueca.

—Cuando era una niña, siempre heredaba la ropa de Angeline. Los tonos pastel, que le sentaban de maravilla, a mí me hacían parecer un cachorro enfermo.

Con inesperada violencia, Judd agarró por el pelo a Lise.

—Siempre acabamos hablando de Angeline —susurró—. Te diré algo. Eres tan diferente de ella como ese fucsia del rosa pálido.

Entonces se abalanzó sobre ella y la besó. La lengua presionaba sus labios implorando acceso.

Lise se quedó tan tiesa como un poste. Pensó en Angeline y en Emmy, durmiendo en el desván porque se sentía sola. Entonces, empujó a Judd con todas sus fuerzas, librándose de su ataque. ¿Cómo se atrevía a besarla? ¿Cómo podía pensar que ella estaba suspirando por él?

—Lárgate a Dominica, Judd Harwood —dijo furiosa—. O vete al infierno. No me importa, siempre que salgas de aquí inmediatamente.

—Vístete, Lise —respondió con una sonrisa—. Cualquier cosa irá bien. Y no olvides las gafas de sol.

—No lo entiendes, ¿verdad? No lo entiendes. No voy contigo a Dominica.

—Tienes que venir. Emmy te está esperando.

—A Emmy le importa un bledo lo que yo haga.

—Le pregunté si quería que vinieras con nosotros.

—¿Y qué dijo?

Judd dudó un momento, recordando palabra por palabra todo lo que habían dicho. Le había preguntado si quería que Lise los acompañara.

—Si tú quieres que venga.

—Te lo pregunto a ti. ¿Te apetece?

—Tiene un pelo muy bonito —respondió Emmy evasivamente.

—Es verdad. Trabaja muy duro, Emmy, y unas vacaciones le sentarían estupendamente.

—Me gusta más que Eleanor.

Judd frunció el ceño. Había salido con Eleanor, hija de un conde, lo suficiente para darse cuenta que tenía hielo en las venas y que odiaba a los niños.

—Creo que le gustas a Lise —aventuró.

Como respuesta, había recibido una de esas miradas silenciosas de Emmy, que no podía descifrar.

Regresó al presente. Lise lo miraba en la misma posición que antes. Estaba tan perdido con respecto a Lise como con su hija. Eso lo desesperaba. Había levantado un imperio partiendo de la nada, pero era incapaz de saber lo que tenía que decirle a una mujer que apenas conocía.

—No puedo decir que a Emmy le entusiasmara la idea —se oyó decir en voz alta.

—Por una vez, eres honesto —aceptó Lise secamente.

—Mereces que lo sea —contestó Judd, con la convicción de que había dicho algo importante.

¿Qué demonios estaba pasando? Nunca le habían gustado los subterfugios, pero nunca antes había sentido con una mujer la imperiosa necesidad de decir toda la verdad. Lise parecía desconcertada. Eso le agradó. Si él estaba algo perdido, también lo estaba ella.

—No voy a ir —dijo Lise, cruzando los brazos sobre el pecho—. Emmy no lo lamentará. Y estoy segura que encontrarás a otra.

—No quiero a otra. Te quiero a ti.

—No es posible.

Judd respiró hondo. Tomó su mano y la llevó por el pasillo hasta la entrada. Allí, abrió la bolsa de cuero que había traído con él.

—Ayer fui de compras —dijo—. Todo esto es para ti.

—¿Quieres decir que me has comprado ropa? —preguntó con visible hostilidad.

—Sí. Imaginé que no tendrías ropa adecuada para ir al trópico.

—¿Cómo sabías que talla uso?

—Te he tenido en mis brazos, Lise.

Lise se puso colorada. Contrastaba con el vestido y el color del pelo. Haciendo caso omiso del rubor de sus mejillas, Lise levantó la cara en un gesto desafiante.

—Vas a tener mucho trabajo cuando vuelvas de Dominica. Tendrás que devolver todo esto.

—Un traje de baño, un par de camisones, pantalones cortos, camisetas y un vestido de noche —enumeró con tranquilidad—. ¿Por qué tendría que devolverlo? Sencillamente, lo guardaré para la próxima mujer que conozca, ¿no te parece?

—Así que esperabas comprarme —asumió Lise—. Unos cuantos vestidos en una maleta y me seguirá como un penito agradecido.

—No. Ese no era el plan —replicó Judd ofendido—. No puedo comprarte, Lise. ¿Crees que no he pensado en ello?

—No quiero tu dinero. Ni tus regalos.

Judd sabía que decía la verdad. Hacía mucho tiempo que nadie lo

quería por él mismo. Siempre era por el dinero, las posesiones y el poder.

—Tú me deseas, Lise —aseguró.

—Es posible. Solo es lujuria. ¿Y qué?

—Ven a Dominica con Emmy y conmigo. Habitaciones separadas, una playa privada y piscina. Sin responsabilidades.

—No puedo, Judd —exclamó Lise con evidente angustia—. Yo no actúo así. Te estaría utilizando.

Creía a pies juntillas cada palabra. No se estaba haciendo de rogar. Habría apostado toda su flota de aviones en esto. Judd habló con todo el sentimiento de que era capaz.

—Salvaste la vida de Emmy, Lise. Quizás lo hayas olvidado. Yo no. Tres días bajo el sol no es gran cosa par algo que no tiene precio.

Lise no aguantó la aguda mirada de Judd y posó la suya sobre la bolsa de viaje.

—¿Qué hay debajo de esa cosa amarilla? —preguntó con voz ahogada.

La cosa amarilla era un papel de envolver muy caro para un bikini minúsculo. Judd se arrodilló y apartó el paquete para dejar al descubierto un vestido con mangas de seda, verde jade, muy escotado y una falda con mucho vuelo.

—Lo vi casi por casualidad en el escaparate de una tienda cerca de Westmount Square. Parecía hecho a tu medida. ¿Qué ocurre, Lise?

Había juntado las manos. Las lágrimas afloraron. Judd se acercó y la abrazó con cariño.

—¿No te gusta? Te imaginé con él y…

Lise comenzó a hablar a borbotones, casi sin respirar.

—Yo también lo vi. La semana pasada. Antes de encontrarte. Estaba de compras y lo vi en el escaparate. Era precioso y sabía que estaba hecho para mí. Pero también sabía que no podía permitírmelo. Además, ¿dónde iba a lucirlo? ¿En la fiesta anual del cuerpo de bomberos? ¿En la mercería? Pertenecía a otra vida. No era para mí —Lise estaba temblando—. Me asusta. Judd. Me da miedo pensar que, de alguna manera, tú también supieras que era para mí.

—Lise —dijo Judd—. Ponte unos vaqueros y una camiseta. Vienes con nosotros. Te juro que en el tiempo que pasemos juntos no te pondré la mano encima. Cuando regresemos, puedes quedarte el vestido. Es tuyo.

Una lágrima rodó por su mejilla.

—Nunca lloro —dijo con rabia—. No puedo permitírmelo. Veo demasiadas desgracias en el trabajo, y sé que muchos compañeros darían cualquier cosa por verme llorar.

Judd luchó por mantenerse en su sitio y no rodearla con los brazos.

—Unos cuantos días en la playa alejada del trabajo —dijo Judd con

calma—. Eso es todo lo que te ofrezco. Y un vestido que hará que tus ojos brillan como el mar.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Voy a prepararme. No tardaré.

Se apresuró al dormitorio. Judd se quedó mirándola. Había jurado que no la tocaría. No tenía ni idea de cómo iba a mantener su palabra. Pero tendría que dejar las manos quietas a cualquier precio. Era una promesa. Se agachó junto al bolsón de cuero y. con sumo cuidado, volvió a guardar el vestido. Estaba en deuda con ese vestido. Por él Lise había aceptado.

Había hecho cosas muy duras a lo largo de los años. Pero tenía la sensación de que nada podía compararse con el esfuerzo que requería mantenerse alejado de la habitación de Lise Charbonneau.

## Capítulo 5

Anochecía. Judd estaba acostando a Emmy. Lise, sentada en la terraza cubierta que daba al mar contemplaba la magnífica puesta de sol. Las primeras estrellas afloraban en un cielo de terciopelo. Las palomas habían cesado en sus arrullos. Y la oscuridad había engullido los matices anaranjados de las buganvillas que trepaban por el alféizar. ¿Cuándo había sido la última vez que había podido relajarse en un lugar tan deslumbrante, tan lujoso?

Nunca.

Había abandonado su rutina diaria desde el preciso instante en que había subido a la limusina de Judd aparcada frente a su apartamento. El chófer de uniforme. El impecable jet privado en la pista de despegue, identificado con una de las marcas de la compañía aérea de Judd. Y por fin, horas más tarde, la llegada a la villa en la costa este de Dominica. Un terreno arbolado que daba paso a un amplio bungalow exquisitamente construido con materiales autóctonos. El interior, pintado en tonos pastel y abierto a la brisa marina. Había flores por todas partes, hibiscos y orquídeas. Una comida deliciosa que Lise no tenía que preparar ni preocuparse por recoger. Era como estar viviendo un sueño, como si nada de todo aquello fuera real.

Judd, hasta el momento, había sido el compañero ideal. Con mucha discreción se había asegurado que a Lise no le faltara nada. Y no había intentado nada con ella. Estaba cumpliendo su promesa. Una ligera brisa agitó las hojas de las palmeras cuyas hojas, al chocar, sonaban como el roce del tafetán al caminar. Lise se estiró cómodamente en la tumbona de madera de teca. Al hacerlo, notó el tacto de la seda de los amplios pantalones color crema en los muslos; la blusa también era de seda, de un amarillo pajizo. Un conjunto que Judd había elegido y pagado para ella.

Debería acostarse antes de que él volviera. Sería una medida de precaución, por si Judd decidía romper su promesa y seducirla en ese paradisiaco paraje. Lise entrecerró los ojos. Podía confiar en él. Hacerla el amor en contra de su voluntad no sería la mejor manera de agradecerle que salvara la vida de Emmy.

Estaba demasiado dormida para preocuparse, demasiado cansada para recordar cómo había caído en sus brazos, igual que la fruta madura. Lise cerro los ojos. El suave murmullo de las olas despejó cualquier miedo de su cabeza. Su respiración se sosegó hasta hacerse profunda.

Diez minutos después, Judd salió a la terraza. Se llegaba desde el amplio cenador, circundado por macizos de orquídeas blancas y malvas; y conducía hasta la piscina y la playa. De ese modo, la casa y

el mar estaban unidos de un modo que agradaba mucho a Judd. De pronto, se paró en seco.

Lise se había dormido.

La luz dorada del cenador iluminaba parte de su rostro. El pelo centelleaba como una hoguera encendida. Sus pechos bajaban y subían rítmicamente con su respiración. Creyó ver una sombra azulada bajo los párpados cerrados. Eso lo sobresaltó. Excepto Angeline, no había permitido que ninguna otra mujer lo afectara emocionalmente. No tenía ni tiempo, ni necesidad, ni ganas.

Sus pensamientos no lo detuvieron. Tenía exactamente lo que quería. Lise estaba con ellos en su querido retiro dominicano. Durante cuatro noches. Pero cuando trataba de persuadirla, en el apartamento de Lise, había prometido que no la seduciría. ¡Qué idiota! ¿Por qué, si no, la habría invitado a venir?

¿Por qué? Por agradecimiento, desde luego. Pero incluso una razón tan poderosa palidecía frente al irrefrenable deseo de poseerla que lo quemaba por dentro. Quería hacerla suya del modo más salvaje.

Lujuria. De eso se trataba. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado con una mujer. Y, desde luego, no estaba enamorado de ella.

Se había enamorado una sola vez, a los veintitrés años, de Angeline. Recordaba la primera vez que la vio con total claridad. Salía de la oficina en Manhattan, donde acababa de jugarse todo su futuro a una carta en la compra de cuatro aviones Boeing 737. La negociación le había llevado a un punto de máxima excitación. Había cruzado la calle con la atención puesta en una pequeña multitud arracimada en torno a una sesión de fotos. Entonces la había visto. Una criatura exquisita de pelo rubio y liso, recogido en un moño, y los ojos azules como el mar. Lucía un abrigo de visón. Y un juego de pendientes y collar de diamantes. Sus miradas se habían cruzado y supo, desde ese mismo instante, que se casaría con ella.

Efectivamente, se habían casado. Pero no habían vivido felices el resto de sus vidas. Muy al contrario.

Y no pensaba volver a pasar por eso.

Lise cambió de postura. Ahora tenía el cuello torcido en un ángulo incómodo. Dormida, parecía más joven y más vulnerable. Quizás al día siguiente podía dar de cenar a Emmy un poco más pronto y pedirle a Lise que se pusiera el vestido verde para cenar.

Y después, ¿qué? Acompañarla hasta la puerta de su habitación sin, utilizando sus propias palabras, ponerle un dedo encima. ¿Qué le había llevado a prometer algo tan difícil de cumplir? No era ningún santo, en cualquier caso.

Pero esta noche era mejor mantener su palabra.

Se agachó y tomó a Lise en sus brazos. Ella mascculló algo sin

sentido. Entonces, en un gesto que hizo que casi se le saliera el corazón del pecho, Lise se acurrucó contra su cuerpo con un suspiro. Sintió el calor de su mejilla traspasar la camisa; el perfume lo inundó todo, entremezclado con el aroma de un jardín repleto de flores de vivos colores. Y los colibríes, recordándole la camiseta que Lise llevaba el día que la ayudó a recoger el arroz esparcido por el suelo de la cocina. Y cómo la había abrazado, dibujando con sus manos la curva de sus pechos.

Judd se puso en pie. Llevando a Lise en brazos, cruzó la terraza y el cenador. Los dormitorios estaban instalados en un ángulo que favoreciera las corrientes de aire. Su habitación estaba junto a la de Lise. Al empujar la puerta con la rodilla, golpeó con el codo el marco de la puerta. Lise se incorporó de golpe, alarmada como un polluelo.

—Tranquila —dijo Judd enseguida—. Te has dormido y yo solo…

Su mirada había volado hasta el dormitorio en penumbra, con la cama sobre la que se amontonaban las almohadas.

—Lo prometiste, Judd —gritó.

Judd avanzó con suavidad y la dejó sobre la cama.

—Y mantengo mi promesa —afirmó apretando los dientes—. ¿Es que no puedes creer una sola palabra de lo que digo?

Lise se levantó de un salto, con las manos en los bolsillos. Había estado soñando con Judd, bañada en el calor de su piel, atrapada en su magia. Y ahora estaba ahí. Su enorme cuerpo avanzando hacia ella, empujado por el suave murmullo del viento entre las palmeras. Pero notó, algo tarde, que no parecía mostrar el menor interés en seducirla. Estaba demasiado enfadado para eso.

Lise intentó concentrarse.

—Lo lamento —dijo apurada—. Creo que me he precipitado.

—Puedes estar segura.

—Te pido disculpas, Judd.

—La próxima vez, concédeme el beneficio de la duda.

—No habrá próxima vez.

—Tienes razón. No habrá próxima vez —afirmó Judd dejando escapar el aire entre los dientes. Dio media vuelta y salio de la habitación, cerrando la puerta con exagerada delicadeza.

Lise permaneció inmóvil. Quería gritar. Tenía ganas de destrozar las almohadas y llenar la habitación de plumas. Quería acostarse con Judd.

Lentamente, se hundió en el colchón. Los ojos, abiertos de par en par, brillaban en la oscuridad. «El sueño», pensó aturdida. Quería hacer el sueño realidad. O bien había perdido la cabeza y el juicio desde el momento en que había subido a aquella limusina. Y seguía en ese estado de irrealidad desde que había llegado a aquel deslumbrante retiro.

Claro que no iba a acostarse con Judd. Había cometido algunos errores en su vida, pero este superaría con creces todos los demás. ¡Qué idea!

Judd le había hecho una promesa. Ahora ella quería hacer otra. No haría absolutamente nada que pudiera incitarlo. Pensar en él como en un mueble más, si hiciera falta. Alejarse de él y no dejar que se acercara. Tenía los puños apretados. Hizo un esfuerzo para relajarse. Todo iría bien. Si podía mantener a raya a todo el cuerpo de bomberos, también podía manejar a Judd Harwood. Mientras tomaba esa decisión, Lise se desvistió hasta quedarse en ropa interior, se tapó hasta la barbilla y se durmió.

En la mesa del desayuno, sombreada por el emparrado del que colgaban capullos amarillo limón, Emmy dejó bien claro que quería pasar la mañana en la playa.

—Muy bien —aceptó Judd, y añadió—. No olvides la sombrilla y un sombrero, Lise.

—Oh, creo que me quedaré en la terraza y leeré un rato.

Judd levantó una ceja.

—Justo enfrente de mi habitación hay una librería —dijo sin denotar pasión—. Sírvete.

Lise estaba instalada en la misma tumbona de la noche anterior cuando Judd y Emmy se fueron a la playa. Lise se quedó sin respiración cuando vio a Judd en bañador. Paseó la mirada por su enorme espalda morena, la cintura estrecha y sus largas y fuertes piernas. «No es justo», pensó amargamente. «Ningún hombre debería tener tan buen aspecto».

Pero estaba siendo fiel a su promesa.

Muy a su pesar, Emmy decidió instalarse en el punto de mira de Lise. Eso significaba que Lise tenía que ver la curva que dibujaba la espina dorsal de Judd al arrodillarse junto a Emmy para ayudarla a construir un castillo de arena. Y luego, ver cómo se divertían juntos jugando con las olas. Podía haberse unido a ellos, pero no lo hizo. En cambio, tiró el libro sobre las baldosas del suelo con disgusto y fue a ponerse el bikini. Al menos, podría desahogarse en la piscina. El bikini, que había elegido Judd. Consistía en dos retales de tela amarilla que dejaban muy poco trabajo a la imaginación. Lise se recogió la melena con una cinta para el pelo, cruzó la casa y se sumergió en la piscina rectangular. El sol arrancaba destellos turquesa del agua. Empezó nadando a braza, que era el estilo que más le convenía a su hombro herido. Poco a poco fue cambiando a crawl al sentir que sus músculos se distendían en el agua. El esfuerzo la calmó. Después de todo, podía estar en Montreal, agarrada al camión de

bomberos mientras atravesaban a toda velocidad las calles heladas de la ciudad. Cualquiera cosa era mejor que eso. No a arruinar sus vacaciones por culpa de Judd Harwood. O por culpa de su cuerpo.

Nadó hasta el borde de la piscina y, con una voltereta bajo el agua, se impulsó con fuerza en la pared para bucear con los ojos abiertos. De pronto, el cuerpo de Emmy entró en el agua como una bola, envuelto en burbujas. Con fuerte impulso de su brazo izquierdo, Lise salió a la superficie. Judd también estaba en la piscina y reía con sus ojos de color azul pizarra mirándola.

—Estamos jugando al escondite —dijo—. Ahora la ligas tú.

—Yo ya me salgo —farfulló.

—Agárrame si puedes —gritó Emmy.

Emmy también se estaba riendo. No era la misma niña, presa del miedo, que había encontrado hecha un ovillo en el desván. «Dios mío, sácame de aquí», pensó, y nadó tan rápido como pudo en dirección a Emmy. Pero en el último momento, Emmy se escabulló buceando y Lise se encontró junto a Judd.

—Apuesto a que no puedes conmigo —dijo Judd provocativo.

—No hagas tonterías. Recuerda tu promesa.

—Tómate un descanso.

Lise suspiraba por él, pero Judd también se le escapó, salpicándola en la cara. Con un grito de venganza, Lise fue por él, deslizándose por el agua, acorralándole en una esquina de la piscina. En el último minuto, buceó y le tocó en la rodilla, para inmediatamente sumergirse hasta el fondo. Pero Judd buceaba a su lado, su cuerpo ondulante a través de la luz rizada por el agua. Despacio, se acercó y la besó apasionadamente en la boca. Con ojos como platos, Lise lo vio subir a la superficie.

Casi sin aliento, Lise se impulsó desde el fondo de la piscina. Estaba boqueando cuando alcanzó la superficie. En pleno frenesí, salió en persecución de Emmy. Incluso bajo el agua, le había encantado que Judd la besara. Técnicamente, él no había roto su promesa. La había tocado con los labios, pero no la había puesto un solo dedo encima.

Veinte minutos después, los tres salían del agua.

—Ha sido divertido —dijo Lise sin aliento—. Eres una estupenda nadadora, Emmy.

Emmy la miró de igual a igual.

—Papá me enseñó —replicó, y fue a buscar una toalla.

Lise no lamentó lo que Emmy había dicho, sino el tono que había empleado. Fue como si le cerraran la puerta en las narices.

—Toma una toalla —dijo Judd con el brazo extendido hacia ella.

El agua le goteaba de la barbilla y el vello de su cuerpo se pegaba a su piel. Todo la fascinaba: el dibujo de las costillas al respirar, el hueco en la garganta, los labios finos. La había hipnotizado, pensó

Lise, y hundió la cara en la toalla que Judd le ofrecía. Tenía que alejarse de él.

Sally, la cocinera, había preparado zumo de guayaba y un plato con piña asada. Había dispuesto la mesa de teca junto a la caseta de la piscina, bajo una enorme sombrilla de playa. También daban sombra las palmeras. Lise se cubrió con un albornoz amarillo y se sentó. Estaba muerta de hambre y el hombro ya casi no le dolía. Sentados a la mesa, Judd narró algunas de las anécdotas más divertidas que había vivido en los primeros años como director de la compañía aérea. Para no ser menos. Lise contó algunas de sus experiencias rescatando gatos de los árboles. Y en todo momento. Lise fue consciente que Judd no le quitaba los ojos de encima. Lo hacía con mucha discreción. Estaba segura que Emmy no tenía la menor idea de lo que estaba pasando. Pero ella sí. Sintió como Judd la desnudaba con la mirada. Sus ojos se posaban en cada parte de su cuerpo con la misma corporeidad con que sus dedos recorrerían todo su cuerpo.

Aún no la había tocado. Pero la estaba seduciendo. Terminó de comer y apuró el zumo.

—Voy a echarme la siesta —dijo con una sonrisa—. Os veré más tarde.

—Que duermas bien —deseó Judd.

Lise se apresuró en lo que era, no cabía duda, una retirada. Se dio una ducha en el lujoso cuarto de baño de su habitación. Luego se secó el pelo y se acostó con uno de los camisones que Judd había elegido para ella. Era de seda, nuevamente, tan suave como una caricia. Sabía que estaba demasiado nerviosa para dormir, pero aun así cerró los ojos. Y los abrió cuando la luz del atardecer se filtraba a través de las persianas de láminas.

Había dormido casi cinco horas. Apresuradamente, se levantó y se puso el mismo conjunto de la noche anterior. Ese conjunto tapaba más que cualquier otro de los conjuntos que Judd había escogido. Salió al pasillo. Emmy y Judd estaban en la terraza, jugando a las damas. Lise los observó desde las sombras. «Se llevan estupendamente», pensó. Había química entre ellos. En definitiva, Judd era un buen padre.

Eso no casaba con la descripción de Angeline. En palabras suyas, había sido un padre ausente que le había arrebatado a su hija por pura venganza. ¿Quizás Angeline solo hubiera sugerido esa posibilidad y ella hubiera elaborado la teoría?

No podía fingir ser buen padre. No con una niña tan lista como Emmy. Lise reculó hacia las sombras y encaminó sus pasos hacia la biblioteca, con su magníficas estanterías de palisandro. Allí, se acurrucó en un butacón de bambú y procuró concentrarse en las páginas del libro. Se sentía sola, ¿o quizás sería más apropiado decir excluida?, y asustada. Y no le gustaba ni lo uno ni lo otro.

Media hora más tarde, Judd fue a buscarla. Vestido con pantalones cortos y una camiseta, despeinado, se pasó en el umbral de la puerta.

—¿Qué pasa, Lise? —preguntó malhumorado—. ¿De qué o de quien te estás escondiendo?

—¡No me escondo! Estoy leyendo.

—La cena está lista.

—Bien. Ahora voy.

—En otras palabras, que no te esperemos —dijo sin perder la calma.

—Tengo que arreglarme un poco.

—No te hace ninguna falta. Estás absolutamente preciosa tal y como vas.

Lise se levantó, sonriendo a su pesar.

—Sabes levantarme el ánimo.

—¿Todavía no te has dado cuenta de lo increíblemente guapa que eres?

—Angeline es especial. Yo soy corriente.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó, mesándose los cabellos.

—Marthe. Una y otra vez durante todo el tiempo que pasé en su casa.

Judd soltó un taco.

—Hazme un favor, ¿quieres? Repite cinco veces al día: «soy una mujer preciosa. Eso dice Judd». ¿Lo entiendes?

—Pero, ¡no soy sofisticada ni elegante!

—Eres auténtica —respondió Judd.

Lise tragó saliva. Lo decía en serio. Se quedó muda un instante, pero le siguió escuchando.

—Has dormido una siesta de cinco horas. Debes estar agotada.

—No estoy acostumbrada al calor. Judd le dedicó una mirada feroz.

—Dame un respiro. Estás molida. ¿Crees que no me doy cuenta? Así que tengo una proposición que hacerte. Hablaremos después de la cena, cuando Emmy se haya acostado.

—No estoy interesada en ninguna clase de trato que venga de ti y estoy segura de que eres muy convincente.

—No he llegado hasta la cima dejando que la gente me pisoteara. Así que no lo intentes.

—Haré lo que me dé la gana —dijo Lise enfurecida.

—Estás tentando la suerte, querida.

—No me llames querida.

—Solo es una forma de hablar, créeme.

Lise no sabía que era peor, si su autoridad o su sarcasmo.

—¿Has dicho que la cena está lista? —preguntó con tanta dulzura como le fue posible.

—Siento lástima por los chicos que tengan que trabajar contigo en el

coche de bomberos —dijo despiadado.

Acariciando los pétalos de bronce de unos lirios, Lise sonrió sin querer.

—¿A qué coche de bomberos te refieres? Todo me resulta tan lejano aquí.

—Bien —dijo Judd—. Al menos he conseguido algo. Lise se mordió el labio inferior.

—Te estoy muy agradecida por traerme aquí, Judd. No me malinterpretes. Y sí, estoy cansada. Pero no es solo cansancio. Es que no quiero iniciar una relación contigo, asumiendo que tú sí quisieras, lo que pongo en duda. Vivimos en mundos diferentes y así debe ser. Esa es la razón por la que me muestro algo distante. Instinto de protección.

Judd se acercó.

—Es tu cabeza la que habla, ¿verdad?

—Es mejor evitarse problemas.

—Desde luego, eres distinta a cualquier otra mujer que haya conocido. Y eso incluye a Angeline —dijo Judd con violencia contenida.

Estaba tan cerca que Lise podía ver sus pestañas, negras y rizadas; la curva del labio inferior, tan bien esculpido y tan deseable. Quería pasar el dedo por el labio. Mientras, el corazón le latía con más fuerza.

—No sé por qué hice esa ridícula promesa —se lamentó Judd.

—Yo también hice una, si te sirve de algo —añadió Lise tratando de sonreír—. No ponerte las manos encima.

A Judd le brillaban los ojos.

—¿En serio? Podríamos romper nuestras promesas por mutuo acuerdo.

—¡No podemos! No estamos hechos el uno para el otro. Y no quiero reducirlo a una simple aventura.

—Yo no pensaba en algo pasajero —agregó Judd—. Y ahora, dado que Sally tiene tanto carácter como tú, será mejor que vayamos a cenar.

Ese era otro de los puntos que Lise había notado en las últimas veinticuatro horas. El respeto mutuo entre Judd y sus empleados.

—Eres muy amable con el servicio —dijo Lise de mala gana.

—¡No soy un ogro!

«Tan solo el hombre más sexy que he visto en toda mi vida». Afortunadamente. Lise no lo había dicho en voz alta. Pasó a su lado y fue al comedor.

Después de cenar, Judd fue a acostar a Emmy. Luego, él y Lise jugaron al ajedrez en la terraza. Poco después de medianoche, Judd dio jaque mate.

—¡Vaya! —se lamentó Lise—. Debería haber tapado ese alfil hace

dos movimientos.

—Juegas muy bien.

—Me enseño Stephan. Uno de los compañeros de turno. Es una buena manera de mantenerte despierto —explicó con una abierta sonrisa—. Pero como esta noche no tengo turno, creo que me voy a la cama. Buenas noches.

Judd se levantó cuando Lise empujó la silla.

—Habrás notado que no he mencionado la proposición —dijo perezosamente—. He preferido dejarlo para más tarde.

—Me parece bien —respondió use con amabilidad—. Eso nos ahorrará otra pelea.

—Hay otras formas de evitar una pelea.

Judd, sin utilizar las manos, la besó en la boca. Fue un beso pleno, gozoso, de una aplastante intimidad. Recorrió sus labios con la lengua. Después siguió besándola los pómulos, los párpados, el cuello. Lise creyó oír su nombre desde muy lejos.

Se sentía débil, ligera, devastada por el deseo. Y sin embargo estaba siendo complacida como nunca antes lo había sido. Pero Judd aún no la había tocado. En plena excitación, Lise dio un paso atrás. Sus ojos eran como dos piscinas negras bajo el cielo del trópico.

—Judd, por favor…

—Solo un beso de buenas noches.

Notó cómo los pezones se marcaban en la blusa de seda. Todo su cuerpo ardía.

—No juegues conmigo —imploró—. No estamos en igualdad de condiciones.

—Te he besado porque quería hacerlo. Y tú te has quedado porque has querido. Admítelo, Lise.

Judd la perforaba con la mirada.

—¿Querer? —chilló—. No tenía elección.

Con un grito de rabia, dio media vuelta y corrió hasta su habitación. Cerró la puerta y puso una silla de caña encajada bajo la cerradura. Un truco que no impediría entrar a Judd si estaba dispuesto, pero que al menos la hizo sentirse algo mejor. «Un solo beso y pierdo la cabeza», pensó con desesperación. Nunca había actuado con un hombre de la forma en que estaba haciéndolo con Judd.

Ahora comprendía por qué nunca se había acostado con Dave. Años atrás, nada más ingresar en el cuerpo de bomberos, se había enamorado de un compañero de otro distrito. Habían tenido una aventura breve. No había disfrutado mucho en la cama, pese a ser una mujer con muy poca experiencia. Rompieron en el momento en que él descubrió que, pese a vivir en la vieja casona de Outremont, no había ninguna fortuna familiar. El desenlace hubiera sido absurdo, de no ser porque fue humillante y doloroso.

En los años que siguieron, tuvo citas ocasionales con diversos hombres. Pero, antes o después, todos perdían el interés a causa de un trabajo tan peligroso, tan exigente y con unos horarios tan duros. Pero no le importaba. Toda esa experiencia había minado su confianza y no le resultaba fácil recuperarla.

«Puedo seguir así», pensó con orgullo. Su encuentro con Judd no había cambiado nada. Aunque eso no era del todo cierto, fue suficiente para que Lise pudiera dormir.

Al día siguiente Lise, Judd y Emmy se tomaron el día libre. Fueron a Roscau, la capital de Dominica, donde compraron algo de artesanía. Luego caminaron hasta las cataratas de Trafalgar y se bañaron la piscina natural formada a sus pies. Llegaron a casa justo para la cena. Lise se acostó temprano. Esa noche no jugaron al ajedrez. No se besaron bajo un cielo estrellado. No hubo ninguna proposición.

En su último día, pasearon por el parque nacional, situado al norte de la isla. Lise adoraba la selva tropical, tan tupida, tan verde, tan umbrosa. Olía a humedad y a vida, y los pájaros de alegres colores que revoloteaban sobre su cabeza la tenían subyugada.

Judd llevó a hombros a Emmy la mayor parte del tiempo. Lise sabía que Emmy no había vuelto a tener pesadillas desde que estaban en la isla. Si Angeline estaba equivocada acerca de las aptitudes de Judd como padre, quizás también la había engañado al contarle otras cosas sobre él.

Esta idea era nueva para Lise. También había aprendido otra cosa: Judd era capaz de cumplir una promesa. No le había puesto la mano encima en estos dos últimos días. De hecho, se estaba comportando de un modo tan reservado que casi parecía irreal. Eso debería haber sido un alivio para ella. Sin embargo, no lo era. Al contrario, el descuido con que se dirigía a ella la irritaba. Tal vez Judd hubiera decidido que no valía la pena tomarse más molestias. Al fin y al cabo, el mundo estaba repleto de mujeres que se habrían acostado con él a la menor insinuación.

Una cosa estaba clara: Judd había hecho una promesa y pensaba cumplirla.

Sea cual fuera la razón.

Cuando regresaron a la villa, Judd mandó a Emmy a la cama con la cena en una bandeja. Pese a que la niña se había mostrado muy educada con ella estos tres días, Lise había notado como a veces Emmy se la quedaba mirando, como si quisiera sondearla. Todavía no se sentía más cerca de Emmy que cuando habían salido. ¿Qué le habría contado Judd acerca de la custodia? Tal vez la hubiera hecho ver que, de algún modo, Angeline no la quería. O tal vez, simplemente, hubieran pasado tantas mujeres por la vida de Judd que no le diera mayor importancia.

Era su última cena en la isla. Al día siguiente volarían de vuelta al invierno de Montreal y a la rutina diaria. Volvería a su turno en la estación de bomberos. Los moretones habían desaparecido bajo un cuidado bronceado. Estaba suficientemente recuperada para volver al trabajo. Una perspectiva nada atrayente.

Abrió el armario de su habitación. El vestido verde jade colgaba de una percha. Aún no se lo había puesto. Acarició la tela con los dedos. Luego, lo dejó sobre la cama y pasó casi cinco minutos mirándolo, casi de la misma forma que Emmy la miraba a ella. Ese vestido la había traído a la isla.

No podía irse sin ponérselo. ¿O acaso iba a repetir el mismo conjunto de cada noche?

Lise rebuscó en su maleta algo de lencería y las sandalias doradas. Se maquilló despacio, con cariño. Se pintó las uñas de los pies y eligió unos aros dorados como pendientes. Por fin se ciñó el vestido de seda al cuerpo y ajustó el cinturón dorado a la cintura.

El espejo le devolvió la imagen de una desconocida, una criatura ligera adornada por una llameante melena rizada, en cuyos ojos se reflejaban todos los matices de un vestido que se ceñía a su cintura, a sus caderas y a sus pechos. La hacía sensual. Voluptuosa. Accesible. «Oh, Dios mío, no puedo llevar esto», pensó.

Llamaron a la puerta.

—La cena está lista, señorita.

Era la ayudante de Sally, que había venido desde Roscau.

—Enseguida voy, Melanie —gritó Lise aterrada.

Judd interpretaría ese gesto como la más descarada invitación. Había elegido, de forma intuitiva, un vestido por el que ella suspiraba amargamente.

Maldita sea, se pondría el vestido. Aunque entrar en el comedor requiriese más valor que hacer frente a un aviso triple. Lise se puso recta y salió de la habitación.

## Capítulo 6

Judd estaba mirando en dirección a la playa en sombras por encima del alféizar cubierto de orquídeas. Esa noche, la ciudad estaba de fiesta. Sally y su ayudante tenían el resto de la noche libre. La cena consistía en un bufé frío, servido en un aparador de caoba. «Una noche perfecta para la seducción», pensó Judd violentamente. Emmy estaba dormida. Una seducción que no iba a tener lugar. Solo tenía que mantener su palabra una noche más y volvería a casa libre.

¿Acaso dejaría de pensar en ella por el simple hecho de no verla? ¿Eso funcionaría con Lise? No estaba seguro. Pero valía la pena intentarlo.

¿Qué otra posibilidad le quedaba?

El rumor de unos pasos cruzó por el suelo. Alertado de la presencia de Lise, Judd se dio la vuelta. La sonrisa de bienvenida se congeló en su rostro. Por espacio de varios segundos se quedó mudo. Entonces se levantó y bordeó la mesa hasta detenerse a tan solo unos centímetros de ella, recorriendo todo su cuerpo de la cabeza a los pies con la mirada. Los brazos desnudos y el cuello de cisne. Las curvas de su cuerpo enmarcadas en oro. El suave balanceo de las caderas. Solo cuando sus miradas se encontraron, Judd comprendió que Lise estaba paralizada por el miedo, hecha un manojo de nervios y totalmente rígida. Tenía la expresión de una mujer que sabía que cualquier sitio era preferible a estar allí.

Judd se aclaró la garganta y habló con voz algo ronca.

—Supongo que decirte que estás preciosa no tiene sentido. ¿Pero qué otra cosa puedo decir? ¡Demonios, Lise! No se me ocurre nada.

Para empeorar la situación, vio cómo las lágrimas inundaban sus ojos. A él le gustaba su carácter. Las lágrimas la desarmaron por completo. ¿Solo porque le había dicho que ella nunca lloraba? Judd se moría por abrazarla y ofrecer un poco de consuelo, pero si lo hacía rompería su promesa. No se movió, con los brazos pegados al cuerpo. Había hecho esa promesa sin pensar en las consecuencias y con el único fin de que Lise aceptara el viaje. «Una promesa con trampa», pensó con severidad. Pero, de algún modo, en estos días había adquirido peso. Tenía que mantenerla. Por el bien de los dos. Aunque no entendiera la razón. Ni quería entenderla.

Lise lo estaba mirando, pero su expresión no dejaba translucir nada. Respiró hondo y soltó el aire despacio antes de tomar su mano entre las suyas y posarla sobre su hombro.

—Ahora me has puesto la mano encima. ¿Qué opinas?

El corazón le golpeaba el pecho como un tambor. Lise le estaba liberando de su promesa. ¿Qué otro significado podía tener aquello?

—Lise, ¿estás segura? —preguntó Judd.

—No. Puede. Oh, no lo sé.

Una vez más, su sinceridad lo descentró. Con el paso de los años, había comprendido que Angeline nunca le había mentido intencionadamente. Sencillamente, adaptaba la verdad para que encajara con las necesidades de cada momento. Al principio, perdidamente enamorado, había pasado por alto esto. Más tarde, con el tiempo, había dejado de confiar en ella. Y había llegado a la conclusión de que la verdad era la base para cualquier relación.

—Siempre dices la verdad, Lise —dijo con torpeza—. Lo sueltas, lo escupes sin más. Porque es así como vives tu vida.

—No hay sitio para las mentiras cuando estás buscando a un niño perdido entre las llamas de un incendio.

Judd se estremeció. Entonces, con una voz que le costó reconocer, preguntó lo obvio.

—¿Por qué has puesto mi mano en tu hombro?

—¿Por qué llevo este vestido?

—¿Dos preguntas sin respuesta?

—Has mantenido tu palabra. Me he dado cuenta. Quizá esa sea la razón.

—Sí… esa estúpida razón ha cobrado sentido, no sé cómo.

Lise notó que había perdido el control. Judd sintió que Lise empequeñecía entre sus dedos.

—Supongo que podría alegar locura transitoria —vaciló—. Quizás sea lo único que tiene sentido de todo esto.

Con un gemido sordo, Judd la levantó en brazos. Casi al instante fue consciente de la levedad de su cuerpo, la calidez de su piel y el roce de sus pechos contra el suyo. Cada poro de su piel clamaba por hacerle el amor como nunca antes ningún hombre se lo habría hecho. Quería hacer disfrutar a Lise y proporcionarle todo el placer de que fuera capaz. «No debes hacerlo, Judd», se recriminó. «Ahora empieza a confiar en ti. No lo estropees ahora. Ella merece algo mejor».

Retrocediendo, habló con excesiva rudeza.

—Deberíamos comer algo.

Judd advirtió la inmovilidad de Lise. Miraba fijamente la hilera de botones de su camisa como si fuera la primera vez que veía algo parecido.

—Sí —dijo con mucha educación—. Tienes razón, desde luego.

—Si no paramos, sabes lo que ocurrirá.

—Sí —respondió con un hilo de voz estremecido.

En esos momentos, Judd solo podía experimentar ternura. Una sensación totalmente nueva para él, que ni siquiera Angeline había logrado despertar en sus primeros días de relación. Con Angeline siempre había existido cierta frialdad. Nunca se había entregado del todo. Solo más tarde se había preguntado si esa reserva era parte de su encanto. El hecho de que nunca hubiera podido llegar al fondo de su

corazón, por mucho que lo intentase.

«Corre» pensó. «Corre para salvar tu vida, amigo. Porque si le haces el amor, ya nunca serás el mismo. Lo sabes. Y tal vez ella también lo sepa. No quieres comprometerte. Lo juraste hace años».

Judd se alejó de ella y soltó su mano.

—Sally me matará si no probamos la cena que nos ha preparado —dijo casi con ingenuidad—. No la has visto en pie de guerra. No hay muchas cosas que me asusten, pero puedo asegurarte que ella sí.

—¿Te doy miedo, Judd? —preguntó Lise.

De entre todo lo que podía preguntarle, nada tan difícil como aquello. Había renunciado a demasiadas cosas por culpa de esa estúpida promesa. Pero eso era todo lo que Lise Charbonneau obtendría. «No quiero más compromisos. No, señora». Definitivamente, eso no formaba parte de su plan de juego.

—Aparte de Sally, no me dejo asustar por ninguna otra mujer.

Lise pestañeó. Levantó la barbilla. El arrojo que demostraba estaba destrozándolo.

—Entiendo —dijo Lise—. ¿Qué hay para cenar? ¿Emmy ya se ha ido a la cama? No ha vuelto a tener pesadillas, ¿verdad? Fue una buena idea traerla aquí. Se nota que le encanta. Y no me extraña. Es precioso.

Lise no era una mujer habladora. Judd también había notado que estar en silencio no la incomodaba. Había aprendido muchas cosas sobre ella.

—Sopa fría de calabaza —dijo señalando con el dedo—. Ensalada marinera, plátano, gambas al curry, cerdo en salsa criolla… ¿Quieres que siga?

—Todo tiene una pinta buenísima.

Judd recordaría siempre la siguiente hora como una de las peores de su vida. Lise y él eran insoportablemente amables el uno con el otro, hablando de temas totalmente impersonales y comiendo como si lo único importante fuera agradar a Sally. Pero finalmente acabaron con el postre de mango, cocinado con sirope de jengibre, y habían tomado café en el juego de porcelana china.

—Creo que voy a retirarme, Judd —dijo Lise con un bostezo fingido—. Nos espera un día muy duro mañana.

—Que descanses —respondió Judd con el toque justo de frialdad y la siguió con la mirada. Un momento más tarde escuchó la puerta al cerrarse y solo entonces soltó la respiración en un prolongado suspiro.

«Eres estúpido, Judd. Tuviste tu oportunidad y la has dejado escapar. Podías haberte acostado con ella y habértela quitado de la cabeza».

Judd escuchó una vocecita en su cabeza. «¿Crees sinceramente que una noche con Lise bastaría? Entonces sí que eres estúpido»

«Olvídalo. Solo es una mujer. Y no estás enamorado de ella, ni de cerca».

«Quieres que enumere todas sus virtudes? ¿Desde el coraje hasta la pasión?»

«Ya basta», pensó Judd hastiado. Se levantó de la mesa y llevó las sobras a la cocina. Guardó todo en la nevera. Apagó las velas. Fue a ver a Emmy, que dormía profundamente. No se oía nada en la habitación de Lise. Maldiciéndose, Judd entró en su cuarto. Se dio una ducha fría, que no produjo el efecto deseado y se quedó en calzoncillos. Tomó una serie de artículos que hacía semanas que quería leer y procuró concentrarse en la lectura.

Angeline nunca había dormido en esa cama. Había preferido las islas de moda en las que reunía la jet-set, rodeada de casinos y locales nocturnos. Y no isla Dominica, con sus pacíficas playas y su pequeña capital dormida. Lise era la única mujer que había llevado.

No quería pensar en ella. Al día siguiente la dejaría en su apartamento y eso sería el final. Afortunadamente, Emmy le había obligado a mantener la guardia. No necesitaba complicarse más. Apretando los dientes, Judd buscó una pluma y empezó a tomar notas.

Dos horas más tarde, Judd había conseguido un nivel de concentración suficiente para leer en un artículo sobre la subida del precio del fuel. Con el ceño fruncido, no tardó en enumerar las claves del razonamiento que exponía el autor. De pronto, un agudo grito de terror surcó el aire, rasgando la quietud de la noche. La pluma resbaló entre sus dedos y Judd levantó la cabeza como un animal al sentir el peligro.

Emmy. Otra pesadilla.

Sin tiempo para vestirse, Judd saltó de la cama y corrió por el pasillo hacia la habitación de Emmy. Pero en cuanto entró por la puerta, descubrió a Emmy durmiendo plácidamente junto a su peluche.

No había gritado Emmy. Tenía que tratarse de Lise.

No se molestó en llamar a la puerta. La abrió de un empujón y la puerta rebotó a su espalda.

—Lise, ¿qué pasa?

Su voz sonó trémula a través de la habitación.

—Hay algo en… en mi cama.

Al encender la luz, el lagarto más grande que había visto se deslizó entre las sábanas y desapareció debajo de la cama. Con un aullido, Lise se acurrucó contra la cabecera de la cama. Judd se sentó a su lado y empezó a reír.

Entre escalofríos, Lise acertó a hablar.

—Lo tenía en la cara y me ha despertado. ¡Cállate, Judd! No tiene

ninguna gracia.

Judd no podía contener la risa.

—Eres capaz de entrar en un edificio en llamas y enfrentarte a un accidente múltiple. ¿Y tienes miedo de un lagarto? Creo que has encontrado la horma de tu zapato.

—Me gustaría verte en mi posición. Notas las garras pellizcándote las mejillas y estás totalmente a oscuras. ¿Quieres dejar de reírte?

Lise había adoptado una postura menos forzada. Las sábanas la cubrían hasta la cintura. Tenía el pelo revuelto, enmarcando una expresión de furia.

—Entran por la ventana. Si te sirve de consuelo, es probable que el lagarto esté mucho más asustado que tú.

—Eso no me sirve.

En ese momento, Judd fue consciente de que estaba sentado en la cama de Lise, en calzoncillos. Y aún más de cómo sus senos subían y bajaban acompasadamente bajo el camisón de seda. Cuando había comprado esa prenda, había imaginado cómo se ceñiría en los lugares precisos. «Y he acertado» pensó con la boca seca. Y entonces hizo lo que había deseado hacer desde la primera vez que la vio en la cama del hospital, en Montreal. Se inclinó, la sujetó por los hombros y los dedos presionaron lo justo la cálida piel. Entonces la besó, poniendo en ese beso toda la pasión que sentía. Fue un beso que pareció eterno. «Un beso» pensó Judd débilmente, «que ha encontrado una respuesta».

Lise lo tenía abrazado por el cuello. Sus senos se aplastaban contra el pecho desnudo. Infinitamente agradecido, Judd notó cómo Lise abría la boca y dejaba paso libre a su lengua. Ella misma utilizó la suya para jugar con un erotismo tal que Judd empezó a marearse. Lise lo deseaba. Tanto como él la deseaba a ella.

¿Acaso lo había dudado alguna vez?

Judd hundió sus manos entre los abundantes rizos de su pelo, sin dejar de besarla. Al hacerlo, el aroma de su piel inundó sus fosas nasales. Judd empujó los tirantes del camisón, desnudando sus hombros, y empezó a besarla el cuello. Entonces se topó con la curva ascendiente de su seno. El corazón le latía con ferocidad. Judd lo levantó como si quisiera adivinar el peso, pellizcando el pezón hasta que se puso duro. Lise gimió su nombre mientras sus dedos jugaban con el pelo de tal modo que la excitación crecía. La besó de nuevo, apretándola contra sí, con la certeza que no deseaba estar en ningún lugar del mundo que no fuera en la habitación de Lise. Con Lise.

El camisón cayó hasta la cintura. Judd hundió la cabeza entre sus pechos, besando alternativamente la pendiente marfileña de uno y otro lado. Lise seguía acariciándole la cabeza con los dedos. Dispuesto a dejar de lado todas las precauciones. Judd quitó las sábanas, girándose para tumbarse y atrayendo a Lise hacia él.

—Quítate el camisón, Lise. Te quiero desnuda.

Sin excesiva timidez, Lise se quitó el camisón azul de seda y lo tiró a una esquina. Judd se incorporó apoyado en un codo. Con avidez recorrió cada rincón de su cuerpo. La suave turgencia de las caderas, el triángulo de vello enmarañado en el cruce de los muslos, la ligereza de unas piernas largas hasta el empeine. Normalmente, Judd no era un hombre que se quedara sin palabras.

—Lise, eres exquisita —dijo con voz ronca.

—No es justo, Judd —dijo algo avergonzada—. Tú todavía estás vestido, O casi.

Judd era totalmente consciente de ello. Se arrancó los calzoncillos de un tirón y los tiró al suelo.

—Ven aquí —dijo.

Por espacio de varios minutos, guardaron silencio. Este solo se quebraba por los gemidos de placer de Lise, gemidos que no tardaron en convertirse en desgarradores gritos cuando Judd encontró los pétalos rosados entre los muslos de Lise, acariciándolos con la única intención de proporcionarla el máximo placer.

Lise echó la cabeza hacia atrás, retorciéndose de gusto.

Repitiendo su nombre una y otra vez. La tensión acumulada la hizo abalanzarse sobre él con todas sus fuerzas. Sus ojos verdes eran pura emoción. De pronto, se sintió sobrepasada por la increíble sensación de libertad. Los gritos de Lise resonaban en los oídos de Judd, que la abrazaba con más fuerza. Se sentía el amo del mundo.

—Lise…eres increíblemente atractiva —murmuró.

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Nunca pensé que todo fuera tan repentino, tan poderoso.

—Y aún no ha terminado —añadió, recorriendo con las manos la curva de su espalda y atrayéndola hacia él—. No ha hecho más que empezar.

Ella lo miró. Sus ojos brillaban como esmeraldas.

—Ya entiendo —dijo, y dio un brusco golpe de caderas.

Judd gimió. Entonces sintió sus dedos alrededor de su erecto miembro, paseando arriba y abajo.

—Sigue así y te aseguro que tendrás problemas —masculló con el rostro desencajado.

—¿Otra promesa?

—Sí, te lo prometo —gruñó—. Y pienso cumplirla. Bésame, Lise.

Ella le ofreció la boca con una generosidad que lo emocionó. Entonces, seductora, empezó a recorrer su cuerpo con la lengua, probando el sabor de su piel, de sus pezones y marcando el ángulo de una de sus caderas.

—Adoro tu cuerpo —murmuró Lise.

Lo abrazó y acarició hasta el punto de que Judd creyó posible

morir de placer. Antes de perder el control, Judd la levantó y la sentó a horcajadas sobre él. Ella se deslizó sobre su cuerpo, envolviéndolo en una mezcla de humedad y calor. «En la intimidad» pensó, sin dejar de acariciarle el pelo, que caía con suavidad sobre sus senos. Judd disfrutaba viendo cada uno de sus gestos. No escondía nada. Y él no esperaba menos.

Lise estaba encima de él e hincaba las rodillas en sus costados. Los pechos se balanceaban levemente. Judd la agarró por la cintura, atraído por la suavidad de su tacto y su agilidad, atento a las sensaciones que nacían de cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo.

Quería tenerla más cerca, poder leer en su rostro cada expresión. La abrazó hasta que casi formaron un solo cuerpo y giró sobre sí mismo. Se encontró encima cubriéndola con su cuerpo. Podría perderse en la inmensidad de sus ojos verdes. ¿Perderse y encontrarse de nuevo? ¿Encontrar a un hombre que apenas conocía?

—Abrázame. Lise. Muévete conmigo —pidió imperiosamente.

—Oh… Judd —murmuró Lise.

Sus ojos eran como dos piscinas de profunda ternura. Rozaba sus senos contra el vello de Judd, siguiendo el movimiento de sus cuerpos entrelazados. Una sensación que incrementaba el deseo que sentía hacia ella de forma imparable.

Judd la penetró hasta el fondo, cada poro de su piel atenta a la respuesta de Lise.

—Di que me deseas —dijo Judd—. Dilo, Lise.

Ella lo rodeó con sus brazos por la cintura y lo besó con desesperación, mordisqueando sus labios entre cada palabra.

—Te deseo más de lo que puedan expresar las palabras. Oh, Judd. Ahora, por favor.

Judd estaba listo. Atrapada en el ritmo salvaje de su cuerpo, arrastrado por la pasión hasta el punto de perder de vista la expresión extasiada de Lise, Judd gritó su nombre sin desmayo. Entonces notó el cuerpo de Lise latiendo a su mismo ritmo, sus gritos confundiéndose con los suyos. Fusionados, entregados, compenetrados hasta un punto totalmente desconocido para él, Judd alcanzó el orgasmo y vacío toda su virilidad. Y se preguntó si alguna vez estarían separados del todo.

Judd apoyó la frente en el hombro de Lise. Respiraba con dificultad y el corazón parecía querer escapar de su pecho. Se agarró a ella como si fuera él quien se estuviera ahogando.

—¿Estás bien, Judd? —preguntó con suma dulzura.

¿Cómo se suponía que debía responder a una pregunta como esa? Acababa de alcanzar un estado completamente nuevo, después de hacer el amor con ella sin premeditación.

—Una pregunta espinosa —dijo en un murmullo—. Seguro que tú

conoces la respuesta.

—Me basta con un sencillo sí o no —respondió en voz baja.

Judd levantó la vista, alertado por el tono de su voz.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

—Me siento —Lise dudó, pero enseguida retomó el hilo—. Me siento casi como una virgen y esta hubiera sido mi primera vez… supongo que no tengo palabras para expresarlo, Judd.

Lise se retiró con la mano el pelo de la frente empapada en sudor. Judd notó una fuerte y repentina opresión en el pecho al comprobar que Lise estaba temblando.

Judd tomó su mano en la suya y la besó uno a uno los nudillos.

—Entonces, es mejor que guardemos silencio.

Judd atrajo hacia sí a Lise, que descansó la cabeza sobre su hombro. Cerró los ojos. Poco a poco, Judd notó cómo recuperaba el control sobre su cuerpo. Él tampoco tenía palabras. Era un rasgo que, al fin y al cabo, lo humanizaba. No quería decir cosas, propias de la excitación del momento, que más tarde hubiera tenido que rectificar. Las mujeres siempre te tomaban la palabra. Y no quería comprometerse. Desea vivir en libertad y ser independiente. Así era como había vivido desde su divorcio. El hecho de que una mujer deslumbrante que saciaba todos sus apetitos hubiera irrumpido en su vida no tenía porqué significar un cambio.

Judd hundió la cara en el cuello de Lise.

—Eres toda una mujer, Lise Charbonneau.

No pasó ni un segundo antes de que Lise respondiera con cierta coquetería.

—Vaya, gracias. Tú también eres todo un tipo.

—Voy a fundar una sociedad para la protección de los lagartos.

Lise no pudo contener la risa.

—Estupendo —dijo.

Judd la rodeó con sus brazos y comprendió que todavía la deseaba. Existían mil formas diferentes de hacerle el amor que aún no habían probado y tan solo pensar en ello lo excitaba. ¿Sacarla de su vida? Debía estar bromeando. «Puede que, al final, ese lagarto me haya hecho un flaco favor», pensó con amargura. Si hubiera sido inteligente, no habría roto la promesa.

—¿En qué piensas? —susurró Lise.

La expresión de Lise revelaba cierta inquietud. Judd se sintió molesto. «Al infierno tanta precaución», pensó. La felicidad de Lise era mucho más importante que unas pocas dudas engorrosas. ¿Por qué lo asustaba tanto el compromiso? Ni siquiera habían hablado de eso. Además, ¿No había conseguido siempre todo lo que quería?

—¿No sabes lo que estoy pensando? —preguntó Judd y se acercó a ella—. La verdad es que mis pensamientos no van en esa dirección.

¿Te gustaría repetir?

—Supongo que podrías convencerme —Lise rió traviesa.

—Bien —admitió Judd, y se entregó de lleno, haciendo de gala todos sus recursos.

Pero Judd no había contado con el entusiasmo de Lise. Tanta generosidad por su parte lo pusieron al rojo vivo. Imágenes de Lise desfilaban por su cabeza. La plenitud de los pechos que él devoraba a besos. La firmeza de los muslos rodeando su cintura. La línea de la espalda y el asombro en los ojos como esmeraldas mientras acariciaba cada pulgada de su cuerpo. Judd grababa todas estas impresiones en su mente en lugar de las buenas intenciones iniciales. Ella le pertenecía a él y solo a él. Fue su último pensamiento antes de verse arrastrado por ella, entre convulsiones, al abismo liberador de sus tensiones.

Judd se sintió sobrepasado por las sensaciones estrictamente físicas. Sabía que afloraban en él, a su pesar, unas emociones intensas. La ternura y el afán de protegerla se mezclaban con el miedo. Judd la abrazó y se preguntó cómo podría despedirse de ella al día siguiente. ¿Decirle adiós? «En todo caso, darle la bienvenida», se dijo asustado. ¿Con qué frecuencia un hombre y una mujer se compenetraban con tanta perfección? ¿Cada cuánto se saciaban tan plenamente los deseos y las necesidades?

Tenía que marcharse.

Pero Lise descansaba sobre su pecho y la melena rojiza cubría en abanico todo su cuerpo. Podía notar en el vientre el latido acelerado de su corazón, la respiración cálida sobre su piel. ¿Qué podía hacer? ¿Decirle que tenía que marcharse porque estaba aterrorizado? Ya no era ningún niño. No debería estar asustado de una mujer. Además, él no se asustaba fácilmente.

Judd siguió sin moverse y notó cómo, lentamente, la respiración de Lise alcanzaba el suave ritmo del sueño. La decisión estaba clara. Se quedaría con ella.

¿Iba a separarse de ella al día siguiente? ¿Era eso lo que quería? Si fuera inteligente, eso sería lo correcto. No quería compromisos. Y sospechaba que Lise era una mujer mucho más conservadora.

Punto muerto.

¿Quería hacerla daño? Desde luego que no. ¿O era demasiado tarde? ¿Debería terminar ahora y evitar males mayores?

No podía dejarla en la puerta del apartamento y recuperar su vida de hombre soltero fingiendo que esa noche no había tenido lugar. «Este es el precio por romper una promesa», pensó cáustico. Y de pronto recordó la proposición que aún no le había mencionado a Lise. En principio, era por el bien de Emmy. Pero en realidad lo implicaba a él directamente.

Recordó con dolorosa claridad como Lise se había ofrecido abiertamente, regalándole todos los dones de su cuerpo como una ofrenda. ¿Iba a rechazar semejante regalo de plano? Judd suspiró largamente. En el mundo de los negocios, se lo conocía por tomar decisiones en cuestión de segundos. Pero en lo referente a Lise, las dudas lo carcomían.

«Guarda tu propuesta para ti, Judd Harwood. Decir adiós no cuesta tanto».

# Capítulo 7

Lise despertó al arrullo de las palomas, posadas en los árboles tropicales del jardín. Instintivamente, buscó a Judd. Pero no encontró más que las sábanas revueltas y una almohada. Abrió los ojos de par en par. «Estoy sola» pensó con extrañeza. Estaba sola y completamente desnuda. Su piel la recordaba el olor de Judd y su cuerpo reflejaba una encantadora languidez. No había soñado que hacían el amor. Había sido real, maravillosa y apasionadamente real.

¿Dónde estaba Judd?

La respuesta era Emmy. No podía arriesgarse a que su hija lo descubriera acostado con ella. Pero. ¿No podía haberla despertado para decírselo? ¿Abrazarla y besarla antes de abandonarla?

El camisón seguía tirado en el suelo y brillaba en contraste con las baldosas. Un montón de recuerdos inundó su mente. Había tenido que viajar a una pequeña isla tropical para descubrir lo fascinante y asombrosamente intenso que podía resultar hacer el amor. Y había tenido que ser Judd quien se lo enseñara.

Igual que si un lagarto le hubiera clavado las garras en la cara, Lise quedó paralizada por una visión. ¿Por qué no iba a ser Judd un maestro en la cama? Tenía mucha experiencia. Había tenido amantes de mucha categoría que pertenecían a su círculo. Ella, seguramente, le había parecido ingenua y torpe.

¿Qué era lo que la había dicho Angeline en la parte de atrás de la casa de Outremont, en una de sus escasas visitas después de su divorcio?

—Desde luego, hay que admitir que las mujeres se le tiran al cuello. No puedes culparlo por eso, solo acepta lo que le ofrecen. Al fin y al cabo, es humano.

En aquella ocasión, Lise había creído que Angeline se mostraba demasiado comprensiva. Ahora, avergonzada, notó cómo se ruborizaba. La noche anterior ella se había echado en sus brazos. Judd había tenido la calma necesaria para rechazarla. Pero más tarde, en la habitación, había terminado por aceptar sus insinuaciones. ¿Y quién podía culparlo por eso?

Lise había pasado a engrosar la lista de sus mujeres. Se había rebajado ante sus propios ojos. ¿Cómo podía haber actuado así? Si no lo hubiera besado con tanta devoción, si no se hubiera rendido ante sus brazos con la misma facilidad con que la ola se somete a la orilla, entonces él la habría dejado sola. Habría mantenido la promesa.

No podía soportar sus propios razonamientos. Saltó fuera de la cama, guardó el camisón debajo de la almohada y entró en el baño. Abrió el grifo del agua caliente y se duchó con un gel aromatizado, frotándose todo el cuerpo con rabia para quitarse el olor de Judd.

Se vistió con una llamativa falda de algodón y una blusa a cuadros

que todavía no había estrenado. Salió al amplio y luminoso vestíbulo. No podía mostrarse dubitativa o estaría perdida. Entró en el comedor con la mejor de sus sonrisas.

—Buenos días, Judd… ¿dónde está Emmy? —preguntó sin esperar respuesta—. ¡Vaya, más papaya! ¿Esos cruasanes son recientes?

Lise, de espaldas a Judd, se sirvió una taza de café.

—Emmy está en la playa con Sally y su marido —replicó Judd—. ¿Has dormido bien?

Parecía muy seguro de sí mismo, tranquilo y relajado. Era como si no hubiera ocurrido nada. Lise se encaró con él.

—¿A qué hora te has ido de la habitación?

—Sobre las cinco de la madrugada. No sabía cuándo se despertaría Emmy.

—Nunca debimos…

—Pero lo hicimos, Lise —recordó Judd con cierta severidad—. La pregunta es, ¿y ahora qué?

—Me llevas a casa y nos despedimos.

—¿Y ya está?

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Judd dudó apenas un momento.

—Bueno, hace un par de días te comenté que tenía una proposición para ti —recordó con voz entrecortada.

—Ya cumpliste anoche —respondió Lise.

—No digas eso, Lise. No rebajes lo que ocurrió anoche entre nosotros.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó dejando de comer.

—Hicimos el amor. Dos veces —recordó—. Y fue una experiencia inolvidable.

—Igual que todas las demás, supongo.

Los ojos de Judd se iluminaron como el filo de una navaja al recibir un rayo de sol. Instintivamente, Lise retrocedió.

—Sigues empeñada en pensar lo peor.

—Yo también me culpo —añadió Lise amargamente.

—¿Quieres decir que lamentas lo ocurrido?

—¡Por supuesto!

—¡No puedo creerlo! Yo estaba contigo. Te abracé, te besé y escuché cómo repetías mi nombre sin cesar. Todo fue auténtico entre nosotros. ¿Cómo puedes lamentar algo así?

—Solo fue una noche —gritó—. Nunca me había pasado y no lo volveré a hacer.

Judd levantó los hombros. Nada de lo que Lise dijera podría sorprenderlo, porque ya lo sabía. Era una mujer de principios. De acuerdo. Había llegado la hora de tomar una decisión. Podía guardar silencio, aceptar que la noche anterior solo había sido una aventura y olvidarse de ella. Para siempre. O podía jugárselo todo a una carta. Un

juego peligroso que implicaba a Emmy. Tenía que pensar con claridad.

Emmy necesita a Lise.

Esas palabras resonaban en su cerebro. Judd sabía que eran verdad. Sin darse tiempo para echarse atrás, se aventuró.

—Quiero que escuches lo que tengo que decirte —pidió sin emoción.

Respiro hondo, cada vez más acalorado.

—Me gustaría que vinieras a vivir a casa para hacer compañía a Emmy. La llevarías al colegio por la mañana, estarías con ella por la tarde y la cuidarías cuando yo estuviera de viaje o si cayera enferma. Tendrías los fines de semana libres siempre que yo estuviera en casa. Pero tendrías que dejar tu trabajo en el cuerpo de bomberos.

Después, hizo una oferta económica que dejó atónita a Lise.

—¿Siempre tratas de comprar a las personas? —preguntó sin pensar lo que decía.

—Quiero contratarte, no comprarte.

—¿Y dónde dormiría?

—Una vez que las obras terminen —explicó con reserva—, tendrás tus habitaciones particulares en una de las alas de la casa.

—¿Y mientras tanto?

—Estaremos todos juntos en la zona de invitados.

Lise no pudo contener su enfado y estalló, sin importarle nada de lo que pudiera decir.

—Así que, a cambio de una cantidad que no puedo rechazar y que para ti no significa nada, tendrías al mismo tiempo una amante y una niñera. Espero que sabrás perdonarme si rechazo tu ofrecimiento.

Judd se puso en pie, las manos enfundadas en los bolsillos.

—Sigues distorsionando la realidad. Fuiste tú quien montó una escena anoche durante la cena. ¿O acaso lo has olvidado? Y si no disfrutaste en la cama, deberías dejar tu trabajo y hacerte actriz. Ganarías una fortuna. Atiende a razones por una vez. Si vivieras en mi casa, Emmy y tú podrías conoceros mejor. No estarías tan cansada. Y no arriesgarías tu vida cada día.

«¿Eso crees?» pensó Lise. «Eso demuestra lo poco que me conoces, Judd Harwood».

Podía decirle que llevaba semanas pensando en dejar su trabajo, pero prefirió no hacerlo.

—Mi respuesta es no —sentenció con firmeza.

—No te contrato como mi amante.

—Ni para eso ni para nada.

—Debes de ser la mujer más testaruda sobra la faz de la tierra —resopló Judd—. Ayudarías mucho a Emmy, y lo sabes.

—A Emmy ni siquiera le gusto.

—Le gustarás. Solo es cuestión de tiempo.

—No voy a ser yo quien aplaque tus remordimientos mientras te paseas por el mundo, de fiesta en fiesta, y descuidas a tu hija —añadió Lise hecha una furia.

—¿Es esa otra cita de mi ex mujer? Parece que las dos os empeñáis en olvidar que mi trabajo conlleva un montón de viajes. Y este viaje, de hecho, también lo he pagado yo.

—Dime cuánto te debo después de la última noche —preguntó hastiada.

Judd la agarró por los hombros y adoptó un gesto serio.

—Ese tipo de actitudes son las que te rebajan y no lo que hicimos anoche.

Tenía razón, desde luego. Lise se arrebujó en el hueco que formaban sus brazos y habló con la sinceridad que provoca la desesperación.

—Judd, fui una inconsciente al aceptar venir aquí. Y ponerme ese vestido anoche fue una insensatez. Lamento haber coqueteado contigo. Me dejé llevar por las hormonas. Lo mejor que podemos hacer es separarnos y olvidarlo todo.

—Las hormonas —repitió Judd casi imperceptiblemente.

—Claro. ¿Qué otra cosa podría ser? Ni siquiera nos gustamos. No podemos poner en peligro la salud mental de Emmy, su seguridad, por un simple ataque de lujuria.

Lise, con el rabillo del ojo, percibió cierto movimiento.

—Gracias a Dios —dijo con evidente alivio—. Ahí llegan Emmy y Sally.

Por un instante, Judd aumentó la presión que ejercían sus manos en los hombros de Lise. Ella trató de separarse.

—No hemos terminado, digas lo que digas.

Involuntariamente, Lise posó la mirada en la boca de Judd. Esa visión la torturó, y recordó cómo él la había besado la noche anterior. «No pienses en eso» se dijo aterrorizada.

—No puedes controlar los destinos de todo el mundo, Judd. Desde luego, no el mío —dijo, y se liberó de él—. Voy a hacer la maleta. Nos veremos más tarde.

Judd no trató de detenerla. No dejó de mirarla mientras cruzaba el vestíbulo, recorría el pasillo y se perdía en su habitación.

Lise cerró la puerta con cuidado. Apoyada en la puerta miró sin verter ni una lágrima la habitación en la que había alcanzado el paraíso. La cama de matrimonio, presidida por una exquisita garza real pintada en el cabecero. La colección de tallas en jade en la estantería más recóndita de la habitación. Una habitación demasiado bonita que iba a dejar atrás para regresar a su rutina diaria.

De forma automática, empezó a doblar la ropa para guardarla en las dos maletas que tenía, separando todas las prendas que Judd la había

regalado. Lentamente, su cerebro había comenzado a razonar. ¿Por qué Judd la habría invitado a hacer compañía a Emmy? Amaba a su hija. ¿Por qué arriesgarse a que su querida niña creciera encariñándose de una empleada?

Tal vez esa vez Angeline tuviera razón: Judd siempre trataba a la gente como piezas en un tablero de ajedrez, manejándolos a su antojo en virtud de sus propios intereses. «Así se asegura la victoria» pensó Lise con tristeza. Solo le interesaba ganar.

No importaban las razones de Judd. Ella había tomado una decisión en firme. Nada le resultaría tan difícil como vivir con Judd, independientemente de lo grande que fuera la casa o de cuanto tiempo se ausentara. No podía permitírselo. Eso la destruiría.

Diez horas más tarde, la limusina se detuvo frente al bloque de apartamentos de Lise. El cielo estaba cubierto y caía aguanieve. Los bancos de nieve en el bordillo de la calle estaban sucios. Los peatones caminaban encorvados y parecían malhumorados.

—Emmy ha sido un verdadero placer —dijo Lise con falsa amabilidad—. Espero que la vuelta al colegio no resulte demasiado dura. Judd, yo…

—Te acompaño hasta la puerta.

—No hace falta.

La mirada que le dirigió hubiera fulminado a todo un ejército. Lise salió del coche mientras Judd sacaba el equipaje del maletero.

—Solo quiero mis cosas —dijo Lise.

—¿Tienes que discutirlo todo? Te quedarás con todo lo que te compré y no se hable más.

El frío intenso la había calado hasta los huesos.

—Tienes razón —dijo tiritando—. Este es el final.

Lise rezó para que Judd no hubiera notado todo el dolor que escondían aquellas palabras. Arrastró los pies hasta el portal y sujetó la puerta para Judd.

—Puedo yo sola con las dos maletas —aseguró.

Judd las dejó en el suelo. Su mirada era impenetrable. Tan fría como el acero.

—Todo en estas vacaciones ha sido delicioso… gracias —dijo con torpeza.

—Cuando vuelvas al trabajo, haz el favor de no correr riesgos —requirió con pena.

—Gracias a eso pude salvar a Emmy.

Judd hizo una mueca de disgusto.

—Si cambias de opinión acerca de mi oferta, llámame. Adiós, Lise.

—Adiós —susurró Lise. Lo vio alejarse por la acera, entrar en el coche y perderse al doblar la esquina.

Se había marchado. No la había besado ni había sugerido la

posibilidad de un nuevo encuentro. Por fin, el mensaje había quedado claro.

Marzo dio paso a abril. El invierno seguía instalado en la ciudad. Los primeros narcisos aparecían cubiertos por una capa de nieve y una lluvia heladora. Los accidentes de tráfico se sucedían. Había continuos avisos que mantenían a todo el cuerpo de bomberos alerta. Lise no necesitaba tanta tensión añadida para tener los nervios de punta.

La primera semana desde su regreso apenas había dormido y, cuando lo conseguía, soñaba permanentemente con Judd. Imágenes de un intenso erotismo que, cuando despertaba, solo la ofrecían una cama vacía y un deseo insatisfecho. A veces, imágenes terribles en las Judd quedaba atrapado en un avión en llamas y ella no podía rescatarlo. Entonces se despertaba empapada en sudor, con el corazón latiendo violentamente.

¿Cómo era posible que, en tan poco tiempo, Judd hubiera calado tan hondo en su ánimo? ¿Y cómo iba a aguantar las noches solitarias en su apartamento? La única solución pasaba por cansar tanto a su cuerpo en el trabajo que por las noches solo pensara en dormir.

Tenía que olvidar su cuerpo y apartar de sí todo indicio de sexualidad.

La segunda semana fue una auténtica pesadilla. Tres personas habían muerto en un incendio provocado. Dave se había roto el brazo en un almacén en llamas. Stephan había tenido que ser ingresado en cuidados intensivos por culpa de los vapores.

El último turno de Lise esa semana había sido el jueves. Terminaba a las seis y, después de ponerse ropa de calle, había corrido a refugiarse en el Pub más cercano. Necesitaba el calor de la gente, rodearse de bullicio. Pidió una copa de vino tinto y una ración de carne en salsa con patatas fritas. No era precisamente comida sana, pero no la importó.

Iba a dejar su trabajo. La decisión había tomado cuerpo esa misma semana. Tenía que pensar en la mejor manera de decirlo. Además, necesitaba el dinero para el curso de ayudante de veterinario que pensaba hacer a continuación.

Lise se acomodó en una mesa algo apartada y bebió con delectación un sorbo de vino. Después sacó un cuaderno, un lápiz y empezó a cuadrar las cuentas con gesto de verdadera dificultad. Si no hubiera gastado sus ahorros tan alegremente el verano pasado en su viaje a París y a Provence, ahora podría hacer frente a los gastos.

—¿Puedo sentarme?

Lise hubiera reconocido esa voz en cualquier parte del mundo. Levantó la vista sobresaltada, con una mezcla de pavor e incontenible alegría.

—Hola, Judd.

Estaba increíblemente guapo con unos pantalones negros de pana, un jersey azul marino y una cazadora de cuero. El viento lo había despeinado. Colgó la cazadora en el respaldo de la silla y se sentó. Lise notó como la camarera se apresuraba hacia su mesa. Judd pidió una cerveza y algo de picar. Después se inclinó hacia delante y la miró.

—Tienes un aspecto horrible —dijo.

—¿Cómo me has encontrado?

—Te he seguido.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Y puedo preguntar por qué?

—Supuse que ya era hora de que intentara comprarte de nuevo —replicó con una sonrisa.

—No me vendo barato.

—Yo diría que lo necesitas —señaló con un gesto el cuaderno.

—Eres un maldito manipulador.

—Solo me remito a los hechos.

—Te aprovechas de las debilidades de la gente.

—Entonces, ¿admites que tienes problemas? —preguntó con interés.

«Desde luego», pensó Lise, «y uno de ellos está sentado frente a mí ahora mismo. ¡Maldita sea! Por primera vez en dos semanas me siento viva».

La camarera llevó la cerveza a Judd.

—Salud —dijo a modo de brindis.

—¿Estás ofreciéndome de nuevo el puesto de acompañante de Emmy? —preguntó con monotonía.

—Por el doble de dinero —añadió Judd.

Lise jugueteó con su copa, haciendo incidir la luz del local sobre el vino. Judd había sido muy listo esperando hasta que su situación se hiciera insostenible, agobiada por los incidentes de las últimas semanas. Estaba sin recursos y se sentía agotada.

Tenía que dejar el trabajo antes de que la presión pudiera con ella. O bien, dejar a un lado toda su bondad y dejar de preocuparse por la gente.

Su mirada se posó en el cuaderno, donde las cuentas parecían burlarse de su situación. Si decidiera aceptar la oferta de Judd, en cuatro meses podría ahorrar lo necesario para pagarse el curso. Podía notificarlo en la estación de bomberos con quince días de anticipación. Se había demostrado con creces que podía sobrevivir en un mundo de hombres. Tenía que terminar con un oficio que la estaba llevando al límite de sus fuerzas.

—No aceptaré un contrato superior a cuatro meses —dijo despacio, con el corazón en un puño.

Si hubiera mirado a Judd a los ojos, habría percibido un destello triunfal en su mirada.

—¿Por qué solo cuatro meses?

—Es el tiempo que necesito para ahorrar el dinero para la matrícula de un curso que quiero hacer.

—¿Qué clase de curso? —preguntó, y después de escuchar una breve explicación, añadió—. Veo que lo tienes todo muy pensado.

—Hace seis meses que quiero dejar el trabajo.

—Nunca me lo has comentado.

—Es cierto.

—¿Hay algo más que no me hayas dicho, Lise?

—Eso tendrás que descubrirlo tú solo —dijo y sonrió a la camarera.

La carne tenía un aspecto inmejorable. Por primera vez en los últimos días tenía apetito. Podía empezar de nuevo. Puso la mejor de sus sonrisas y empezó a comer.

—No sé si llegaré a comprenderte algún día —dijo Judd.

—Me contratas para cuidar de Emmy, no para cuidarte a ti.

—¿Cuándo podrías empezar?

—En un par de semanas.

—¿Qué vas a hacer con el apartamento?

—Teniendo en cuenta lo que vas a pagarme, puedo permitirme el lujo de conservarlo. Lo necesitaré dentro de cuatro meses.

—¿Y qué ocurrirá si, en este tiempo, Emmy se encariña contigo?

Lise borró la sonrisa de sus labios.

—Deberías haberlo pensado antes de hacerme la oferta —dijo vacilante—. Seamos francos, Judd. Los dos nos beneficiamos con esto. Tú podrás viajar sin preocuparte por Emmy y yo podré ahorrar la mayor parte del dinero. Y me ocuparé de dejarle claro a Emmy desde el principio que mi presencia solo será temporal.

—Has tenido en cuenta todas las posibilidades excepto una.

Lise sabía perfectamente a qué se refería Judd. Se ruborizó.

—No se repetirá lo que pasó en Dominica. Tienes que acceder antes de que piense en mudarme.

—Tú también tienes que acceder. Al fin y al cabo, tú provocaste aquella situación.

—¡Ojalá no hubiera visto nunca aquel vestido!

—Cómete las patatas —señaló Judd—. Has adelgazado.

—Tú, en cambio, pareces rebosante de salud.

—Sabía que volvería a verte, pero no sabía cuándo —aseguró—. ¿Tú también suspirabas por mí, Lise?

—¡Déjame en paz!

—Sigues teniendo el mismo color de pelo y el mismo carácter —rió Judd—. ¿Qué has estado soñando estas dos últimas semanas?

Lise se atragantó con una patata, bebió un sorbo de vino y trató de recuperar la dignidad.

—He tenido pesadillas —apuntó Lise—. Y tú eras el protagonista.

—Emmy tuvo otra pesadilla anoche —dijo con repentina amargura —. Esa es otra de las razones por las que te he seguido.

—No creo que yo sea la persona indicada para ayudarla.

—Yo creo que sí —afirmó con determinación, y cambió de tema—. ¿Vienes mucho a este sitio? ¿Sola?

—No siempre.

—¿Qué tal está Dave? —preguntó sin quitarle los ojos de encima.

—Se rompió el brazo el lunes en el incendio de un almacén — recordó Lise con un escalofrío—. Podía haber muerto.

—Haz el favor de cuidarte estas dos próximas semanas —gritó Judd con violencia.

—Estás muy alterado —dijo Lise con asombro.

—Es un reflejo exacto de cómo me siento —señaló mientras exprimía un limón sobre su plato de pescado.

—No estarás enamorado de mí, ¿verdad?

—Deja que te explique algo. Me enamoré de Angeline con veintitrés años. Tú vivías con ella y recordarás cómo me sentía. Veneraba el suelo que pisaba. Pero nuestro matrimonio no funcionó. El efecto, a largo plazo, ha sido inmunizarme frente a la posibilidad de volver a enamorarme. Una vez fue suficiente.

—¿Todavía la quieres? —dejó escapar Lise.

—¿A qué viene eso?

Esa no era una respuesta. Pero, de ser así, ¿quién podría reprochárselo? En la cima de su carrera como modelo, Angeline resultó elegida entre las diez mujeres más bellas del mundo.

—Volviendo a los peligros de tu trabajo —dijo en tono sombrío—, no tengo que estar enamorado de ti para que me aterrorice la simple idea de verte caer desde un sexto piso de un edificio en llamas.

—Siempre voy con cuidado. No quiero pasar a engrosar la estadística de bajas en el informe anual.

Lise estaba confusa. ¿Acaso Judd no había admitido, en cierta manera, seguir enamorado de Angeline?

—¿Cuándo tienes el último turno?

—Dentro de dos semanas a partir de hoy —dijo consultando su horario—. Saldré a las ocho.

—Pasaré a buscarte el viernes por la mañana. Así te dará tiempo a instalarte antes de que Emmy vuelva del colegio.

—¿Sabes? —dijo Lise con una voz muy débil—, debo estar loca para haber aceptado. Tú y yo somos adultos y podemos cuidarnos. Pero Emmy, no quiero hacerle daño.

Lise se inclinó hacia delante y su expresión reflejaba una intensa emoción.

—Busca a otra persona para cuidar de ella, Judd. Alguien que vaya a quedarse y la ofrezca una seguridad.

—Es tarde para echarse atrás —replicó Judd con frialdad—. Ya has aceptado el puesto.

Las patatas se habían enfriado y la salsa de la carne resultaba intragable. Lise retiró su plato. Aún tenía que preguntar algo. ¿Qué pasaría si ella se encariñaba con Emmy? Pero no había caído en eso a tiempo y ya era demasiado tarde para preguntar.

Había permitido que Judd la manejara a voluntad, como si ella no tuviera voluntad propia. Un peón frente a la reina. Había ganado por jaque mate.

## Capítulo 8

—¿Ha terminado, señora?

La camarera estaba de pie junto a la mesa.

—Sí, gracias —acertó a decir Lise—. No tomaré postre, solo café.

—Yo tomaré lo mismo —añadió Judd. La camarera apuntó el pedido y desapareció—. Pareces disgustada. Lise.

—Tengo miedo —susurró—. Y no me asusto fácilmente.

Judd apretó el cuchillo que sostenía en la mano. Luego lo soltó y tomó en su mano la mano de Lise.

—Todo irá bien —aseguró—. Ya lo verás.

Lise reconoció el calor que irradiaba la mano de Judd, los dedos largos y fuertes. Notó como el deseo se abría paso a través de su brazo hasta alcanzar todo su cuerpo, igual que un cazador acecha a su presa.

—¡No puedo vivir en tu casa, no puedo! —gritó con desesperación —. Es una locura.

—¿Leche y azúcar, señora?

La camarera había servido el café.

—Sí, por favor.

Después entregó la cuenta a Judd y se retiró con una sonrisa. Judd esperó hasta que la camarera se hubo alejado lo suficiente.

—Odias el suelo que piso, ¿verdad?

«¿Es eso cierto?», se preguntó.

—No importa lo que sienta por ti —respondió con la misma frialdad que él—. Mi única preocupación en los próximos cuatro meses será Emmy. Por cierto. ¿Verá a su madre en algún momento?

—Angeline puede pasar a verla siempre que quiera.

—Esa no es una respuesta.

—Pues es la única que vas a conseguir.

El café sabía a matarratas y Lise se sintió exhausta. Abrió el monedero y dejó un billete sobre la mesa.

—Te veré dentro de dos semanas.

—El viernes, a las ocho y media. Tengo una reunión a las diez.

La música, demasiado alta, le martilleaba la cabeza. El ambiente estaba demasiado cargado y sintió mareos. Se levantó y se puso el abrigo.

—Puede que emigre a Mongolia —anunció—. ¿Crees que a los yaks les gustará mi vestido?

—Cualquier animal que tenga un dedo de sangre apreciará ese vestido —dijo Judd—. Resulta que soy el dueño de Air Mongolia, así que no tienes más que indicarme qué servicio deseas.

—Solo podría permitirme viajar a Mongolia como polizón — admitió Lise—. Buenas noches, Judd.

—Ya nos veremos, Lise —y Judd la despidió con una sonrisa que logró hechizarla y enfurecerla a partes iguales.

Salió al frío intenso de la noche. Estaba muy cansada. Pero no estaba lista para volver a casa. De pronto, decidió ir a visitar a Marthe y contarle lo de su nuevo trabajo. Era mejor que enfrentarse a los platos sucios del fregadero, o sentarse en el sofá delante de una montaña de ropa sin planchar, pensando en Judd. Lise se puso los mitones y caminó a buen paso.

Estaba próxima a la parada del autobús cuando una voz de hombre la llamó. Dave estaba en la acera de enfrente, haciendo señas. Cruzó entre los coches con exagerada alegría.

—Hola —dijo, mirando la escayola—. ¿Qué tal el brazo?

—Me han destinado a administración durante un mes. Ya sabes lo que me gusta rellenar informes. ¿Te apetece un café?

Cinco minutos más tarde estaban sentados en el Café de la zona, donde tocaban jazz y el café estaba bastante bueno. Charlaron un rato.

—Dave —dijo Lise de pronto—. No quiero que te enteres por boca de otro. Mañana daré la noticia.

—¿Lo dejas? —preguntó Dave tan sorprendido que tiró un poco de café.

—Estoy quemada. Y no es un juego de palabras.

—Podías hacerme compañía en la oficina una temporada.

—No puedo. Necesito un cambio, Dave. Estoy cansada de los turnos de noche, de las tragedias y de presenciar tanto dolor. Voy a prepararme para ser ayudante veterinaria.

Lise respiró hondo antes de continuar.

—Mientras tanto, me han ofrecido un trabajo de canguro de jornada completa. Así podré ahorrar algo de dinero.

—¿Vas a trabajar como canguro? —repitió Dave incrédulo.

—¿Te acuerdas de la niña que sacamos de la azotea, hace tres semanas? Voy a cuidarla.

—La hija del tipo que conocí en el hospital —d4jo Dave mirándola con hostilidad—. No tenía idea de que siguierais en contacto.

—Lo conozco hace años. Es el ex marido de mi prima.

—Deberías andarte con ojo. Parece la clase de tipo que actúa sin importarle las consecuencias.

—Puedo cuidarme sola —dijo Lise, pero sabía que Dave tenía mucha razón.

—Creo que no le gustó que bromeara contigo en el hospital.

—Dave, solo es un trabajo. Nada más.

Tal vez, si lo repetía una y otra vez, terminaría por creérselo.

—Te echaré de menos —dijo Dave—. Solo espero que…

—Lo siento, Dave —dijo compungida—. Pero sé que no estoy hecha para ti. Puede que, cuando me vaya, encuentres a alguien. Eres un verdadero encanto y…

—Entonces, ¿por qué no sientes nada?

Lise tendría que explicarle que la culpa era de un hombre con el pelo negro como la noche y los ojos tan azules como el mar de fondo que la había enseñado lo que era la pasión… pero no podía decir eso.

—Las cosas son así —admitió Lise—. ¿No vas a desearme suerte? Me gustaría que siguiéramos en contacto.

—Cuídate —dijo sin mucho énfasis.

Era el segundo hombre que le decía lo mismo esa noche. Cinco minutos más tarde se despidió de él en la acera y corrió tras el autobús. Comprendió que estaba quemando las naves. Esta noche iba a contárselo todo a su tía y al día siguiente lo anunciaría en el trabajo. Entonces sería demasiado tarde para rectificar.

Su tía estaba en casa y la saludó con la misma frialdad de otras veces. Lise aceptó una copita de jerez. Después de intercambiar impresiones, Lise dejó caer la noticia bomba con despreocupación.

—Por cierto, *Tante*, dejo el trabajo dentro de dos semanas. Y he aceptado, temporalmente, trabajar como niñera de tu nieta Emmy. Supuse que te gustaría saberlo.

—¿Quieres decir que ese hombre te ha contratado?

—¿El padre de Emmy? Sí.

—Lise, esto es ridículo. Tienes que alejarte de ese hombre o arruinará tu vida igual que arruinó la vida de Angeline.

—No tengo planeado casarme con él, *Tante*.

—Ya no se casa con sus mujeres —dijo Marthe amargamente—. Ahora se limita a deshacerse de ellas cuando han dejado de interesarlo.

—Seré una buena influencia para Emmy —añadió Lise con calma.

—¡No me estás escuchando! Deja que te enseñe algo —dijo Marthe acalorada.

Revolvió entre las revistas que guardaba en una antigua mesa de madera de cerezo y sacó una carpeta de plástico.

—Esto te hará ver las cosas de otra manera.

Lise abrió la carpeta con nerviosismo. Su tía había reunido fotografías recortadas de las revistas del corazón y las había pegado como si se tratara de un álbum de fotos. Judd aparecía en todas ellas. Siempre estaba acompañado por una mujer muy hermosa, elegantemente vestida. Nunca era la misma mujer. Lise hojeó las páginas con premura. Las fotografías no estaban fechadas y tampoco se sabía su procedencia. ¿Acaso eso importaba? El mensaje era claro. A Judd le gustaba la variedad. Cambiaba de mujer con la misma facilidad con que se cambiaba de ropa. ¿Qué más necesitaba saber?

La última foto mostraba a una deslumbrante morena, vestida con un modelo de Valentino en la puerta de la Opera de Milán. Judd la sonreía y el esmoquin favorecía su arrogante masculinidad. «Así que en esto consisten los celos» pensó Lise apenada. Un cuchillo

atravesándola el corazón.

—Estás enamorada de él —advirtió Marthe con sabiduría.

—¡No es cierto! —protestó Lise.

—No se fijaría en alguien como tú. No eres bonita y no tienes dinero como Angeline.

Ese era el mensaje que había recibido durante su infancia, pero todavía le dolía. Pero lo que Marthe no sabría nunca es que Judd se había interesado por ella. Durante una noche, en una isla tropical, habían hecho el amor como si ella fuera la única mujer que realmente contara para él. Pero no era cierto. Y eso la hirió profundamente.

Reunió todo su valor, cerró la carpeta y la dejó sobre la mesa.

—Cómo dices, no soy su tipo. Estaré a salvo. Y creo sinceramente que podría ayudar a Emmy.

Había recuperado el orgullo y su tono había adquirido un cierto desprecio.

—¿No te alegras de que por fin deje de ir vestida con botas de agua?

—Te lo tomas todo a broma —dijo Marthe—. Cuando hable con Angeline, le diré las estupideces que estás haciendo.

—¿Cómo está Angeline?

—Está triste. Cree que su marido tiene una aventura… Quiero que venga a vivir a casa, pero insiste en que su lugar está junto a su esposo —Marthe suspiró—. Es una mujer muy fiel.

—Tengo que irme, *Tante* —mintió Lise—. Ya te contaré que tal me llevo con Emmy. Puede que algún día vengamos juntas a hacerte una visita.

—No te lo permitirá, Lise —dijo Marthe con odio—. Nunca me ha perdonado. Es diabólico, Lise. Y eso no puede cambiar.

¿Diabólico? ¿El hombre que le había hecho el amor con tanta pasión y tanta entrega? Cada poro de su piel rechazaba un juicio semejante. Dio a su tía un beso de despedida y abandonó el cuarto. Empezó a caminar hacia su apartamento con el corazón partido. Todas esas imágenes de Judd rodeado de mujeres increíblemente bellas la acosaban. ¿Llevaría alguna vez a esas mujeres a la mansión de piedra? ¿Cómo podría soportarlo?

Mientras caminaba, frotándose los brazos para entrar en calor, una voz interior la tranquilizaba. Su tía nunca había destacado por su amabilidad. Solo se había ocupado de Angeline a lo largo de toda su vida. No era propio de una mujer normal guardar todos esos recortes y comparar a Judd con el mismísimo demonio.

¿Qué había pasado realmente entre Judd y Angeline? ¿Y con la custodia de Emmy? Puede que algún día conocería la verdad.

Dos semanas más tarde, el jueves a las ocho de la tarde, Lise empezó a hacer las maletas para mudarse a casa de Judd. Había sido su último día en la estación de bomberos. El sábado anterior, el equipo la había sacado a cenar y se había emocionado al comprobar lo profundamente unida que se encontraba con un trabajo tan impropio para una mujer.

Durante esos días, no había sabido nada de Judd. Iba a recogerla por la mañana para llevarla a su nuevo hogar durante los próximos cuatro meses. Cuatro meses eran una eternidad. Pero ya había hecho la solicitud del curso y la primera entrevista le había ido bien. Era algo por lo que valía la pena esperar.

Si fuera honesta, tendría que reconocer que sentía auténtico pavor ante la perspectiva de pasar cuatro meses en casa de Judd.

La nieve se acumulaba en la ventana con copos tan pálidos que parecían fantasmas. «Puede que el temporal dure todo el fin de semana» pensó esperanzada «y no pueda salir de aquí». Dobló dos camisas y las colocó en la maleta. También guardó unos vaqueros y par de jerseys de cuello alto. Rebuscando en el armario del baño, encontró el champú y el gel. Sin querer, tiró una caja de una de las estanterías: los tampones. «También los necesitaré» pensó y los guardó con el resto de equipaje.

De pronto, Lise quedó paralizada. Una coraza de hielo envolvió su corazón mientras echaba cuentas. ¿Hacía cuanto que no utilizaba esa caja? ¿Cuándo había tenido el periodo por última vez? Tenía un retraso. Dos semanas de retraso.

Nunca le había pasado. Era muy regular.

No, Dios mío. No podía estar embarazada. No podía.

Judd y ella no habían tomado precauciones. La noche en que él había irrumpido en su habitación, cuando aquel lagarto la había asustado tanto, solo llevaba puestos los calzoncillos. Y no había sido algo planeado.

Estaba embarazada.

Lise hundió la cara entre sus manos, ahogando un gemido de dolor. ¿Era posible? ¿Estaba realmente embarazada? ¿O todas las emociones de las últimas semanas habían provocado el retraso? Desde que había vuelto de Dominica, había luchado por dominar los instintos de su cuerpo, ansioso por recuperar la compañía de Judd.

Había una farmacia a un par de manzanas donde podría comprar un test de embarazo. Pero había oído en la radio que la mayoría de las tiendas habían cerrado pronto a causa de la tormenta. Y sabía que no tendría tiempo por la mañana antes de que Judd pasara a recogerla.

¿Qué podía hacer para no venirse abajo cuando lo viera venir?

No estaba embarazada. No era posible. Sencillamente, por primera en su vida, se había retrasado. Y había una buena razón para ello. Su

relación con Judd la había convertido en una mujer nueva. Y eso debía reflejarse de algún modo en sus biorritmos.

Animada por ese pensamiento, Lise metió algunas faldas, un par de pantalones y dos vestidos. Después, bajó la fotografía de sus padres de la librería y limpió el polvo acumulado en el marco dorado. Su madre tenía el rostro afilado y la mirada inteligente: su padre hacía gala de una sonrisa contagiosa. Lise se mordió el labio, consciente de que en lo más profundo de su corazón los echaba de menos. El fuego se los había arrebatado traumáticamente en aquella fatídica noche de febrero. Y durante los últimos diez años, Lise había tratado de recuperarlos enfrentándose cara a cara con su asesino.

Involuntariamente, apretó el marco de la foto con más fuerza. Si estaba embarazada, llevaba dentro su nieto. La sangre de sus padres correría por las venas del bebé. Por un momento, se abrazó a sí misma con tanta ternura como alegría. Tenía que cuidarse. Por el bien y la salud de su futuro hijo.

Pero entonces su pensamiento fue un poco más lejos. También era el hijo de Judd Harwood, fruto de su cuerpo. Igual que lo era Emmy.

Había luchado por cuidar de su primera hija. Le había arrebatado la custodia a Angeline. ¿Por qué razón iba a permitirla a ella, Lise, quedarse con su segundo vástago?

Un nuevo peón en el tablero.

No le permitiría llevarse a su hijo.

De pronto, Lise notó que se había mordido el labio con tanta fuerza que estaba sangrando. ¿En qué estaba pensando? Todavía no era seguro que estuviera embarazada y ya estaba preocupándose por cual sería la reacción de Judd. Por la mañana, le pediría que parase un momento en una farmacia. De una forma u otra, tenía que estar segura.

Lise terminó de empaquetar. Después, pasó tres horas quitando el polvo, limpiando y pasando el aspirador. Al final, el apartamento relucía como una patena y ella estaba tan cansada que cayó rendida en la cama.

Durmió como un tronco. Pero cuando sonó la alarma del despertador por la mañana, lo primero que pensó fue que ya llevaba diecisiete días de retraso. Y estaba a punto de ponerse histérica.

Se puso una falda vaquera y una camisa de seda malva que había comprado en las rebajas. Se recogió el pelo con un pasador de cuero y se maquilló, abusando ligeramente del colorete y pintándose los labios con un color vivo. Finalmente, se calzó las botas altas y eligió una cazadora verde para abrigarse, también de las rebajas. Frente al espejo, decidió que su aspecto era irreprochable.

Pero no apreció la profunda vacilación reflejada en sus ojos verdes o la tensión acumulada en el gesto de la boca. Cuando abrió la puerta

cinco minutos después, Judd se la quedó mirando fijamente.

—Ni que fueras a tu propio funeral —espetó.

Su mirada profunda parecía leer en su interior y eso solo provocó en Lise desconcierto y miedo. Decidió contraatacar.

—Tú tampoco tienes muy buen aspecto.

—¿De veras? Es que no estaba seguro de que fuera a encontrarte. Podías estar en Mongolia.

—¿Tan importante resulta ganar para ti?

—Me pregunto si alguna vez dejarás de pensar siempre lo peor.

—En Dominica comprendí que eras un buen padre —acertó a decir, e inmediatamente palideció.

¿Y si fuera a hacerlo padre por segunda vez? ¿Qué ocurriría?

—Lise, ¿qué demonios te pasa?

Judd se había acercado a ella y su rostro distaba unos pocos centímetros del suyo. Deseaba tanto besarlo que casi podía sentir la suave presión de sus labios contra los suyos. Retrocediendo, Lise habló entre dientes.

—Me he comprometido a vivir en tu casa los próximos cuatro meses. ¿Qué más quieres que me pase?

—Vámonos —dijo con prisa, y la autoridad con que habló estremeció a Lise—, el tráfico está imposible y no quiero llegar tarde a mi reunión. ¿Esas maletas es todo tu equipaje?

Judd cargó con las maletas y Lise llevó el neceser. Presintiendo una fatalidad, Lise cerró con llave el apartamento y bajó con Judd en el ascensor. Conducía un Cherokee azul marino nuevo con tapicería de cuero. Guardó el equipaje en el maletero y Lise subió al coche. En el momento en que quitaba el freno de mano, Lise se apresuró a hablar.

—Anoche no tuve tiempo de pasar por la farmacia. ¿Te importaría parar en la primera que veas? Solo será un momento.

Judd asintió. Lise miró por la ventana, buscando algo de qué hablar. Judd aparcó en un solar junto al supermercado, apagó el motor y fue a abrir la puerta del coche.

—No hace falta que me acompañes. No tardaré.

—Emmy necesita un cepillo de dientes nuevo.

—Bien, compraré uno para ella.

—¿Acaso estás planeando escapar? —preguntó con malicia.

—He tenido dos semanas para irme.

—Entonces, vamos —ordenó—. No tengo toda la mañana.

Lise vagó por la farmacia, eligió un montón de cosas que no necesitaba y pagó. Ni siquiera se atrevió a mirar los test de embarazo. ¿De qué hubiera servido? El lunes por la mañana, tan pronto como Emmy se fuera al colegio, tomaría el autobús hasta el centro. Eso suponía pasar otros tres días en vilo. Era peor que una sentencia de muerte.

Guardó silencio hasta que llegaron a casa de Judd. De nuevo quedó impresionada por el imponente aspecto de la mansión, la armonía de las proporciones, el contraste de la piedra frente a la nieve y el humo saliendo por una de las muchas chimeneas.

—Las obras terminarán dentro de dos o tres semanas —dijo Judd mientras abría la puerta principal—. Entonces podrás mudarte a tus habitaciones.

De todos modos, el dormitorio y el baño que le habían asignado en el ala de los invitados eran espaciosos y acogedores. Emmy estaba en la habitación contigua y Judd dormía en la otra punta del pasillo. «Demasiado cerca» pensó Lise, y oyó la voz de Judd.

—El servicio sabe que estarás aquí un tiempo y tratarán de ayudarte en lo que puedan. Emmy come en casa y vuelve del colegio a eso de las tres. En cuanto a mí, pasaré la mayor parte del día fuera.

Eso suponía que al menos por hoy, no tendría que verlo más.

—No tienes porqué mostrar tanto entusiasmo —dijo de mal humor.

—¿Por qué te enfadas tanto? —gritó Lise—. Has conseguido lo que querías. Estoy aquí para cuidar de Emmy y tú podrás pasar toda la noche fuera si te apetece.

—Te diré lo que realmente me apetece.

Acto seguido, Judd la besó. Fue un beso corto, a medio camino entre la furia y el deseo. Lise notó cómo le ardía la sangre. El deseo despertó de inmediato. Se inclinó hacia él y supo, en lo más remoto de su ser, que volvería a hacerlo. Caería en sus brazos y se entregaría a Judd en la cama sin pensar en las consecuencias.

¿Qué clase de mujer la incitaba a hacer algo así? Una mujer inconsciente.

—No vuelvas a negar que me deseas, Lise. Lo llevas escrito por todas partes.

Hablaba con firmeza, sin mostrar ninguna emoción. Y de pronto Lise supo qué era lo que no funcionaba.

—Ya no me deseas, ¿verdad? —dijo con una voz que le costó reconocer—. Desprecias todo aquello que se obtiene sin esfuerzo. Eso fue lo que me dijiste una vez.

—También dije que no te traía a mi casa para que fueras mi amante. Y lo mantengo.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? —gritó.

—Por el dinero. Eso fue lo que dijiste. Doce mil dólares.

Judd tenía razón.

—Llegarás tarde a esa reunión —recordó con voz neutra.

—Lise, yo… —se interrumpió—. Seguro que lo haces bien. Puede que Emmy tarde un poco en abrirse, pero todo llegará. Estás en tu casa.

Dio media vuelta y se marchó. Lise sentía las rodillas como papel

mojado y tuvo que sentarse en el borde de la cama. ¿Si no la deseaba, por qué la había besado? Quizás solo para reafirmar su dominio. Y si, por el contrario, la deseaba, ¿por qué razón insistía tanto en el hecho de qué no estaba allí como su amante?

Nada tenía demasiado sentido.

Finalmente, optó por deshacer las maletas y eso la calmó. Caminó sobre la alfombra china que unía los dos lados de la habitación. El mobiliario era de madera de pino encerada. La colcha jugaba con los matices del rosa y del verde, en una exquisita mezcla realzada en dos jarrones de cristal adornados con ramos frescos de peonías. Y el baño era el último grito, con todos los accesorios dorados y un jacuzzi.

Cuando bajó las escaleras, Lise se encontró con Maryann, acompañada del resto del servicio y los jardineros. Todos hicieron gala de una correcta amabilidad, sin excesos, e hicieron todo lo posible para que se sintiera a gusto. Entonces llegó Emmy. La pequeña dejó el chubasquero y las botas en el porche y miró a Lise a través de sus enormes pestañas.

—Papá dice que vas a vivir con nosotros los próximos cuatro meses.

—Así es. Después voy a hacer un curso de ayudante de veterinario para curar a los perros y a los gatos enfermos.

—Yo quiero un perro. Pero papá dice que todavía soy muy pequeña.

—¿Qué clase de perro?

La discusión sobre perros, gatos y caballos se prolongó durante la comida, en un coqueto comedor con vistas a un huerto vallado. La niña seguía desconcertando a Lise, con esa mezcla de buena educación y de recelo. Seguramente, era un mecanismo de auto protección. Pero, ¿por qué?

Después de clase, jugaron juntas en la nieve. Y Lise ayudó a Emmy a modelar un enorme muñeco de nieve, al que pusieron una zanahoria por nariz y unos guijarros hicieron las veces de los ojos. Emmy estaba acalorada cuando entraron y cenó con verdadero apetito. Luego Lise la ayudó a bañarse y leyó un poco de entre un montón de libros. Emmy no tardó en cerrar los ojos.

—Que duermas bien, Emmy —dijo Lise en voz baja—. Si me necesitas, estaré en la habitación de al lado.

—¿Cuándo llegará papá?

—Dijo que llegaría tarde.

—Buenas noches.

Emmy se acurrucó en la cama y apoyó la mejilla en el cuerpo de Plush, su osito de peluche. Lise estuvo a punto de romper a llorar. Apagó la luz y salió del cuarto. Entró en su habitación y abrió el grifo de la bañera. Era más que probable que se encariñara con Emmy. Y no

tenía ni idea de cómo combatir ese sentimiento. Pero sí sabía que no saldría de su habitación. No quería forzar un encuentro con Judd.

Seguía teniendo un retraso de diecisiete días.

## Capítulo 9

A la mañana siguiente, cuando Lise bajó a desayunar, Judd y Emmy estaban sentados a la mesa. Uno bebía café y la otra devoraba galletas de avena. Judd vestía un inmaculado tres piezas y una corbata estampada de seda. Levantó la vista cuando Lise hizo su entrada.

—Buenos días —saludó con excesiva formalidad—. Estaba diciéndole a Emmy que hemos tenido un problema en Singapur y debo partir inmediatamente. Volveré a mediados de semana.

Ocultando el alivio que sentía, Lise aparentó estar tranquila y tan relajada como él. Podría ir tranquilamente a la farmacia el lunes, mientras Emmy estaba en la escuela. Y aún le quedarían dos días para asimilar los resultados del test antes de volverlo a ver.

—Espero que no sea nada grave —apuntó Lise.

—Nada que no se pueda arreglar —puntualizó—. Por cierto, han estrenado la última película de Walt Disney y Emmy se preguntaba si podrías acompañarla.

—Por supuesto —afirmó con la mejor de sus sonrisas—. Me encantaría ir.

Judd sacó un fajo de billetes de la cartera.

—Esto es un adelanto de tu primera paga —dijo desapasionado—. Y esto es dinero para gastos, como el cine. No tienes que rendirme cuentas.

Ella era una empleada más. El mensaje estaba claro. Lise guardó el dinero en el bolsillo.

—Gracias.

—Le dejaré dicho a Maryann cuándo regreso. Tengo por costumbre llamar a Emmy todas las noches antes de que se acueste, si estoy fuera. Te agradecería que te aseguraras de que Emmy está despierta cuando llame.

—Descuida.

Mientras se servía un poco de ensalada de frutas, Lise procuró apaciguarse. Podía odiar recibir órdenes de Judd, pero había aceptado el trabajo después de todo. ¿Y no demostraba esto, una vez más, lo buen padre que era Judd?

—El jueves nos dan las notas —dijo Emmy—. Estoy casi segura de que voy a sacar todo sobresaliente.

—Tendremos que ir a celebrarlo al McDonalds —sonrió Judd, sin incluir a Lise.

Lise cortó por la mitad un cruasán y untó mermelada casera de albaricoque, haciendo verdaderos esfuerzos por ver el lado positivo de las cosas. No sentía náuseas y tenía apetito. Así que era posible, solo posible, que no estuviera embarazada. El lunes lo sabría. No tendría que esperar más.

Después de irse Judd, Lise mantuvo ocupada a Emmy a propósito.

Y tuvo la sensación que la barrera que se interponía entre ellas dos empezaba a desaparecer. Emmy quería hablar de la película después de la proyección, algo que Lise hacía a menudo. Cuando Judd telefoneó, a las siete y media en punto, Lise escuchó a Emmy repetir su nombre varias veces.

Judd no quiso hablar con ella. Y Lise se alegró de que así fuera. No tenía nada que contarle. ¿O quizás que en poco más de un día sabría si estaba esperando un hijo suyo?

De hecho, tuvo que esperar exactamente treinta y ocho horas. El test de embarazo dio positivo. Lise se sentó en la cama de su apartamento. Llevaba dentro un hijo de Judd. Iba a ser madre. Entre un montón de sentimientos encontrados, Lise pudo sentir con meridiana claridad una inconmensurable felicidad.

Se aferró a ese sentimiento. Más tarde, empezó a calibrar su situación. No tenía ni idea de cuáles podrían ser las consecuencias de un embarazo no deseado. Pero, por el momento, era feliz. Marcó un número y concertó una cita con el médico de cabecera para la siguiente semana. Después condujo de vuelta a casa de Judd. Entre todas las complicaciones que la cercaban como una corona de espinas, tenía una cosa clara. No iba a decírselo a Judd. Al menos, por el momento. ¿O tal vez nunca?

El miércoles .por la noche, Lise se acostó temprano. Judd llegaba esa misma noche, pero todavía no estaba preparada para verlo. La felicidad que había sentido el lunes por la mañana en su apartamento la había abandonado y ahora la atormentaban los malos presagios. Judd era demasiado listo. No podría ocultarle la verdad mucho tiempo. ¿Qué podía hacer?

Se puso un viejo camisón de franela y se preparó un chocolate caliente antes de irse a la cama. Se quedó dormida alrededor de las once, pero se pasó la noche soñando con imágenes de tragedias. Creyó que la propia pesadilla la había despertado cuando se encontró sentada totalmente rígida en la cama. El corazón le latía a cien por hora. Entonces escuchó un leve gemido de dolor proveniente de la habitación contigua. Cruzó como un rayo a la habitación de Emmy y tomó a la niña en brazos.

—Está bien, Emmy. Estoy aquí —susurró Lise—. Ahora estás a salvo. No dejaré que te pase nada.

Con la niña entre sus brazos, Lise rompió a llorar. Acunó a Emmy con cariño, reconfortándola.

—¿Quieres contármelo?

Emmy contó una historia acerca de una hoguera gigante y unos bailarines con máscaras que la empujaban hacia el fuego. Impresionada por el relato, Lise hizo todo lo posible por alejar esas imágenes de la mente de Emmy. Obtuvo su recompensa poco después.

—Me alegro de que estés aquí —dijo Emmy algo llorosa aún—. A veces echo de menos una mamá.

—Yo también me alegro de estar aquí —dijo Lise.

Poco después, el cuerpo de Emmy se relajó entre sus brazos. Se había dormido. Con sumo cuidado, Lise la metió en la cama y la arropó, asegurándose de que Plush estuviera bien cerca de Emmy. El pelo negro de la niña esparcido sobre la almohada y el ritmo sereno de su respiración llenaron a Lise de ternura. La misma que había sentido hacia su futuro hijo.

Si seguía encariñándose con Emmy, Lise estaría metida en un problema muy gordo.

Salió de la habitación sin hacer ruido, ensimismada, y fue a chocar con el hombre que esperaba de pie detrás de la puerta. Lise, en un gesto instintivo provocado por el miedo, empujó a Judd con las palmas de la mano.

—¡Judd! Me has dado un susto de muerte.

Él la arrastró hasta que se alejaron de la habitación de la niña.

—¿Ha tenido otra pesadilla? —preguntó con brusquedad.

La rodeaba con sus brazos. Llevaba unos pantalones y una camisa desabrochada. El tacto de su piel cálida sumió a Lise en la agonía del deseo. Lise recurrió al ataque para librarse de esa sensación.

—Emmy echa de menos a su madre.

—Lo he oído.

La única pregunta para la que no encontraba respuesta salió de su boca casi sin querer.

—¿Cómo pudiste negarle la custodia a Angeline?

Judd adoptó un tono tan seco y cortante como el filo de un cuchillo.

—Dejemos este tema claro de una vez por todas. Estoy harto de ser el malo en este divorcio. El segundo marido de Angeline, cuyos antepasados se remontan al siglo catorce, no quería en su bonito castillo a la hija de otro hombre. Especialmente si ese hombre procedía de los suburbios de Manhattan. Así que Angeline decidió que Emmy estaría mejor conmigo.

—Eso no es…

—Angeline había tenido una aventura dos años atrás, en Nueva York. Nunca ha sido demasiado lista, por lo que no me resultó difícil averiguarlo. Ella no terminaba de entender por qué estaba tan dolido. Deberías saber que tu prima es de las que hace lo que le viene en gana a cada momento. Igual que un niño, actúa sin medir las consecuencias. No es mala persona. Sencillamente, no entiende que sus acciones puedan herir a los demás.

—Pero…

—Pudimos hacer borrón y cuenta nueva. Pero entonces apareció

Henri. Era rico, pertenecía a la aristocracia y estaba libre. A Angeline nunca le han gustado los problemas. Así que me escribió una nota, subió al Concorde y se fue a París. Yo tuve que explicarle lo ocurrido a Emmy. Eso es todo. Nos divorciamos. No fue hasta que llevé a Emmy a ver a su abuela cuando supe que Angeline con su mejor intención, había extendido el rumor de que yo no había actuado éticamente en el tema de la custodia —Judd tomó aire y suspiró—. Podría haberla denunciado por difamación, pero decidí no hacerlo. Por el bien de Emmy.

Su voz tenía el matiz inconfundible de quien dice la verdad. Pero había escuchado ese mismo tono en la voz de Angeline cuando habían hablado del tema a lo largo de los años. Aunque, echando la vista atrás, Angeline nunca había afirmado que Judd la hubiera quitado la custodia de Emmy. Más bien lo había insinuado, con más pena que rabia. ¿Así que Judd tenía razón? ¿Era Angeline tan avariciosa como un niño, insensible al dolor que pudiera infligir?

¿Acaso la admiración que siempre había sentido hacia su prima había nublado su juicio, ensalzando sus virtudes y minimizando los defectos?

—La última vez que fui a visitar a Marthe —dijo Lise enfurecida—, me enseñó un álbum con decenas de fotografías en las que aparecías acompañado por un sinfín de mujeres distintas.

—Nunca te das por vencida, ¿verdad? —replicó Judd con desagrado —. Vaya donde vaya, siempre tengo un cortejo de mujeres a mí alrededor. Todas con el símbolo del dinero grabado en la mirada. No digo que no haya tenido alguna aventura desde la separación porque mentiría. Pero ya te he dicho que mientras estuvimos casados, le fui fiel.

Lise se preguntó con cuál de aquellas mujeres habría estado Judd y sintió un repentino odio hacia todas ellas.

—No sabía que hubieras crecido en la pobreza.

—No es algo de lo que me avergüence. Pero tampoco lo anunció a bombo y platillo.

—¿Tus padres todavía viven?

—Nunca llegué a conocer a mi padre —dijo con la voz entrecortada —. Se marchó antes de que yo naciera. Mi madre murió de inanición cuando tenía cinco años.

—Entonces eras más pequeño que Emmy —susurró Lise espantada.

—No quiero que sientas lástima.

—¿Qué pasó después? —preguntó.

—Fui al orfanato. Pudo haber sido mejor. Siempre supe que un día me largaría de allí y no volvería jamás. No sé por qué te cuento todo esto. Nunca hablo de ello.

Judd seguía apoyado en ella y sus ojos eran como dos fragmentos

de pizarra.

—¿Me crees, Lise, cuando te digo que siempre le fui fiel a Angeline?

Lise vaciló más de la cuenta. Judd habló con renovada amargura.

—Tendrás que decidirte, Lise. Puedes creerla a ella o puedes creerme a mí. Mientras te decides, pienso mantener la promesa que te hice antes de ir a Dominica. Y esta vez pienso cumplirla, hagas lo que hagas.

—Eres tan arrogante que das por hecho que intentaré algo.

—Sí, en efecto.

—¿Sabes? He aprendido un buen puñado de tacos en el camión de bomberos en estos últimos diez años, pero ninguno haría justicia a lo que siento ahora mismo.

Judd se alejó dando un paso atrás.

—Entonces será mejor que te acuestes.

—Espero que duermas bien —dijo con dulzura.

—Quizás quieras comprarte un camisón nuevo con el dinero que te pago.

La rabia y la ironía guardaban un delicado equilibrio. Muy a su pesar, Lise notó que vencía la ironía.

—Ni hablar —señaló—. Tengo este camisón desde los diecisiete años.

Judd la miró de arriba abajo, desde el cuello algo desgastado hasta el volante deshilachado de la cadera.

—Muy sexy.

—Le tengo mucho cariño —dijo Lise arrugando la nariz—. Igual que Emmy con su peluche.

—Con él puesto, pareces una chica de diecisiete años.

—¿En serio? Pues más razón para que me lo quede.

—Desgraciadamente no es un elemento disuasorio. Todavía quiero besarte hasta perder el sentido.

—No puedes. Lo has prometido —recordó Lise sin aliento.

—Vete a la cama, Lise. Ahora. Es una orden.

No era el momento de recordar cómo se había entregado a él bajo el cielo aterciopelado del Caribe. A punto de tropezar con los bajos del camisón, Lise corrió hasta su habitación, se metió en la cama y se cubrió entera con la colcha. Por fin estaba acostada. Y estaba sola. Aunque cada partícula de su cuerpo anhelaba estar junto a Judd.

Para que eso ocurriera, tenía que tomar partido por uno de los dos. O bien Judd, el hombre con el que había hecho el amor. O bien Angeline, su adorada prima.

Judd, Emmy y Lise pasaron el domingo divirtiéndose en la ladera de Mont-Royal, tirándose en trineo. Desde allí se divisaba una vista panorámica de los rascacielos de la ciudad y el curso del río St. Lawrence. Lise, sin dejar que se notara mucho, solo participó en los

juegos más inofensivos. Mientras tanto, padre e hija hacían carreras de saltos y volcaban continuamente. Emmy tenía muy buen color a causa del frío y la diversión. Judd parecía tan joven y lleno de vida que Lise tenía que apartar los ojos de él. Procuraba ocultar como fuera su embarazo, consciente de que si Judd la miraba podría adivinar su secreto. Pero, en cierto modo, le dolía verlo disfrutar tanto en compañía de su hija. No podía huir y ocultarlo que era padre de dos criaturas.

Cuando regresaron a casa, se dirigieron a la entrada de servicio. Estaban empapados y Emmy empezó a tirar bolas de nieve contra su padre y contra Lise, que no tardó en responder al ataque. Agachada para evitar una gran bola de nieve de Judd, Lise tropezó y cayó de espaldas en un profundo y blando banco de nieve virgen. Podía sentir las minúsculas partículas de hielo deslizándose por sus mejillas y el cuello. De pronto, Emmy la atacó y se sentó a horcajadas sobre ella, metiéndola más nieve entre la ropa.

—Está fría Emmy, haz el favor de parar —acertó a decir Lise entre risas—. Esta noche te leeré todos los cuentos que quieras, lo prometo.

Emmy se llenó los guantes de nieve por última vez y la dejó caer sobre sus mejillas.

—Eres muy guapa —dijo espontáneamente—, me alegro de que vivas con nosotros. Me gustas mucho.

—Gracias, Emmy —dijo Lise con absoluta seriedad—. Tú también me gustas. Muchísimo.

—Eso es bueno —respondió la niña—. Papá, ¿podemos tomar un chocolate caliente?

—Supongo que podremos arreglarlo —dijo Judd alargando las palabras.

Y acto seguido ayudó a levantarse a Lise, sujetándola con ambas manos, de tal modo que por un momento estuvieron tan juntos que casi podían tocarse.

—Tienes razón, Emmy. Lise está muy guapa.

Notaba su mirada sobre sus labios y casi podía sentir el calor de su aliento.

—Tengo la espalda mojada —dijo Lise con la voz apagada—. Quiero tres tostadas con mi chocolate.

—Eres una mujer insaciable —apuntó Judd y la dejó ir.

—Tú lo has dicho —respondió, y se alejó hacia el porche con la imagen de la boca de Judd grabada en todo su cuerpo. En el momento de entrar en casa, Lise recibió el calor del interior como una bofetada. Se le nubló la vista. La fila de abrigos colgados en las perchas de pared comenzaron a moverse como una bandada de pájaros gigantes y el suelo empezó a levantarse como una ola. Lise notó, a gran distancia, cómo alguien la sujetaba antes de que cayera.

Sentía una enorme flojera en las piernas. La oscuridad se llenó de todos los colores del arco iris. Comprendió que estaba en el suelo, con la cabeza entre las rodillas. Todos los colores habían dado paso a un rayo de color rojo. Preguntándose si estaría enferma, Lise escuchó la voz de Emmy, presa de la angustia.

—Papá, ¿está bien?

—Claro —dijo Judd—. Ha sido el calor. Ya sabes que a Maryann le gusta mantener la casa a la misma temperatura que en Dominica.

Emmy soltó una risita cómplice. Lise levantó la cabeza.

—Lo siento —murmuró—. No sé qué me ha pasado.

—Estás blanca como la nieve —anunció Emmy.

«Eso es lo de menos» pensó Lise, todavía mareada. Estaba agotada y sin fuerzas. Ella nunca se desmayaba. De pronto, sintió una punzada de terror al comprender que la causa más probable era su estado. Aún no había tenido náuseas, pero los síntomas aparecerían poco a poco.

—Ya me siento bien —anunció con mejor voz, haciendo un esfuerzo para levantarse.

—No tengas tanta prisa, no hay ningún incendio —dijo Judd con severidad.

—Estoy bien, Judd. Solo ha sido el calor —dijo con torpeza.

Con verdadero interés, Emmy se unió a ellos.

—¿Te mareabas cuando eras bombero? —preguntó—. Porque el fuego sí que da calor.

Lise miró boquiabierta a Emmy. Había puesto el dedo en la llaga. ¿Por qué razón iba a marearse una ex bombero a causa de un poco de calor? Tenía que decir algo rápido antes de que Judd buscará algún motivo para el desmayo.

—Llevamos puesto todo el equipo que te enseñé la primera vez —apuntó Lise—, así que ya estamos preparados cuando entramos.

—Emmy —interrumpió Judd—, ¿por qué no vas a la cocina y le dices a Maryann que prepare el chocolate? Voy a llevar a Lise al estudio.

Emmy se quitó las botas, colgó el abrigo y corrió a la cocina. Judd se arrodilló y le quitó las botas a Lise. Tenía el pelo mojado a causa de la nieve. Lise, de la forma más natural, alargó la mano para apartar un mechón de pelo de la cara de Judd cuando él la miró. Sus ojos se clavaban en los de ella como si la desnudaran. Parecía que ningún secreto estaba a salvo de aquella escrutadora mirada. De golpe, sus bocas se habían unido de nuevo y Lise sintió un calor de muy distinta índole. Con un gemido de placer, Lise le devolvió el beso con total entrega.

Por unos segundos, que para Lise fueron eternos, sus labios permanecieron unidos, sus cuerpos entrelazados.

—Eso es lo que las personas hacen cuando van a casarse —dijo

Emmy por detrás—. Me lo ha dicho mi amiga Charlene. Judd apartó su boca de la de Lise con violencia. Se puso de pie y, por primera vez desde que se conocían, Lise vio que estaba sin palabras.

—¿Por eso ha venido Lise a vivir aquí? —añadió Emmy emocionada —. ¿Vais a casaros?

—¡No! —dijo Judd mesándose los cabellos—. Claro que no. Está aquí para cuidarte. Eso es todo.

—¿Y por qué estabais…?

—Eres demasiado pequeña para comprender ciertas cosas —dijo con severidad—. ¿Le has pedido a Maryann que preparase el chocolate?

—Pensó que a lo mejor preferías tomar café. Por eso he vuelto.

—Vuelve a la cocina y dile que el chocolate es perfecto, cariño.

Emmy regresó a la cocina con el gesto enfurruñado.

—Es demasiado lista para no darse cuenta de lo que ha pasado —dijo Judd visiblemente irritado—. He sido un estúpido al besarle. No volverá a pasar. Puedes creerme.

Lise creía en su palabra. Se sentía desamparada, excitada, furiosa, asustada… Se puso en pie y guardó el equilibrio con cierta dificultad.

—Esta noche le recordaré que solo estaré aquí un tiempo —dijo titubeante.

—Desde luego que lo harás.

—No sé por qué estás tan furioso. Fuiste tú quien me besó.

—¿Crees que no me doy cuenta? —explotó—. No tienes más que mirarme con esos ojos verdes y pierdo la compostura. Me comporto como un adolescente.

—Y odias actuar así —susurró Lise.

—Es una explicación tan válida como cualquier otra para expresar lo que siento.

—Entonces, ¿por qué no me despides antes de que perdamos el control de la situación? Le gusto a Emmy y… Oh, Dios. ¡Judd! Nunca debí aceptar.

—¿Sabes qué? —gruñó—. He levantado un emporio económico de la nada, pero todo lo que he aprendido en este tiempo se desvanece siempre que estás cerca. ¿Puedes explicármelo?

—Es simple química. Esas fueron tus palabras.

—Voy a la cocina antes de que Emmy vuelva a buscarnos —dijo—. Esto nunca volverá a repetirse. ¿Me has comprendido?

—Te estás repitiendo —replicó Lise y se bajó la cremallera de su cazadora—. Sencillamente, no puedes controlar tu odio.

—¡También detesto que me psicoanalicen!

—Sobre todo si es una mujer —añadió sin aliento, sacudiendo la melena.

Judd se acercó y le levantó la barbilla con un dedo.

—Hay algo que te conviene saber. Acepto los retos de los que

huyen el resto de los mortales. No juegues conmigo.

—Creía que ibas a buscar a Emmy.

—No olvides lo que te he dicho. Por tu propio bien.

Judd enfiló el pasillo en dirección a la cocina. Pese a la adrenalina que corría por sus venas, Lise no se sentía con fuerzas para caminar. No lo estaba llevando demasiado bien para una mujer acostumbrada a enfrentarse a situaciones de alto riesgo.

Pero, al menos, Judd no sospechaba nada. Odiaba estar junto a ella. Lo último que necesitaba era saber que esperaba un hijo suyo.

Un par de días más tarde, se habían reunido los tres para comer en el solario. Otro de los síntomas del embarazo parecía ser una suerte de continuo letargo. Lise se sentía cansada y perezosa. Agradeció que Emmy llevara el peso de la conversación. Después de comer, Judd se dirigió a ella.

—Cuando Emmy vuelva al colegio, ¿podrías pasar un momento por el despacho?

—Claro.

Lise llamó a la puerta. Judd se levantó a abrir y la miró detenidamente.

—¿Estás resfriada? No tienes buen aspecto.

—Estoy bien —dijo Lise con buen ánimo—. ¿Era de eso de lo que querías hablarme?

—Estaré fuera desde el jueves hasta el martes de la semana próxima —advirtió—. Todos los detalles de mi vuelo están en este sobre. No tienes más que abrirlo si me retraso.

—Pasas mucho tiempo fuera —dijo Lise con un gesto de desaprobación.

—Me mudé a Montreal porque pensé que sería bueno para Emmy estar en contacto con su abuela —dijo lacónico—. Cuando acepté que era una causa perdida, Emmy ya estaba instalada y había hecho un montón de amigos. Así que decidí quedarme. Lo malo es que tengo que viajar continuamente.

—Sé sincero, Judd. El dinero te importa más que las personas. El negocio es lo primero. Angeline siempre se quejaba de eso.

—Una vez que la carrera de Angeline despegó, viajó por todo el mundo —recordó Judd—. Ni siquiera sé por qué trato de justificarme ante ti.

—No te preocupa que Emmy se sienta sola.

—Ahora tú estás con ella.

—Tú eres su padre.

—Estás deseando empezar una pelea, ¿es eso? —la acusó—. Ya te dije que tenías que decidir si creías mi versión o la de Angeline acerca

de nuestro matrimonio. Veo que has tomado partido por mi ex mujer. Estás en tu derecho. Solo te pido que no pongas a Emmy en contra mía.

—¿Crees que yo haría algo así? —preguntó incrédula.

—¿Cómo voy a saberlo? —añadió contrariado—. Mañana, tómate el día libre. Quiero hablar con Emmy y pasar todo el día con ella.

Un día sin ver a Judd sonaba a gloria, porque estar con él era un verdadero infierno.

Quizás estuviera exagerando un poco, pero necesitaba ese día libre. Un día para pensar, alejada de Judd Harwood, de Emmy y de los viajes de negocios.

Tal vez fuera a ver a una mujer. ¿Qué otra motivo tendría para guardar los detalles de su viaje en un sobre cerrado?

Pasaría el día limpiando su apartamento. Era un trabajo profundamente desagradable, pero la mantendría ocupada. Así no pensaría en Judd, ni en sus amantes.

Una en concreto. La mujer con la que iba a pasar los próximos días. Odiaba la sola idea de imaginar a Judd en brazos de otra mujer.

## Capítulo 10

Judd se marchó el jueves sin apenas despedirse de Lise. El viernes por la tarde, mientras Emmy estaba en clase, Lise fue a ver a su médico de cabecera, que le confirmó el embarazo. Hizo acopio de todas las informaciones necesarias sobre alimentación y cuidados, evitó responder cualquier pregunta y regresó a casa de Judd.

Emmy llevó tres amigas a casa y eso mantuvo ocupada a Lise toda la tarde. Pero en cuanto Emmy se acostó, Lise se retiró a su habitación. Demasiado cansada para dormir, encendió la televisión y estuvo viendo una tele comedia que no le hizo la menor gracia. Luego cambió de canal y puso las noticias. Políticos mentirosos, atentados terroristas, manifestaciones, y una polvorienta pista de aterrizaje flanqueada por árboles de aspecto lánguido. Uno de los dos aviones de la Cruz Roja encargados de llevar alimentos a Sudán se había estrellado. La cámara se acercó a un grupo de personas de pie junto al segundo avión. Y entonces algo llamó poderosamente la atención de Lise.

Hubiera reconocido esa figura en cualquier parte. Ese hombre tan alto, moreno, vestido con unos pantalones de camuflaje y una camisa caqui era… Judd. Estaba en África repartiendo alimentos y medicinas a los refugiados cuando ella suponía que estaba en viaje de negocios. Con una mujer.

No podía ser cierto, pero era Judd. El comentarista anunció que no había que lamentar víctimas y pasó a otra noticia. Lise salió corriendo de su habitación, entró en el despacho de Judd y rasgó el sobre cerrado. Dentro encontró, escrito a máquina, el itinerario completo desde Montreal hasta Sudán, y una serie de números de teléfono en los que se lo podía localizar día y noche.

No estaba en viaje de negocios. No estaba ganando más dinero. Y desde luego no estaba con una de esas mujeres que lo acompañaban en las fotos que Marthe la había enseñado. Muy al contrario, estaba colaborando con la Cruz Roja en una misión difícil y arriesgada. Recordando cómo lo había acusado de mercenario, Lise creyó que se moría de vergüenza.

Una vez más, Judd la había sorprendido. Y la descripción de Angeline acerca de Judd resultaba cada vez más difícil de creer. Un hombre de negocios despiadado y movido por la avaricia no arriesga su vida en un vuelo humanitario para ayudar a los refugiados. Lise estaba sentada en el sillón de cuero de Judd. El Otro avión se había estrellado. Realmente, corría un gran riesgo en lo que hacía.

Si le pasara algo, no podría soportarlo.

Encogida sobre sí misma, Lise permaneció muy quieta. Judd tenía razón. Tenía que elegir entre la versión de Angeline y la suya. No podía aceptar las dos. Renunciando a una lealtad firme que había

mantenido todos estos años hacia su querida prima, tenía que inclinarse a creer la versión del hombre con quien había hecho el amor tan apasionadamente. Un hombre que adoraba a su hija y que ponía en juego su propia vida para ayudar a los más desfavorecidos. ¿En quién podía confiar?

Se aprendían cosas de una persona cuando te acostabas con ella. Judd se había entregado sin reservas, la había tratado con cariño y había arrancado de ella una pasión desconocida hasta entonces. ¿No reforzaban estos elementos la idea de un hombre dispuesto tanto a dar como a recibir? Su expresión había estado carente de artificios, pensó con humildad, tan desnuda como su cuerpo. El también había sufrido una especie de conmoción al notar su perfecta compenetración. Había calificado la noche como inolvidable.

Desde que Judd le había hablado de su infancia, Lise no había podido quitarse de la cabeza la imagen de un niño de pelo negro criado en un orfanato de Nueva York. Educado por extraños y sin una familia. Sin duda, eso lo había marcado y había influido decisivamente en su carácter.

Por su parte. Angeline había crecido mimada por una madre incapaz de negarle nada. Para Marthe, la belleza exterior de Angeline reflejaba las bondades de su corazón. ¿Era eso verdad? Conceder todos los caprichos a una niña no era, probablemente, la mejor manera de educarla. Tampoco la adoración excesiva ayudaba. ¿Quién podía culpar a Angeline por haber crecido con el convencimiento de que era la más guapa? Parte de la culpa le correspondía a Marthe. Y además, ¿cómo podía Angeline aprender a ser responsable si su madre siempre la había protegido de las consecuencias de sus actos?

Todo esto era nuevo para Lise. Se levantó y regresó a su habitación, solo para estar segura de que Emmy no se había despertado.

Por un instante, Lise echó un vistazo alrededor. El escritorio era una antigüedad de nogal. La alfombra de algodón estaba hecha a mano en el Tíbet. Sobre el escritorio había un cuadro al óleo del desierto. La arena de color ocre, la hierba verde opaca y el cielo azul. «El espacio abierto» pensó. Un paisaje agreste, peligroso. Judd había crecido en un ambiente hostil y sabía cómo salir adelante.

Nunca antes había tenido esos pensamientos. «¿Estoy enamorándome de él? ¿Es eso? No, no lo hagas. Judd no te quiere. Juró que nunca volvería a enamorarse. Ni siquiera de ti».

Lise luchó para aguantar las lágrimas. Judd era tan inalcanzable como lo había sido siempre. Pero llevaba a su hijo dentro y estaba agradecida por ello. No importaban las dificultades ni los sacrificios que aquella situación requiriese. Sería la madre del hijo de Judd. Y si no podía tenerlo a él, al menos tendría a su hijo.

Lise se acostó y se quedó dormida.

El fin de semana resultó un remanso de paz y de placer, aunque no pudiera reprimir en ningún momento la preocupación que sentía por la seguridad de Judd, Pese a que seguía sufriendo mareos, había recuperado el buen color a fuerza de pasar un montón de tiempo con la niña en la calle. Decidió ignorar a propósito que el vínculo que la unía con la niña crecía más y más. No podía hacer nada para evitarlo y ninguna de las dos quería ponerle remedio.

Judd tenía previsto regresar el martes por la tarde. La noche anterior, Lise se puso el viejo camisón, eligió unas cuantas revistas para leer en la cama y apagó la luz sobre las once. «Mañana veré a Judd» pensó acurrucada entre las sábanas. Notaba una extraña sensación, a medio camino entre el pánico y la felicidad. Lise dibujó la imagen de Judd en su cabeza y, abrazándola en sueños, se quedó profundamente dormida.

Lise se quedó muy quieta, con los ojos muy abiertos, debajo de las sábanas. ¿Era un ruido lo que la había despertado? ¿O la sensación de que había alguien más, aparte de Emmy y ella misma? Con los nervios de punta, escuchó pisadas en el pasillo. Su corazón dio un brinco. ¿Había un intruso en la casa? ¿Cómo había burlado el sistema de seguridad? ¿Qué podía hacer?

Había un teléfono en la habitación de Judd. Iría hasta allí y llamaría al 911. Sin hacer ruido, se sentó en el borde de la cama. El despertador de la mesilla de noche marcaba las 3:18 a.m.

Caminó sobre la gruesa alfombra hasta la puerta, que dejó entreabierta para oír a Emmy si la llamaba. Por el camino, agarró de encima de la mesa lacada una escultura de marfil representando a un delfín. Resultaba reconfortante notar su peso en la mano. Lentamente, se asomó al pasillo.

Estaba vacío. Tenía que cruzar la habitación de Emmy para llegar hasta el dormitorio de Judd. Con la estatua en la mano derecha y el corazón martilleándole el pecho con tanta fuerza que podía oírse en toda la casa, Lise se aventuró sobre el suelo de roble. Los listones de madera estaban barnizados y no crujían. La puerta de la habitación de Emmy también estaba entreabierta. Como un fantasma, Lise se coló por el hueco y se deslizó hasta la habitación de Judd.

Estaba vacía. De un vistazo rápido, Lise abarcó toda la habitación. Había dos enormes maceteros a ambos lados de una puerta corrediza de dos hojas que daba a la terraza. El único lienzo del cuarto era un cuadro abstracto, una curiosa simbiosis de verdes y azules. Lise se dirigió al teléfono.

—¿Qué demonios…?

Lise se giró y levantó la estatua del delfín para defenderse. Inmediatamente dejó caer el brazo.

—Judd —balbuceó—. Creí que eras un ladrón.

De pronto, Lise fue presa de un ataque de debilidad y estuvo a punto de perder el sentido. Le temblaban las piernas. Se dejó caer en la cama, casi sin respiración y luchó por recuperar el control sobre su persona.

Judd encendió una luz. Se arrodilló a su lado y le quitó la estatuilla de las manos.

—Tienes las manos heladas, Lise —dijo—. ¿Qué demonios estabas haciendo en mi habitación?

—Me pareció oír un ruido. Me asusté y pensé en llamar al 911 —explicó avergonzada.

—He adelantado mi regreso. ¿Para qué querías la figurita de mármol?

—Para romperte la crisma, desde luego.

—No cabe duda. Eres muy valiente.

Judd todavía tenía sus manos entre las suyas y le acariciaba los dedos. Lise se quedó fascinada mirando esas manos.

—La verdad es que estaba aterrorizada —confesó.

Lise lo miró a los ojos. Llevaba el mismo conjunto que cuando lo había visto por televisión. Tenía muchas ojeras y un rasguño que nacía en la muñeca y llegaba casi hasta el codo.

—Judd —dijo Lise—, te vi en las noticias. En Sudán.

Judd tragó saliva y endureció el gesto apretando los dientes.

—Estaba demasiado ocupado discutiendo con los controladores aéreos para notar la presencia de las cámaras. Pero no creí que la noticia tuviera tanta repercusión.

Lise seguía con la mirada puesta en sus manos, mientras recobraba poco a poco el calor en sus dedos.

—¿Por qué no me contaste la verdad acerca de tu viaje?

—Nunca le he hablado a nadie de esto —hizo una pausa y continuó—. La noche del incendio estaba en Venezuela. Puedes imaginarte cómo me sentí. Pero esta vez sabía que Emmy estaría bien. Confío ciegamente en ti, Lise.

Lise estaba al borde de las lágrimas.

—El día que te fuiste te acusé de ser egoísta y actuar como un mercenario —balbuceó—. Lo siento mucho.

—No podías saberlo.

—Eres un buen hombre, Judd —dijo mirándolo a los ojos.

—No soy ningún santo, Lise. Una de las razones por las que lo hago es el riesgo, la adrenalina, la necesidad de llegar hasta el límite. Nada demasiado loable.

—Lo único importante es que lo haces.

Judd le soltó las manos y se movió incómodo.

—No deberías acercarte a mí. Apesto. Allí no había duchas y ni

siquiera he tenido tiempo de cambiarme.

—Podemos duchamos juntos —dijo Lise, aguantando la respiración en espera de una respuesta.

Judd se puso en pie y tiró de ella.

—Veo que llevas puesto tu camisón favorito —dijo sin enseñar sus cartas—. No me lo pones fácil.

—Ya ves —continuó Lise como si Judd no hubiera dicho nada—, te creo. Creo en tu versión antes que en la de Angeline. Me di cuenta el pasado viernes, cuando te vi en televisión. Lamento haber tardado tanto en comprenderlo.

—Eres demasiado amable —respondió Judd toscamente—. No sé qué decir.

Con una sonrisa radiante, Lise lo atrajo hacia sí y lo besó en la boca. Lise notó el tacto áspero de la barba en su mejilla. La respuesta de Judd fue inmediata y de tanta intensidad que no tardó en expandirse por el cuerpo de ella. ¿No había sido esa la razón por la que había aceptado el trabajo? ¿Era posible que Judd y ella estuvieran juntos?

—Vamos a la ducha —gruñó mientras la mordisqueaba los labios —. Creo que voy a quemar esta ropa.

Judd la levantó en brazos y cruzó a grandes pasos el dormitorio hasta el cuarto de baño. Había, en una segunda altura, un jacuzzi muy profundo con vistas a un pequeño jardín repleto de pinos. La ducha tenía la base hecha en piedra pulida y cerrada con paneles, con diferentes niveles de presión para el agua. Judd la dejó en el suelo y empezó a desnudarse. Lise estaba inmóvil, a punto de desmayarse de placer. Cuando finalmente estuvo desnudo, fue hacia ella y le quitó el camisón por la cabeza, bebiendo en cada una de sus curvas con la mirada.

—¿Cómo te has hecho ese arañazo? —preguntó Lise alarmada—. Además, tienes un montón de moretones en las costillas.

—Un miembro de la expedición quedó atrapado en el avión siniestrado —explicó sin muchas ganas—. Teníamos miedo del fuego, así que lo sacamos como pudimos. No hablemos de eso ahora, Lise. Por favor.

Judd alcanzó el grifo, dejó correr el agua caliente y esbozó una sonrisa juguetona.

—El último es una gallina.

Mientras los chorros de agua caliente golpeaban su piel y el vapor la envolvía, Lise se recogió el pelo. Judd avanzó hacia ella con la pastilla de jabón en la mano y. de pronto, Lise fue presa de un incontrolado ataque de risa, un desbordamiento de felicidad al volver a estar junto a él. Lise lo salpicó. Sus ojos verdes brillaban iluminados por esa pequeña travesura. Judd la tomó en sus brazos y sus manos recorrieron su cuerpo. Suavemente, la empujó contra la pared y

comenzó a besarla hasta dejarla sin aliento, languideciendo por él. El vello del pecho estaba pegado a su piel mojada. El agua surcaba el hueco de sus costillas hasta el ombligo.

—Eres tan guapo —suspiró Lise.

Judd sostuvo entre sus manos sus pechos, como si quisiera adivinar el peso. Los acarició hasta que sus pezones se endurecieron. En ningún momento dejó de mirarla a los ojos.

—Quiero acostarme contigo. Ahora —subrayó con impaciencia.

—Lo estoy deseando.

Judd se enrolló una toalla a la cintura y cubrió a Lise con otra. Volvieron a la habitación. Con mucha delicadeza, Judd secó a Lise. Después, volvió a besarla sin desmayo en los labios, en el cuello y en la suave pendiente de sus pechos. Tiró suavemente de sus caderas hasta tenerla pegada a su cuerpo. Entonces se apretó a ella hasta que su potente erección se hundió en el cuerpo Lise. Ella emitió un gemido de placer. Se tumbaron en la cama entrelazados. La respiración acelerada de Judd y el latido de su corazón resonaban en los oídos de Lise. Estaban acompasados. Todo le era ajeno en el mundo salvo él. Ella pertenecía a ese lugar.

De pronto, Judd se incorporó sobre un codo.

—La última vez ni siquiera pensé en los preservativos. ¿Debería ponerme uno o estás tomando…?

Lise lo miró confundida. Estaba embarazada. No necesitaba usar protección. Y ese era el momento perfecto para decírselo.

—No necesitas protección, Judd.

—Suponía que estarías tomando la píldora —dijo con una sonrisa cómplice—. Ya sé que debería haber preguntado, pero todo fue tan rápido en Dominica que olvidé seguir las reglas.

«Las reglas que sigue con otras mujeres», pensó Lise con asco. ¿Todas habían caído tan rápido como ella? ¿Igual que la fruta madura?

—¿Qué ocurre? —preguntó Judd con urgencia—. ¿Por qué me miras así? La protección es un tema importante. Nunca me ha gustado la idea de traer al mundo un niño no deseado.

¿Qué pasaba con el bebé que llevaba dentro? ¿Consideraría Judd que era un hijo no deseado? Claro que sí. Judd no quería comprometerse. Lo había dejado muy claro dos días atrás. Ya se había casado una vez y no tenía intención de repetir.

El dilema adquirió una nueva dimensión a los ojos de Lise. Si Judd descubriera que estaba embarazada, probablemente insistiría en que se casaran. Así sería un niño legítimo. Por lo tanto, lo habría forzado a contraer matrimonio. Eso lo incomodaría y sentiría esa misma aversión hacia ella por ser la causante de todo.

No podía ni quería hacer algo así. Por nada del mundo. Presa del

pánico, Lise se separó de él y, entre tropezones, se sentó en el lado opuesto de la cama. Cruzó los brazos sobre el pecho, consciente de su desnudez.

—No puedo hacer el amor contigo. No debo —balbuceó. Judd rodó sobre la cama y se sentó a su lado, amparándola con su cuerpo.

—¿Qué es lo que ocurre, Lise?

—No deberíamos hacerlo. Nuestra relación no tiene futuro. Ha sido culpa mía. No debí arrastrarte hasta la ducha.

—Somos adultos. Compartimos algo único en la cama y no deberíamos desaprovecharlo.

—En eso somos diferentes —dijo con repentina amargura—. Soy una mujer convencional, del tipo que aparece en las revistas. No puedo tener una aventura contigo basada únicamente en el sexo. ¡Hacer el amor es mucho más que simple química! No nos queremos, Judd. Fuiste muy claro al respecto. Así que prefiero dejarlo antes de hacernos daño.

—¿Estás diciendo que te has enamorado de mí? —exclamó Judd.

—¡No! Digo que no quiero correr ese riesgo —y añadió en voz baja —. No soy una de esas mujeres de mundo con las que te codeas en las fiestas. Soy mucho más sensible. Y no quiero sufrir. Por eso prefiero cortar ahora.

—Ponte esto —dijo furioso, tendiéndola la colcha para que se tapara.

Lise se cubrió el cuerpo, agradecida por el calor y por no seguir desnuda. Consciente de que no tendría otra oportunidad, Lise tomó la palabra.

—Creo que debería marcharme antes de que se cumplan los cuatro meses. No sería justo para Emmy tenerme tanto tiempo por aquí.

—Necesitas el dinero.

—Conseguiré otro trabajo. Siempre puedo hacer el curso el año que viene.

Sabía que eso no era cierto. Tendría que cuidar de su hijo. Pero no podía decírselo.

—Quédate —imploró de pronto Judd, sujetándola por los hombros y enfatizando cada palabra—. Deberíamos concedemos una oportunidad para conocemos mejor. La gente puede cambiar.

Por un instante, Lise albergó una esperanza tan dulce como un pétalo de rosa. ¿Era posible que Judd cambiara y estuviera abierto a otras posibilidades? ¿Enamorarse? ¿Casarse con ella? Pero el corazón se le encogió de dolor y la esperanza se quebré como una hoja. No podía quedarse. Mucho antes de que eso ocurriera, el embarazo sería visible y funcionaría como un arma para atacar a Judd y obligarlo a comprometerse.

—No puedo quedarme —reiteró con voz inflexible.

Judd clavé los dedos en sus hombros con crueldad.

—Entonces te sugiero que empieces a buscar otro trabajo ahora mismo —dijo con tono envenenado—. Porque tienes razón en una cosa. Los sentimientos de Emmy están implicados en esta historia. Está empezando a quererte. Lo último que necesita es otra figura materna que la deje en la estacada.

Lise se estremeció de dolor.

—Pareces olvidar que fuiste tú quien me ofreció el trabajo.

—No lo he olvidado. Ha sido una de las mayores estupideces que he hecho en mi vida. Como ya te dije, cuando se trata de ti pierdo el sentido común.

Una vez más, la miraba con verdadero odio. Desde luego, su mirada no reflejaba el menor interés por hacerle el amor otra vez. Lise procuró mantener su dignidad a la misma altura que la colcha con la que se cubría. Se puso en pie y rezó por no tropezar mientras salía.

—Haré lo posible por marcharme esta misma semana.

—Bien —dijo Judd, y la soltó tan repentinamente que casi pierde el equilibrio.

Lise se subió la colcha hasta las rodillas y se escabulló hasta su habitación. Después de cerrar la puerta, se desplomó en la cama. Se sentía vapuleada en cuerpo y alma. La habían echado. Tendría que alejarse de Judd y de Emmy. Todas las puertas de la felicidad se habían cerrado ante sus narices porque su cuerpo la había traicionado. ¡Qué ironía! La intimidad que había compartido con Judd ahora le negaba cualquier posibilidad de volver a intimar.

Al día siguiente empezaría a buscar alojamiento en otra ciudad. No podía quedarse en Montreal. Era demasiado arriesgado. Podía cruzarse con Judd cuando su embarazo fuera evidente. O una vez el niño hubiera nacido. Cualquier posibilidad le resultaba aterradora.

Pero aún peor sería un matrimonio forzado y sin amor. Cualquier cosa era mejor que eso.

## Capítulo 11

A la mañana siguiente, Lise estaba lista para marcharse a las nueve de la mañana. Se había despertado con el corazón roto y un plan. Iría a su apartamento a primera hora para limpiar. Por la tarde, iría a la biblioteca y empezaría a buscar un sitio al que mudarse a través de Internet. Se sentiría mejor si tenía algo que hacer. Bajó las escaleras con unos vaqueros viejos y un jersey rojo. Del perchero de la entrada escogió sus plumas antes de salir. Cuanto antes se marchara, mejor para todos.

Lise trabajó duro toda la mañana y dejó listos el cuarto de baño y el dormitorio del apartamento. Estaba de regreso en casa de Judd poco antes del mediodía. Aún tenía mucho tiempo para estar con Emmy. Se estaba quitando el plumas cuando sonó el timbre. Era demasiado pronto para Judd, que se había comprometido a ir a buscar a Emmy a la salida del colegio. Lise abrió la puerta.

—¡Angeline! —exclamó.

—No deberías ir de rojo —dijo Angeline—. ¿No has aprendido nada en todos estos años?

Lise la invitó a pasar, avergonzada. Sabía que tenía una pinta horrible. Estaba despeinada y había pasado la mayor parte de la mañana bajando bolsas de basura al contenedor del portal.

Angeline despidió con la mano la limusina aparcada en el camino de entrada y se adentró en el vestíbulo, cargando una maleta muy grande. Vestía un abrigo de visón, de pelo corto, teñido de azul zafiro. El conjunto de pantalón y jersey de cachemir, en color crudo, contrastaba con las botas brillantes de piel de cocodrilo. Su pelo era una estudiada cascada de rizos peinada para caer sobre los hombros.

—¿Dónde está Judd? Espero que no esté de viaje —preguntó con mucha calma.

—No. Estará a punto de llegar. Ha ido a buscar a Emmy.

—¿Mi querida Emmy…qué tal está?

—Bien —respondió Lise sin más rodeos.

—¿Y qué haces tú aquí? —preguntó Angeline, dirigiendo su atención a un jarrón de porcelana con tulipanes rojos.

—Trabajo aquí, cuidando de Emmy.

Angeline se giró y la miró con sus pálidos ojos azules muy abiertos.

—¿Judd te contrató? —Lise afirmó con la cabeza—. ¡Qué extraño! Supongo que estaría agradecido por lo del incendio.

—Supongo —respondió Lise—. ¿Qué haces tú aquí, Angeline? ¿Una visita sorpresa?

—No creo que sea asunto tuyo.

Lise enrojeció. Afortunadamente, escuchó el motor de un coche en la entrada. La puerta principal se abrió y apareció Emmy. Primero reparó en Lise. Mientras se quitaba las botas, dijo a voz en grito.

—¡Adivina! El dibujo que hice la semana pasada de todos nosotros montando en trineo ha ganado un premio en el concurso de clase.

Emmy la rodeó con los brazos y la abrazó. Lise devolvió el abrazo de forma instintiva. Quería hacerlo. Al levantar la vista, vio que Judd los estaba mirando. Y tembló al descubrir tanta hostilidad en su mirada. Judd no quería que Emmy fuera tan cariñosa con Lise porque sabía que ella se marcharía enseguida. Entonces posó la mirada en su ex mujer.

—¡Angeline! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Judd sin salir de su asombro.

—Pensé que ya era hora de que viniera a ver a mi hijita —respondió Angeline—. ¿Qué tal estás, *ma chérie*?

—Estoy bien —respondió la niña.

—¿No vas a darme un fuerte abrazo? —preguntó Angeline con una encantadora sonrisa.

Obediente, Emmy cruzó el vestíbulo y se quedó tan tiesa como una muñeca mientras Angeline la abrazaba.

—Te he traído un regalo —dijo Angeline señalando un paquete—. Directo desde París.

—Muchas gracias.

—¿No vas a abrirlo?

Emmy desenvolvió el regalo. Era un oso de peluche enorme.

—Ya tengo uno.

—¿Te refieres a ese tan horrible que tenías hace cuatro años? —recordó Angeline con un escalofrío—. Ya es hora de que lo tires a la basura, *ma petite*. Este está nuevo y es mucho más grande.

—Pero a mí me gusta Plush.

—Veo que eres tan testaruda como tu padre —señaló Angeline perdiendo la paciencia—. Este peluche me costó mucho dinero. Lo he comprado en la juguetería más cara de París.

—Muchas gracias —repitió Emmy de forma inexpresiva.

—Espero que te quedes a almorzar con nosotros, Angeline —interrumpió Judd—. Emmy no tiene mucho tiempo antes de volver al colegio. ¿Te importa guiarnos, Lise?

Así que, embutida en sus vaqueros ajustados, al ritmo que marcaban sus caderas, se dirigió hacia el solario. El sol se colaba a través del techo de cristal. En su interior, los grandes maceteros de cobre, rebosantes de narcisos y jacintos, despedían gloriosos destellos azulados y llenaban el aire con su fragancia. «Angeline es como un jacinto» pensó Lise. Compleja, extravagante y bonita sin siquiera proponérselo. ¿Había venido únicamente para ver a Emmy? ¿O estaba interesada en Judd?

—Estoy seguro que no has venido desde tan lejos solo para ver a Emmy —dijo Judd anticipándose a los pensamientos de Lise.

—Dejemos eso para más tarde, querido.

Lise se estremeció.

—Nunca se te ha dado bien guardar un secreto —apuntó Judd con voz cansina—. Este es un momento tan bueno como cualquier otro para explicamos por qué has venido.

—Siempre has sabido sonsacarme —dijo Angeline haciendo pucheros—. Unos viejos amigos de Henri, Paul y Marie Gagnon, viven aquí. Es un banquero jubilado. Ofrecen una gala benéfica en su casa mañana por la noche. Creo que tocará un pianista famoso. Estoy invitada y me las he arreglado para conseguirte una invitación. Sé que es muy precipitado, pero ya sabes lo espontánea que soy.

—¿No tenían un hijo instalado en Nueva York? —preguntó Judd—. ¿Sabes si él estará en la fiesta, Angeline?

Angeline soltó una risita entrecortada.

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Y dónde está Henri? —añadió Judd en tono sombrío.

—Tenía que hacer algo de suma importancia en los viñedos. Pero él nunca me prohibiría asistir.

—Consigue una invitación para Lise e iré contigo —dijo con toda franqueza.

Angeline arrugó la frente sorprendida.

—¿Para Lise? ¿Por qué?

—Salvó la vida de nuestra hija. ¿Lo has olvidado? Es lo mínimo que puedes hacer.

Hasta ese momento, Lise había guardado silencio. Si Judd creía que iba a aceptar la invitación para acudir a una fiesta de gala en la que no era bien recibida, estaba muy equivocado.

—No quiero ir —advirtió con sequedad.

—Pero yo quiero que vengas —replicó Judd, clavando sus ojos en los suyos—. Y soy tú jefe, así que irás. Es una orden.

—No tengo nada que ponerme ni tiempo para ir de compras.

—Mañana por la mañana iremos a Gautier's.

Era un diseñador de fama mundial.

—No —dijo Lise—. No puedo pagarme un vestido de Gautier's. Ni siquiera con lo que me pagas. Y no aceptaré que me compres más ropa.

—Saldremos a las nueve y media —concluyó Judd.

La estaba tratando como a una niña. ¿O acaso era un castigo por dejar el trabajo? ¿O por no hacer el amor con él? Lise estaba cada vez más furiosa. Hizo ademán de replicar a Judd, pero entonces cayó en la cuenta de que Emmy estaba delante, siguiendo la discusión con los ojos muy abiertos. Lise se mordió los labios. Pero Angeline no tenía tantos escrúpulos.

—Querido, Lise estaría fuera de lugar. Sería mucho más inteligente

dejarla en casa con Emmy.

—Iremos los tres. De lo contrario, puedes ir tú sola —remarcó Judd con un tono que no dejaba lugar a dudas.

Angeline volvió a hacer pucheros en señal de protesta.

—¿Y quién se quedará con Emmy? ¿No pensarás dejarla sola otra vez?

—Maryann y su marido cuidarán de Emmy. Además, los Gagnons viven a pocas manzanas de aquí. Pero tu preocupación es digna de alabarse, querida.

Angeline nunca había estado muy familiarizada con el sarcasmo.

—Por supuesto que estoy preocupada —señaló—. Emmy es tan hija mía como tuya.

Emmy estaba comiendo un bocadillo sin decir nada, Pero Lise podía ver que prestaba atención a todo lo que allí ocurría, sin perder detalle.

—Si crees que estaré fuera de lugar en esa fiesta, Angeline —dijo Lise—, siempre puedo marcharme antes que vosotros.

—Te irás cuando estemos listos para volver —anunció Judd con mirada hostil.

Lise bajó la vista y se concentró en su cruasán, relleno de cangrejo y gambas, que merecía más atención de la que le había prestado hasta entonces. Judd sabía que no iniciaría una discusión con Emmy presente. Pero Emmy tendría que regresar al colegio. Y entonces sabría que a ella no le gustaban que le dictasen órdenes.

—Tú y yo deberíamos cenar en *Chez LaBelle*, Judd. Por los viejos tiempos. Era mi restaurante favorito ¿recuerdas?

—Cerró hace seis meses —replicó impasible—. Cenaremos aquí mañana por la noche.

—Puede que no consiga una invitación para Lise —anunció Angeline con aspereza—. Quizás sea demasiado tarde.

—Solicita la invitación en mi nombre —dijo Judd—. Funcionará. Hace años que conozco a Paul.

Judd cambió de tema y empezó a hablar con Emmy de sus tareas, llevando la conversación hacia ese campo. Finalmente, terminaron de comer. Emmy y Lise subieron a la habitación a buscar el equipo de gimnasia. Después, Emmy pasó a lavarse los dientes. Lise volvió a bajar sin hacer ruido. Al llegar al rellano, Lise vio las siluetas de Judd y Angeline recortadas contra la ventana de la entrada.

Judd le daba la espalda. Estaban de pie, muy cerca el uno del otro. Angeline hablaba sin parar y Judd no le quitaba ojo a su ex mujer. Entonces, Angeline lo besó mientras sus dedos acariciaban su nuca.

Lise lo había acariciado de la misma forma. Por un momento, se quedó paralizada. Un segundo después, retrocedió muerta de miedo. El corazón retumbaba en su pecho y sentía los dedos helados sobre la

barandilla de la escalera. Había creído entender en qué consistían los celos el día que Marthe le había enseñado el álbum de recortes fotográficos. Pero estaba muy equivocada. El dolor que experimentaba en aquellos momentos no se parecía a nada que hubiera conocido en el pasado. Era un dolor insoportable e irreparable.

Emmy apareció corriendo por el pasillo. Llevaba la bolsa de gimnasia en una mano.

—Voy a llegar tarde —dijo sin aliento—. ¿Papá está listo para llevarme?

Lise hizo un esfuerzo sublime por recobrar una apariencia serena.

—Llámalo. Necesito subir a mi habitación un segundo. Estaba comportándose como una cobarde. Pero no podía enfrentarse a Judd después de lo que había visto. A salvo desde lo alto de la escalera, Lise escuchó a Emmy llamar a su padre. La voz de Judd sonó un momento después.

—Me encantaría ir contigo y conocer tu colegio —ronroneó Angeline con dulzura.

—De acuerdo —aceptó Emmy sin demasiado entusiasmo.

La puerta de entrada se cerró. La casa quedó sumida en el silencio. Lise, apoyada contra la pared, abrazada a sí misma, deseaba no haber venido jamás a esa casa de piedra, cuyo propietario no tenía corazón. La noche anterior, Judd había querido hacer el amor con ella. Ese mediodía había besado a su ex mujer.

Si hubiera sido razonable, habría hecho las maletas y se habría largado en ese mismo instante, para siempre. Pero no podía hacerle eso a Emmy. Si Judd hubiera contado la verdad, Angeline se habría marchado sin despedirse de su hija. Ella, Lise, no podía hacer lo mismo. Sería demasiado cruel. Estaba atrapada.

A la mañana siguiente, Lise bajó al vestíbulo a las nueve y media en punto. Vestía su mejor falda de lana, verde oscuro, una chaqueta a juego y botas de cuero. Tenía cara de pocos amigos.

—Yo también te deseo los buenos días —dijo Judd irónico.

—No finjamos que me gusta hacer esto, Judd. Y no me presiones. Puedo largarme cuando quiera.

—Pero no lo harás. Por Emmy.

—¿Siempre utilizas la debilidad de tu oponente para tus fines? —preguntó Lise con resentimiento.

—Hago lo que es necesario.

—Entonces, vámonos. Tienes que vestirme como a un maniquí para poder exhibirme esta noche como una de tus dos mujeres.

—¿Es así como lo ves? —espetó.

—¿Es que existe alguna otra forma? —explotó Lise—. Ayer te vi

besando a Angeline.

—Se me tiró al cuello. Eso fue lo que viste.

—No hacías mucho para defenderte.

—No te quedaste el tiempo suficiente.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Para comprobar si usas la misma técnica con ella que conmigo?

—Ten cuidado, Lise —amenazó Judd—. O puede que decida enseñarte mi técnica aquí mismo.

—¡No te atreverás!

La respuesta de Judd no se hizo esperar. La sujetó con fuerza por los hombros e, inclinándose sobre ella, la besó. Como un chispazo, la furia de Lise dejó paso al deseo ardiente e irresistible. Pero Judd la apartó de sí con la misma violencia con que la había atraído.

—Te dije que no presionaras y este beso no ha tenido nada que ver con mi técnica —dijo gruñendo.

—Tiene que ver con el poder. Se trata de eso. No soportas perder. Y menos con una mujer.

La luz del sol de la mañana se filtraba a través de la ventana, arrancando destellos en sus ojos verdes y brillando en su pelo. Judd tomó aire y suspiró.

—Puede que se trate de sentimientos —dijo con dureza.

Lise no quería entrar en ese terreno con Judd.

—Quizás sea una cuestión de propiedad.

—Si no te beso es porque sigo enamorado de Angeline. Si lo hago, resulta que soy un mujeriego. Siempre te las apañas pasa pensar lo peor de mí. Lo siento, Lise, pero me rindo.

La amargura en su voz desconcertó a Lise. De no estar embarazada, ¿habría intentando sonsacarlo? Pero su intuición le decía que si confesaba que estaba esperando un hijo suyo, Judd insistiría en contraer matrimonio. Era una cuestión de propiedad, otra vez.

—Es mejor que nos marchemos —dijo Lise—. Quiero estar de vuelta antes que Emmy.

—Claro. Emmy. Ella es tu única preocupación, ¿verdad?

—Para eso me pagas.

—Lise, ¿quieres a Emmy?

Lise dulcificó el gesto. Recordaba el cariño con que Emmy la había abrazado esa mañana, la delicadeza de su cuerpo menudo, la mirada de desamparo y la sonrisa cómplice.

—Eso es algo que no puedo permitir que ocurra.

—Así que estás totalmente resuelta a desaparecer de su vida.

¿Qué se suponía que debía contestas? «Lo entenderías si me vieras dentro de seis meses». Lise se mordió el labio.

—Dime qué es lo que te preocupa, Lise —preguntó Judd enérgicamente.

—El único que me molesta eres tú, Judd. ¡Vámonos!

—Eres la mujer más exasperante que he conocido en toda mi vida. Sin excepción.

—Es mi pelo —respondió burlona—. Lástima que no saliera de una botella. ¿De qué color va a ser el vestido esta vez?

—Como mejor estás es desnuda —dijo Judd agarrándola del pelo.

Lise se sonrojó. Empujó la puerta y vio la limusina esperando. El chófer aguardaba de pie, junto a la puerta.

Pasó todo el viaje hasta el centro sentada en una esquina, mirando por la ventana. En Gautier's, nadie pareció extrañarse de que los condujeran a un salón privado con dos dependientas a su servicio. Lise desapareció en el vestidor y se probó el primer vestido, negro y espectacular.

Asustada e incómoda, Lise salió al saloncito rodeado de espejos. Judd la miró y negó con la cabeza.

—No es para ti, Lise.

Era cierto. Judd tenía razón. Necesitó ayuda para poder entrar en el siguiente traje. Era un vestido de jamé plateado cuyo precio la hizo palidecer. Antes de que Judd pudiera hablar, Lise tomó la palabra.

—Yo no soy Marilyn Monroe. No quiero llevar este vestido.

—Desde luego, pararías el tráfico —dijo Judd, y le guiñó un ojo.

—Ni siquiera puedo sentarme —afirmó Lise con una medio sonrisa.

De nuevo en el vestidor, Lise empezó a buscar entre los vestidos que tenía a su alrededor. No le convenía el negro ni el blanco. Odiaba los tonos pastel y cualquier vestido rojo, naranja o rosa haría que su pelo pareciera la sirena de un coche de bomberos. Eso la obligaba a prescindir de un buen número de modelos. De pronto, cerró la mano sobre un vestido. Era de seda natural, verde oscuro con un leve toque azul zafiro. Llevaba un corpiño ajustado y una falda de tubo sobre la que caían en volantes una falda más larga.

—Me gustaría probarme este —dijo Lise.

—La señora tiene muy buen gusto.

Eso seguramente significaba que había elegido el modelo más caro de la tienda. No tuvo problemas para ponérselo. Le sentaba como un guante. Lise lo sabía mientras se calzaba los zapatos de tacón alto que la tienda había puesto a su disposición. Con la cabeza alta, caminó hasta el salón.

—Eso es —dijo Judd, de pie frente a ella—. Perfecto.

En silencio, Lise miró su imagen reflejada en el espejo. Era casi una desconocida. Una mujer alta y pelirroja, cuyos hombros marfileños aparecían cubiertos por dos finos tirantes y cuyo escote apenas asomaba, tapado bajo un manto de seda. Estaba elegante, sexy y muy femenina.

Nunca se había sentido tan atractiva. Y nunca volvería a pasar.

Especialmente, en los próximos meses.
—Necesitas unos zapatos a juego —dijo Judd.
En menos de cinco minutos, Lise había elegido unas sandalias que tenían la virtud de hacerle los pies bonitos. También compraron medias y maquillaje. Judd encargó que llevaran todo a su casa. Una vez que Lise recuperó su aspecto normal, vestida de calle, Judd le ofreció el brazo.
—Vaison's nos espera —explicó.
Era el equivalente de Tiffanys en Nueva York.
—¿Para qué? —preguntó Lise alarmada.
—El toque final —sonrió Judd.
—Sea lo que sea que vayas a comprar, no voy a quedármelo —dijo Lise con los brazos en jarras.
—¿Cómo lo sabes si todavía no lo has visto? Y, además, no pienso ir a devolverlo al día siguiente, así que más vale que te guste.
—¿Sabes, Judd?, me vuelves loca.
—Lo mismo digo —replicó Judd.
—Bueno —dijo Lise mirándole a los ojos—, al menos ya tenemos algo en común.
—Oh, tenemos más que eso en común —aseguró Judd, radiografiando su cuerpo con la mirada—. Ya hemos llegado.
El trato dispensado hacia ellos en Vaison's resultó nuevamente revelador para Lise. Judd explicó cómo era el vestido e hizo alguna sugerencia.
—Un colgante iría bien. Algo sencillo. ¿Esmeraldas y zafiros? —apuntó.
—Creo que tenemos exactamente lo que busca, monsieur.
El dependiente regresó de la cámara blindada con un colgante compuesto por una esmeralda tallada flanqueada por dos zafiros, todo engarzado en oro y sujeto a una cadena dorada. Lise, que se había quedado muda, supo una vez más que aquel colgante era el complemento ideal para el vestido. Pero harían falta unos pendientes a juego con la esmeralda. En el momento en que el dependiente se retiró a la cámara, Lise habló en un susurro.
—¡Judd, no puedes hacerme esto! ¿Qué se supone que voy a hacer con estas joyas? ¿Ponérmelas para cepillar a un perro o para limpiar jaulas? No puedes comprármelo. Ya has gastado demasiado dinero.
—No puedes llevar ese vestido sin joyas —señaló inflexible—. Puedes venderlas después del baile. Te ayudará a pagar la matrícula del curso.
—¡No puedes regalármelas! No te dejaré.
—¿Es que no te gusta el colgante?
—Me encanta. Pero esa no es la cuestión —Lise bajó el tono al ver llegar al dependiente—. Olvídalo. Sabía que no lo entenderías.

Se quedó de pie, callada, mientras envolvían las joyas y Judd extendía un cheque. Después de dar la dirección para que se las llevaran a casa, salieron a la calle.

—Tienes una cita en la peluquería de Gautier's a las dos y media —señaló Judd—. También te harán la manicura.

—Ya he tenido bastante. Más que suficiente. Me voy a casa dando un paseo. Necesito estar sola. Pero llegaré a tiempo para comer con Emmy.

—Lise —dijo Judd a propósito—, sobre el colgante… Verte en casa con Emmy es suficiente regalo para mí. Veros jugar juntas en la nieve o reíros con el mismo chiste. No hay nada que se pueda comparar con eso. Las esmeraldas no valen nada al lado de la vida de mi hija.

Lise lo miró en silencio. Sentía ganas de llorar, quería gritar y patalear como una niña de tres años.

—Te veré esta tarde —musitó.

—Quiero decirte algo más. Siempre he tenido muy claro que nunca has estado interesada en mi dinero —Judd sonrió—. Eso me gusta. Mucho.

El viento despeinó su pelo negro. Lise creyó que el corazón se le derretía con esa sonrisa. Habló de forma mecánica, sin ejercer ningún control sobre su persona.

—La forma en que hicimos el amor no tiene nada que ver con el dinero.

—Puede que me comporte como un idiota cuando estoy contigo, pero yo también sentí que era especial.

—No tengo ni idea de porqué he dicho eso. Esta conversación no tiene ningún sentido.

—Puede que sea la conversación más sensata que hemos tenido — dijo Judd.

Lise emitió un sonido casi inaudible. Judd posó ambos manos sobre sus hombros.

—Me gustaría que conservaras el colgante, Lise. Son tres piedras, una esmeralda y dos zafiros. Piensa en Emmy y en nosotros dos.

«Pero tú y yo no somos una pareja». Lise suspiró, pero no dijo nada.

—¿Guardarás el colgante? Significaría mucho para mí.

—Supongo —dijo Lise, terriblemente confundida. Judd la besó con dulzura en cada mejilla.

—Bien. Será mejor que nos despidamos. De lo contrario, tú llegarás tarde a comer y yo perderé una llamada.

Judd dio media vuelta y caminó en dirección a la limusina. Lise emprendió la marcha en sentido contrario. Ahora que había conseguido una idea clara de Judd, él había dicho algo que la había desconcertado. La perspectiva era diferente. El resultado se concretaba

en un colgante carísimo que había terminado por aceptar al hombre cuyo hijo llevaba dentro. Lo estaba engañando y, al mismo tiempo, aceptando regalos con los que jamás se habría atrevido a soñar.

Joyas y gratitud. Eso era lo que Judd la ofrecía, pensó con dolorosa honestidad. Junto con una saludable dosis de lujuria.

No le ofrecía amor ni compromiso.

## Capítulo 12

Esa misma noche, a las ocho y media en punto, Lise estaba vestida y lista para ir al baile. Emmy y ella habían compartido algo de cenar en la habitación de Lise, y ahora la niña se había acostado en su cama, abrazada a su osito de peluche. Lise estaba terminando de maquillarse cuando escuchó la voz de Emmy desde la cama.

—Pareces una princesa de cuento —dijo con una sinceridad aplastante.

¿Lograría casarse con el príncipe? No, puesto que el príncipe no la quería. Solo la deseaba en la cama.

¿Quizás cambiaría de parecer al verla así vestida? Ese pensamiento la asaltaba desde lo más profundo de su ser. «No quiero a Judd», pensó aterrada. «No estoy enamorada de él».

¿O tal vez sí? ¿Rechazaría mil colgantes por estar entre sus brazos y oír cómo le decía que la quería?

Fijó su atención en la imagen del espejo. Llevaba el pelo recogido en un moño en lo alto de la cabeza y el cuello desnudo. El vestido se ajustaba a su cuerpo como un guante. El colgante brillaba en su escote. Los pendientes refulgían y lanzaban destellos. Estaba serena y muy elegante.

Pero el aplomo era fingido.

Sin embargo, el vestido era real. ¿Sería posible que Judd la mirara con otros ojos? ¿Qué su mirada fuera más allá de su apariencia externa?

Ese cuerpo que llevaba dentro a su hijo. Lise no quería criar a un hijo sin padre. Ella había amado profundamente a su padre y había añorado su presencia durante muchos años. ¿Todo se reducía a eso? ¿Quería a Judd tan solo para que su hijo tuviera a un padre?

Haciendo gala de su sinceridad, Lise comprendió que estaba evitando la verdad. Amaba a Judd, en cuerpo y alma. Amaba su pasión, su ternura, su risa y su virilidad. Tanto para ella como para el bebé. ¿Era eso amor?

—Parece que hubieras visto un fantasma —señaló Emmy con un escalofrío de placer.

Lise miró a la niña acostada en su cama.

—Estaba soñando despierta.

—Seguro que papá también cree que eres una princesa cuando te vea.

—Tu madre me eclipsará, Emmy.

—Pero tú eres más guapa —dijo Emmy inocentemente.

Lise reprimió una sonrisa.

—Gracias por ayudarme a ponerme el colgante —señaló.

Lise había tenido dificultades para colocárselo sola y había recurrido a Emmy.

—Es muy bonito. Papá tiene que quererte mucho para comprarte algo así.

—Está agradecido —dijo Lise—. Eso es todo. No debes ilusionarte demasiado.

Y eso era precisamente lo que Lise había estado haciendo. Lise decidió esperar al día siguiente para revelarle a Emmy que se iría muy pronto de la casa. Para decirle que se marchaba muy lejos y ya nunca volverían a estar juntas. Odiaba pensar en ello. Pero tenía que hacerlo, y de la forma más amable y menos traumática para la niña.

—Tengo que bajar —dijo Lise—, ya es la hora.

Emmy saltó de la cama y agarró a Lise de la mano.

—Yo también bajo.

El contacto de la mano cálida de Emmy entre sus dedos era la sensación más agridulce del mundo. Quería con locura a Emmy. De eso no cabía duda. Iba a resultarle terriblemente doloroso despedirse de ella. Alejando esos pensamientos, Lise sonrió a la pequeña.

—Gracias por toda tu ayuda.

Lise descendió por la escalera de caracol hasta el vestíbulo de la mano de Emmy. y contaba con todo el apoyo moral de la niña para reunir el coraje suficiente. Una araña de cristal iluminaba la entrada. Judd y Angeline estaban esperando al pie de la escalera. Judd estaba muy guapo vestido de chaqué con pechera blanca. En cuanto a Angeline, semejaba una auténtica princesa con su vestido de noche plateado. «Es ella quien se va a quedar con el príncipe», pensó Lise y sintió una punzada de dolor en el corazón.

—Estás impresionante —dijo Judd con naturalidad.

Lise acusó de tal forma esas palabras que estuvo a punto de perder las formas.

—Gracias… ¿Qué tal estás, Angeline?

Angeline la miraba como si no la conociera. Cuando se fijó en el colgante, se sintió como una colegiala a quién hubieran arrebatado el primer premio en el concurso de belleza.

—Supongo que Judd eligió el vestido —dijo con toda la mala intención de la que era capaz—. Siempre ha tenido buen gusto.

—De hecho, fui yo quien escogió el modelo —replicó Lise.

—Vamos a recoger a mi madre de camino. Ella también viene. Veo que estaba equivocada cuando decía que nunca serías tan guapa como yo.

Era imposible enfadarse con Angeline, pensó Lise con tristeza. Pero la idea de tener a Judd y Marthe en el mismo coche la hizo estremecer.

—Eres muy amable —dijo Lise agradecida.

Angeline dirigió la atención a su hija.

—Dame un abrazo de buenas noches, *petite*. Pero no me arrugues el

vestido.

Emmy acató la orden y luego miró a su padre.

—Estás genial, papá.

Judd la tomó en sus brazos y la levantó por encima de su cabeza.

—Gracias, cariño. Maryann cuidará de ti. Se quedará en el ala de invitados toda la noche.

—Me ha dicho que podía quedarme a ver la televisión hasta las nueve y media.

—Pero no te comas todas las palomitas.

«Ojalá pudiera quedarme en casa y ver la televisión» pensó Lise. Quince minutos más tarde, cuando Marthe, vestida de azul claro en satén, subió a la limusina, su deseo se hizo más intenso. Marthe se mostró educadamente distante con Judd y excesivamente solícita con su hija. En cuanto a Lise, después de echar un rápido vistazo a su vestido y a las joyas, decidió ignorarla por completo.

El señor y la señora Gagnon eran una pareja entrada en años, amigable y divertida. Su único hijo, Roland, que había volado desde Nueva York, era rubio y presumido. Besó a Angeline, a quien sin duda conocía, en la mejilla. Saludó a Judd con un simple gesto que desconcertó a Lise y le dio un apretón de manos con entusiasmo.

—Encantado de conocerla —dijo con su mejor sonrisa.

Justo antes de que diera comienzo el concierto en la antesala que daba paso al salón del baile, Roland se deslizó entre la gente y ocupó un asiento junto a ella.

—Nunca creí que terminaría de dar la mano —suspiró—. Cuando acabe el concierto, empezará el baile. Música de verdad.

—¿No le gusta la música clásica?

—Está bien si tienes más de sesenta y cinco años. El salón de baile estará a rebosar cuando suene el vals. Pero la diversión estará en la habitación del fondo, con la música disco. Me gustaría bailar contigo, Lise.

—Gracias —respondió amablemente—. ¿Cómo es que conoces a Angeline?

—Oh, la conocía un par de años antes de que se fuera a vivir a Francia —recordó con vaguedad—. ¿Y qué hay entre Judd y tú?

—Es mi jefe —señaló.

Al ver la expresión de Roland, Lise se apresuró a terminar la explicación.

—Cuido de su hija.

—De acuerdo, está bien… Ups, hay llega el pianista. Será mejor que me calle. Mamá no soporta que hable cuando suena su música favorita.

Tal vez Roland no fuera muy listo, pero al menos la entretenía y evitaba que Lise pensara en cómo Angeline había procurado mantener

ocupado a Judd toda la noche. Lise hojeó el programa, estampado en oro, dispuesta a disfrutar al máximo del concierto. El pianista era extraordinario y la música la relajó. Pero al término de la actuación Judd la localizó e insistió en que los acompañara al salón de baile, donde una orquesta afinaba sus instrumentos y un ejército de camareros, de riguroso blanco, se paseaba entre los invitados con bandejas con copas de champán y canapés. Roland había desaparecido, pero había prometido acudir al rescate en media hora. Marthe, con oscuras intenciones, enredó a Lise con su interminable cháchara.

Angeline condujo a Judd al primer piso. Lise pensó que formaban una pareja formidable y la idea resultaba difícil de sobrellevar. Pese a su aspecto, al vestido y a las joyas, Judd no había pasado de ser estrictamente amable con ella.

—Angeline esta preciosa esta noche, Marthe —dijo Lise.

—Ha dejado al conde —replicó Marthe, y añadió—. Ha venido para quedarse. Ella y Judd van a volver a casarse, por el bien de Emmy.

Lise derramó un poco de champán sobre la falda de su vestido. Bajó los ojos para ocultar su expresión. ¿Por qué no había sospechado algo raro al ver aparecer a Angeline tan súbitamente? ¿Y que el motivo tendría que ver con Emmy?

Angeline, Judd y Emmy serían una familia, otra vez.

Le temblaban las manos. Lise procuró limpiarse la mancha del vestido.

—Mira lo que he hecho —señaló Lise con voz artificial—, estoy tonta. Por favor, discúlpame. Voy al servicio a ver si lo arreglo.

El baño estaba decorado con jarrones llenos de rosas rojas y espejos con marco dorado. A lo mejor podía quedarse allí el resto de la velada, pensó muerta de miedo. Al menos, Judd no entraría a buscarla ahí dentro.

Además, no la perseguiría. Iba a casarse en segundas nupcias con Angeline, la madre de su hija. Gracias a Dios que había sabido guardar en secreto su embarazo. Pero, ¿cómo sería dar a luz al hijo de Judd con la certeza de haberlo perdido para siempre?

Entraron más mujeres, riendo y charlando. Finalmente, Lise se pintó los labios y regresó al gran salón iluminado como una discoteca y con el sonido del bajo retumbando en todo su cuerpo. Roland fue a su encuentro.

—Te he buscado por todas partes —dijo—. Hasta me he adentro en el salón principal. Vamos a bailar.

Cualquier cosa era mejor que la sorda desesperación a la que estaba sometida. Lise empezó a bailar, pero sentía las piernas agarrotadas. Había demasiado ruido para hablar.

Durante el descanso de la orquesta, Roland la condujo a la zona del bufé, una enorme mesa que, en otras circunstancias, habría maravillado a Lise. Estaba picando unas gambas con gabardina cuando advirtió, al otro lado de la sala, la presencia de Judd. Lise se escondió detrás de una pareja, pero era demasiado tarde. Judd ya la había visto. Podía salir corriendo y encerrarse en el baño. Pero una especie de tozudez orgullosa la impidió moverse del sitio. Judd llegó a su altura. Lise advirtió que estaba colérico.

—¿Dónde demonios has estado? —espetó.

—Bailando, con Roland.

—Ya va siendo hora de que bailes conmigo.

—Yo no lo creo, Judd. Puede que me hayas vestido, pero no te pertenezco.

—He bailado dos veces con Angeline. He bailado con su madre, que es toda una experiencia. He bailado con la madre de Roland y con dos de sus hermanas. Y ahora quiero bailar contigo.

—¡Y yo no quiero bailar contigo!

Judd la agarró del brazo, hundiendo sus dedos en la piel desnuda.

—Discutiremos esto en otra ocasión —le dijo agarrándola del brazo.

—Puedo caminar sola —dijo Lise.

Judd no pudo evitar sentir admiración por ella.

—Desde luego, tienes carácter.

Judd se llevó la mano de Lise a la boca y la besó en cada dedo con sensualidad

Lise se quedó inmóvil en el sitio, al tiempo que la rabia y el deseo corrían por sus venas. Lise retiró la mano.

—Volveré enseguida, Roland.

Cruzaron el salón, pero antes de llegar al otro lado, el batería golpeó tres veces las baquetas y empezó la música. Lise se giró y encaró a Judd.

—¿No querías bailar? Pues bailemos.

El ritmo de la música competía con los latidos de su corazón. Lise dejó que su cuerpo se moviera con soltura y sensualidad. Dio rienda suelta al torbellino de emociones que la embargaba y bailó como nunca antes lo había hecho. Giró sobre sí misma hasta la extenuación. Durante el tiempo que duró la canción, Judd no la quitó los ojos de encima, como si Lise estuviera pavoneándose frente a él. La canción terminó con un punteo de guitarra. Judd la rodeó con sus brazos y la besó en la boca con plenitud.

Lise se fundió en su abrazo, lo besó y escuchó, muy lejano, un coro de silbidos.

—Tenemos público —dijo con voz cansina.

Parecía tener toda la situación bajo control. Sin embargo. Lise

estaba tan indefensa como una muñeca de trapo.

—¿Eres feliz? Ya has conseguido tu baile —dijo con la voz rota—. Ahora puedes volver junto a Angeline.

—¿Y si no quiero?

—Creo que quieres… sé que quieres. Mira, deja que te explique algo muy despacio.

Lise tomó aire para expulsar lo que llevaba dentro.

—Yo no soy una opción válida, Judd. Nunca lo he sido y nunca lo seré.

—¿Seguro que estás diciendo la verdad, Lise? —respondió Judd con frialdad—. Piénsalo bien antes de darme una respuesta.

Judd la había concedido una oportunidad inmejorable. No tenía elección, porque estaba esperando un hijo suyo.

—Sí, es la verdad —concluyó con firmeza—. Mañana se lo diré a Emmy y me marcharé lo antes posible.

—De acuerdo —aceptó Judd, y tomó el camino de la salida.

Lise lo siguió con la mirada. Era como si se hubiera convertido en piedra allí mismo, en el centro de la pista de baile. Judd ya no volvería. Iría directamente al encuentro de Angeline. Y ella lo recibiría con los brazos abiertos.

Lo había hecho. «Y menudo sitio para asimilar que tienes el corazón roto», pensó apenada.

Empezó a sonar otra canción. Corrió hacia el servicio de señoras, esta vez para buscar el bolso. Comprobó que tenía suficiente dinero para regresar a casa de Judd en taxi.

Eso haría. Por la mañana le diría a Emmy que tenía que marcharse. Una despedida corta y un nuevo comienzo.

Podía hacerlo. Al fin y al cabo, era famosa por su valentía y arrojo.

Pero prefería enfrentarse a un almacén en llamas lleno de explosivos antes que a Emmy o Judd. Y esa sí era la verdad. Habían pasado quince minutos. Lise se sentía diez años más vieja. En poco más de doce horas estaría de vuelta en su apartamento. En poco más de una semana, con un poco de suerte, estaría camino de otra ciudad.

Eso era lo que tenía que hacer.

Pálida como un fantasma, regresó al bullicio de la fiesta. Los anfitriones deberían estar encantados. La fiesta era un éxito. Solo tenía que encontrar un teléfono para pedir un taxi.

—¡Hey! ¿Me buscas a mí? —dijo Roland.

—Roland, ¿podrías pedirme un taxi? —dijo Lise con urgencia—. Me duele la cabeza, pero no quiero que Judd sepa que me marcho.

—Oh, no creo que eso sea un problema —respondió Roland—. Angeline y él acaban de marcharse en taxi. Creo que iban al hotel de Angeline.

Por un momento, la habitación empezó a moverse. «No puedo

desmayarme ahora», pensó Lise, haciendo un esfuerzo.

—¿Podrías llamar a un taxi? ¿Por favor?

—Claro, la verdad es que no tienes muy buen aspecto. ¿Te importa si yo me quedo?

Roland estaría acompañado de otra belleza en menos de media hora, mientras que Lise solo deseaba estar a solas.

—Claro que no —sonrió Lise.

Lise apeló a su buena educación y fue a despedirse de sus anfitriones. Y permitió que Roland la acompañara hasta la puerta del taxi con un paraguas. Estaba lloviendo, y el viento racheado soplaba sobre la entrada. Entró con dificultad en el taxi y Roland cerró la puerta. Lise indicó la dirección de Judd y se hundió en el asiento. Demasiado alterada para pensar, trató de poner la mente en blanco para no imaginarse lo que Judd estaría haciendo en esos momentos… con Angeline. Ya tendría tiempo en el futuro. ¿Cómo podía culpar a Judd? Había dejado muy claro que no estaba interesada en él. Ella no era la causa de que Judd hubiera corrido a refugiarse en los brazos de Angeline y le hubiera pedido que se casaran de nuevo.

Minutos más tarde, subía las escaleras hacia su habitación, levantándose la falda para no tropezar. Maryann ya estaba acostada. Emmy dormía plácidamente rodeada por tres libros y su peluche. Lise se quedó un momento en la puerta y notó cómo el corazón se le partía de nuevo. ¿Cómo era posible que se hubiera encariñado tanto con Emmy en tan poco tiempo?

Era la última noche que pasaría ahí, de pie, atenta a la respiración de la pequeña a la que había rescatado del incendio y que, en compensación, le había cambiado la vida.

Lise se apresuró a regresar a su habitación. La ropa de calle que había llevado esa mañana todavía seguía tirada en la cama. Unos vaqueros y una camiseta. Era el tipo de ropa que vestiría en adelante. Instintivamente, arrojó lejos las sandalias y se intentó bajar la cremallera del vestido, ansiosa por desprenderse de él y de todo lo que implicaba. Poco después, vestida con la ropa de calle, se estaba quitando las horquillas del pelo. Se cepilló con fuerza hasta que su larga melena recuperó la forma. Dejó los pendientes sobre el escritorio. Pero fue incapaz de quitarse el colgante.

Temerosa de cualquier pensamiento, se puso el chubasquero y las botas de agua. Necesitaba dar un paseo. No podía acostarse sin más y enfrentarse a sus propios fantasmas. Siempre le habían encantado las tormentas. Y un poco de lluvia no le haría ningún daño. Por último, buscó la linterna que guardaba en la mesilla de noche.

El viento soplaba con tanta fuerza que Lise tuvo que hacer un esfuerzo para caminar. La lluvia la golpeaba en la cara, pero no le importaba. Ahora estaba sola y podía llorar con libertad y dejar que

las lágrimas se confundieran con las gotas de lluvia y rodaran por sus mejillas. Pero estaba demasiado desolada para eso. En lo más profundo de su ser, se sentía traicionada.

Judd se había acostado con ella y ahora estaba en la cama con Angeline. ¿Cómo podía hacer algo así?

La cabeza baja, los ojos semicerrados, Lise se abrió paso con dificultad. No tenía la menor idea de hacia donde caminaba. ¿Daría la vuelta y regresaría a la habitación? ¿Caminar a través de las calles desiertas hasta caer rendida? «Ya tomaré una decisión cuando llegue a la carretera» pensó, agradecida al notar la tensión en sus piernas.

El haz de la linterna proyectaba un cerco de luz sobre el asfalto mojado. Lise la apagó y dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. No le resultaba difícil seguir el borde del camino. Las ramas de los árboles se agitaban y el viento arrastraba las hojas. Si cerraba los ojos, Lise podía imaginar que estaba al borde del mar, escuchando el sonido de las olas rompiendo contra el acantilado.

De pronto, una luz brillante iluminó sus párpados cerrados. Lise abrió los ojos de par en par. Un coche avanzaba en su dirección, y las luces lanzaban destellos a través de los árboles. Entonces el conductor la vio y los frenos chirriaron. El coche se detuvo a pocos metros de ella. Era la limusina. Lise se quedó paralizada, con el corazón en la boca. La puerta del conductor se abrió y Judd bajó del coche.

Judd, la última persona a la que deseaba ver en esos momentos.

## Capítulo 13

Lise miró en todas direcciones, como un animal acorralado, y corrió hacia los árboles. Pero tenía los dedos congelados y no conseguía encender la linterna. Tan pronto como salió de la zona iluminada por los faros del coche, se sumergió en la oscuridad del bosque. Su bota se enganchó con una raíz. A punto de tropezar, logró salvar el equilibrio abrazándose a un tronco. «El bebé». Tenía que pensar en el bebé. No podía arriesgarse a perderlo, y correr por el campo en mitad de la noche no era lo adecuado.

Entre sollozos, Lise se detuvo y esperó a que Judd la diera alcance. La luz de la linterna de Judd oscilaba entre la maleza y el suelo alfombrado de ramas menudas se quebraba a su paso. Judd se paró a unos pasos de ella y enfocó la luz directamente a la cara de Lise.

—¡Eres una inconsciente! Podría haberte matado. ¿Qué diantres estabas haciendo en medio de la noche sin una linterna?

—Tengo linterna —replicó Lise con calma—. Eres la última persona a la que esperaba ver. ¿Dónde está Angeline? ¿Esperando en el coche para acostarse contigo?

Judd dejó caer la linterna a sus pies y sacudió a Lise por los hombros.

—¿Qué demonios tiene que ver Angeline en todo esto? He estado a punto de atropellarte.

A pesar de la luz tenue, Lise advirtió que Judd estaba pálido. Y de alguna manera, esa fue la chispa que encendió su rabia.

—Si esperas una disculpa, es mejor que te sientes —dijo furiosa—. Y no te hagas el tonto, Judd. Sabes que Angeline tiene mucho que ver en todo esto. Pero, ¿sabes lo peor? Pese a todo, he tenido que volver a esta casa. Y no puedo irme esta noche porque mañana tengo que decirle a Emmy que me voy. Y no podría soportar la cobardía que supondría huir sin decírselo. ¡Ni siquiera puedo arriesgarme a correr por el bosque! Estoy atrapada. No quería volver a verte. Nunca más, ¿lo entiendes?

Parecía que Lise se hubiera quedado sin palabras. Clavaba las uñas en la corteza del árbol con la misma fuerza con que Judd la sujetaba entre sus manos.

—¿Por qué no puedes arriesgarte a correr por el bosque? Si te diera miedo la oscuridad o la tormenta, no habrías salido.

Lise estaba cansada de tanta decepción. Ya no tenía nada que perder.

—Estoy embarazada —dijo en tono cansino.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Estoy embarazada. Y tú eres el padre.

Una baya mojada cayó sobre su hombro, pero Judd no lo sintió. Después de un silencio que pareció eterno, Judd habló con una voz

que Lise nunca antes había escuchado.

—¿No estabas tomando la pastilla en Dominica?

—¿Por qué razón iba a hacerlo? No había ningún hombre en mi vida. Dave solo era un amigo.

—Así que la otra noche, cuando estuvimos a punto de hacerlo, ya estabas embarazada. Por eso no necesitaba protección.

—Exacto —dijo Lise, y se sintió muy aliviada por haber confesado la verdad—. Quise decírtelo entonces, pero tuve miedo.

—Y por eso te desmayaste el otro día.

—Sí —afirmó Lise para proseguir—, pero no tienes que preocuparte. No voy a pedirte nada. Tampoco quiero tu dinero. Voy a dejar el apartamento y mudarme a la costa este. La semana próxima, a ser posible. Emmy no lo sabrá nunca, y tanto Angeline como tú podéis olvidarme.

No podía ocultar toda la amargura que sentía. Judd se agachó y recogió la linterna del suelo, enfocando nuevamente a la cara de Lise. Ella apartó la vista en un gesto lleno de hostilidad que enmascaraba cualquier otro sentimiento. Estaba feliz por no haber llorado. Judd no merecía sus lágrimas.

Una ráfaga súbita atravesó el bosque y la lluvia la empapó la cara. Lise se agachó por instinto. Judd la cobijó con el cuerpo y guardó la linterna en el bolsillo. Llevaba una gabardina encima del chaqué. Lise aspiró el aroma de su colonia.

Era la gota que colmó el vaso. Atrapada en un caos emocional, entre el deseo, la rabia y el dolor, Lise lo golpeó en el pecho con los puños.

—¡Suéltame! ¿Cómo te atreves a tocarme? Te odio, Judd Harwood, te odio.

Un escalofrío recorrió su espalda. Judd la empujó. Sus ojos eran dos tizones negros como el carbón.

—Volvamos a casa y arreglemos esto de una vez por todas. Ahora, Lise.

—No voy a subir al coche con Angeline.

—¡Por el amor de Dios! —explotó—. Angeline está en su hotel. ¿Vas a venir por tu propio pie o voy a tener que llevarte en brazos?

—Todavía puedo andar —replicó—. Estoy embarazada, pero no soy una inútil.

Tenía el corazón roto, pero el resto del cuerpo todavía le funcionaba. Le dolía pensar lo mucho que había soñado con el momento de decirle la verdad a Judd y cómo él reaccionaba prometiéndola amor eterno. Igual que en los cuentos de hadas.

Judd señaló el camino con la linterna y salieron del bosque. Abrió la puerta del copiloto, y debió advertir cómo Lise se aseguraba que no había nadie en la limusina antes de entrar.

—Sigues sin creer una sola palabra de lo que digo, ¿verdad?

—¿Acaso debería?

Cerró de un portazo, subió junto a ella y pisó a fondo el acelerador. El limpiaparabrisas funcionaba a toda velocidad. La casa aparecía oscura y lúgubre. Lise se acurrucó en su asiento. Tenía frío y estaba agotada. Aun así, había algo que todavía le rondaba la cabeza. Angeline había regresado a su hotel.

¿Era cierto? ¿Y qué podía significar?

Judd detuvo el coche junto a la entrada. Lise salió antes de que Judd le abriera la puerta y subió las escaleras. Judd abrió con su llave. El calor del interior le dio en sus mejillas como una caricia y Lise empezó a temblar.

—Estás empapada —dijo Judd con voz áspera—. Sube y te prepararé un baño caliente.

—¿Por qué abandonaste la fiesta con Angeline? —preguntó Lise.

—No vamos a discutir esto mientras sigas mojando toda la casa.

—¿Vas a casarte con ella otra vez?

Judd, a punto de perder la paciencia, la empujó escaleras arriba.

—¿A santo de qué iba a hacer algo así?

—Por el bien de Emmy, desde luego.

—No voy a casarme con Angeline, ni ahora ni nunca. Una vez es suficiente, gracias —dijo mientras la arrastraba por el codo—. No me casaría con ella ni por el bien de Emmy ni por el mío. Emmy te quiere a ti, Lise. Su madre es una perfecta desconocida. ¿Dónde guardas ese camisón que tienes desde los diecisiete años? Este es el momento de ponérselo.

No iba a casarse con Angeline.

—¿Es eso cierto, Judd? —murmuró Lise.

Judd se paró en seco en lo alto de la escalera. Lise sintió todo el peso de la certeza en las palabras de Judd.

—Puede que alguna vez te haya ocultado algo sin querer, pero nunca te he mentido adrede. Sí, es la verdad. No estoy enamorado de Angeline y no tengo la menor intención de casarme con ella.

Lise asintió con la cabeza y empezó a temblar de nuevo. De pronto, Judd la levantó en volandas entre sus brazos.

—Tenía todo bajo control hasta que apareciste —dijo con la boca seca—. Había elegido mi camino, libre de mujeres, y era feliz así. Hasta que conocí a una chica bombero pelirroja y de mucho carácter. Y eso me hizo perder los papeles. ¿Puedes explicármelo?

Ella no podía. Estaba demasiado ocupada luchando por no hundir el rostro entre los pliegues de su gabardina y sollozar. Pero no podía hacer eso. Aún no.

Judd la dejó junto a la cama y fue al cuarto de baño a llenar el jacuzzi. Al regresar, la encontró exactamente en la misma posición en

que la había dejado.

—He encendido la calefacción en el baño —dijo con tranquilidad —. ¿Dónde tienes el camisón?

—En el segundo cajón de la cómoda.

Judd lo encontró y lo tiró sobre la cama. Se acercó a Lise y le bajó la cremallera de la cazadora. Ese gesto despertó en ella un montón de recuerdos. Lise se estremeció.

—Me odias, ¿verdad? Ni siquiera soportas tenerme cerca.

¿Cómo podía responder a algo así? Lise bajó la cabeza.

—Ya no sé lo que siento.

—Es mejor que tomes ese baño —dijo Judd—. Cuando hayas entrado en calor te resultará más fácil dormir.

Hablaba sin emoción. Actuando como un autómata, Lise se bajó del todo la cremallera, le entregó la cazadora empapada y se fue al baño, sin olvidar el camisón. Cerró la puerta tras de sí, terminó de desnudarse y se metió en la bañera.

El agua caliente la relajó. Abrió los chorros a presión, se sumergió y flotó indolente sobre el agua. Poco a poco fue entrando en calor. Y eso trajo de nuevo a flor de piel las emociones y la necesidad de conocer la verdad.

Tenía que saber qué había ocurrido esa noche. Judd no amaba a Angeline y no quería casarse con ella. Pero no tenía porqué significar que estuviera enamorado de ella, de Lise. Aun así, su aparición había provocado un verdadero cisma en la vida de Judd.

¿Valía la pena luchar por él?

¿No era esa la pregunta? No se trataba de Angeline. Ni siquiera del niño que llevaba dentro. Se trataba de ella, de Lise. Y de Judd, también. Porque ella amaba a Judd con todo su corazón. Desde siempre.

Sin salir de su asombro, Lise se fijó en las burbujas del agua caliente y descubrió que estaba sonriendo de pura alegría. ¿Por qué le había costado tanto admitir un hecho tan innegable? ¿Había sido su amor oculto el que la había impedido decirle que estaba embarazada? ¿Para no engañarlo más acerca de algo que era de vital importancia para ambos?

Lise se estiró y cerró los grifos. Salió de la bañera, tomó una toalla y se envolvió el cuerpo con ella. Aún llevaba el colgante que Judd la había regalado. Una esmeralda y dos zafiros. Los colores de la vida. Sin dejar de sonreír, abrió la puerta.

La habitación estaba vacía.

Por un momento, se quedó paralizada por el miedo. ¿Había sido una completa idiota al creer que Judd querría algo más de ella? ¿Que, con el tiempo, la querría por ella misma y no por ser la madre de su hijo?

Solo había una forma de averiguar la verdad.

Descalza, cruzó el pasillo de puntillas. La puerta de la habitación de Judd estaba cerrada. Lise se mordió el labio, giró el picaporte y entró sin hacer el menor ruido.

Judd estaba sentado en el borde de la cama, de espaldas a ella, la cabeza entre las manos. Llevaba puestos los pantalones únicamente. La curva de su espina dorsal era la señal de la derrota, desprovista de arrogancia u orgullo.

Lise no podía soportar verlo así.

Lise cerró la puerta con cuidado. Judd levantó la cabeza al oír el cerrojo. Miró por encima del hombro y se puso de pie al verla.

—¡Lise! —dijo con voz ronca—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenía que venir —dijo Lise tragando saliva—. Tengo que saber qué ha ocurrido esta noche con Angeline. Tienes que decirme lo que opinas del hijo que espero.

Judd apretaba la mandíbula y tenía profundas ojeras. Lise notó que estaba aguantando la respiración. El pulso retumbaba en su pecho. Toda su vida dependía de los próximos minutos. Esperó a que Judd hablara, rezando por que no la echara de su habitación.

—Todavía estas mojada —dijo avanzando hacia ella.

—Supongo que sí —respondió Lise sin convicción.

—Y todavía llevas puesto el colgante.

—No consigo quitármelo. El cierre es demasiado pequeño y…

—Angeline vino corriendo a mi encuentro en cuanto me separé de ti en la pista de baile. Había una emergencia. Emmy se había caído por las escaleras y estaba llorando.

No podía fallar otra vez después del incendio. Angeline había avisado a un taxi. Así que vinimos a toda prisa hacia aquí mientras ella me contaba los detalles. Hasta que no miré por la ventana, no me di cuenta que íbamos en sentido contrario. Supongo que puedes imaginarte el resto. No había ninguna emergencia. Angeline había planeado llevarme a su hotel y seducirme. Era el primer paso de su diabólico plan.

—Eso fue lo que me dijo Roland —apuntó Lise—, que ibais a su hotel.

—¿Y por eso empezaste a correr por el bosque?

—¿Tú no lo habrías hecho?

—Roland fue su amante mientras todavía estábamos casados. Sin duda, por los viejos tiempos, le pidió que te dijera eso —señaló Judd, cada vez más furioso—. Lo siento, Lise. ¿Cómo podías saber la verdad?

Lise recordó el trato frío y distante que Roland había dispensado a Judd en la recepción.

—Ahora todo parece encajar.

—Deja que te explique toda la historia. Angeline engañó al conde. Y a Henri eso no le gustó y decidió no perdonar a su mujer por acostarse con uno de sus mejores amigos. Angeline está demasiado acostumbrada a vivir rodeada de lujo, así que regresó con la idea de casarse conmigo por el bien de Emmy —Judd se mesó los cabellos—. La dejé en el hotel y regresé a buscarte, pero ya te habías ido. Así que subí a la limusina y regresé a casa. Fin de la historia.

—Marthe me dijo que Angeline ya se había mudado y que planeaba casarse contigo otra vez.

—Pobre Lise. Todo el mundo te ha estado engañando.

—Entonces, ¿no deseas a Angeline?

—Claro que no. Te deseo a ti, Lise.

—¿Igual que me deseabas en Dominica? —preguntó.

Judd la tomó el pulso con los dedos en el cuello.

—Nunca he dejado de desearte de ese modo —dijo con voz ronca.

«Pero eso no es suficiente».

—Entonces sigues decidido a no comprometerte. Y no piensas casarte —dijo Lise con calma.

—Estás embarazada. Claro que voy a casarme contigo.

—No, Judd. No voy a casarme solo porque estoy embarazada. El bebe y yo merecemos algo mejor.

—El niño necesita un padre.

—Cualquier niño necesita un padre. Pero si los padres no se quieren, el matrimonio está abocado al fracaso desde el principio. No puedo hacer eso, Judd. No puedo.

—¿No me quieres? —dijo Judd con una voz apenas audible—. ¿Es eso lo que estás diciendo?

Lise alzó la barbilla.

—Eres tú quien no me quiere. Así que, ¿por qué te importa lo que yo sienta?

—Ya te he dicho antes que si te he mentido fue por omisión —dijo con repentina violencia—. No quería demostrar en Dominica lo que aquella noche había significado para mí. Lo mucho que me había trastornado hacerte el amor. Tienes razón, no deseaba compromisos. ¿Por qué debía admitir que tu belleza y tu generosidad me habían obligado a replantearme mi estilo de vida de los últimos cuatro años? ¿Qué deseaba tenerte a mi lado a todas horas? Por la noche al acostarme y por la mañana al despertarme. No quería decírtelo, Lise, porque tenía miedo.

—Si nos casamos solo por el niño —dijo Lise deliberadamente—, ¿cuánto tiempo tardarás en echármelo en cara? Ya veo el titular: «Una mujer bombero caza a un millonario por quedarse embarazada». Eso no es lo que quiero.

—También es hijo mío. Ambos somos responsables. Judd hablaba

con mucha sangre fría, sin perder los nervios.

—Me iré en cuanto pueda —dijo Lise enrabietada—. Te prometo que no…

—Espera un momento, Lise. Me estoy equivocando.

Judd tomó su mano entre las suyas y paseó la mirada por la curva de sus hombros hasta fijarse en el colgante, que brillaba en el valle formado por sus pechos.

—¿Por qué has venido a mi habitación semidesnuda y tan guapa que apenas puedo pensar? —preguntó sin soltar su mano—. Cuando has entrado, estaba sentado en la cama convencido de que te había perdido para siempre. Creía que la mujer con la que deseaba pasar el resto de mis días me odiaba a muerte.

—Pero…

—Sí, estaba asustado en Dominica. De repente lo pusiste todo del revés. Siempre lo he tenido todo bajo control. ¿No lo entiendes? Intento decirte que te quiero. Te amaba en Dominica, seguramente me enamoré cuando te vi en el hospital. Te amo y quiero casarme contigo, pero…

—¿No te casarías solo por el niño? —balbuceó Lise.

—Quiero casarme porque te quiero, Lise. ¿Pero cómo puedo pedirte algo así cuando me has dicho en el bosque que me odias?

—Me quieres —repetía Lise.

—Solo te pido que te quedes —dijo Judd con voz contenida—. Quédate con Emmy y conmigo. No podría soportar la idea de verte marchar y estar separados por medio continente.

—No me iré. ¿Por qué habría de hacerlo? —dijo Lise y una sonrisa radiante iluminó su cara—. ¿Sabes? Yo también te quiero.

—¿Te importaría repetir eso? —dijo Judd con las manos alrededor de su cintura.

—Te quiero, Judd Harwood —rió Lise con ganas—. Te quiero, te quiero, te quiero. ¿Es suficiente?

—No creo que me canse nunca de oírlo —admitió aturdido—. ¿Estás segura, Lise?

—Tan segura como que estoy aquí envuelta en una toalla. Judd, querido Judd, te quiero con todo mi corazón.

Judd la atrajo hacia sí. Entonces la besó con la urgencia de quien cree que el mundo se acaba. «Igual que si tuviera el paraíso entre sus manos», pensó Lise exultante. Lise lo rodeó con los brazos, sintiendo el calor de su piel, entregada por completo.

—La toalla se está cayendo —murmuró Judd.

—Normal —dijo ella extasiada.

—¿Qué piensas hacer al respecto? —preguntó Judd con la alegría en la mirada.

—Dejaré que la naturaleza siga su curso.

—Lise —y Judd pronunció su nombre con premura—, ¿te casarás conmigo?

—Sí, Judd. Claro que sí. Eso me haría más feliz de lo que nunca hubiera imaginado.

—Gracias a Dios —dijo Judd—. Es más de lo que merezco. Estaba tan cerrado a cualquier otra posibilidad fuera de Emmy que era incapaz de mirar delante de mis narices. Y ahí estabas tú. Tan cabezota, tan temperamental y tan apasionada.

—Ni la mitad de testaruda que tú —dijo con una sonrisa entre dientes.

—No me interrumpas —dijo, y la besó en la punta de la nariz—. No solo te he gritado, sino que era incapaz de admitir que estaba enamorado de ti. Lo siento, cielo. De verdad que lo siento.

—Te perdono —dijo Lise, mientras Judd la besaba en el cuello.

—¿He dicho que además eres increíblemente generosa? Ahora la besaba en la curva de sus pechos. La toalla había resbalado hasta la cintura, y todo su cuerpo ardía en deseo.

—No recuerdo que mencionaras eso —susurró, mientras lo besaba en la cabeza—. Soy tan feliz que casi me asusta pensar que sea un sueño. ¿No iré a despertar?

Judd la abrazó con fuerza.

—El único sitio en el que vas a despertar será entre mis brazos, en mi cama. Lise, te juro que siempre estaré a tu lado. Te amaré con toda la fuerza de mi ser y con toda mi alma.

—Eso es lo más bonito que me han dicho nunca, Judd —dijo Lise emocionada—. Te quiero.

—Vamos a la cama. Ahora. A veces, las palabras no bastan para expresar lo que sentimos —dijo, y acompañó sus palabras de una sonrisa—. Además, quiero verte vestida únicamente con esmeraldas y zafiros.

—¿Crees que me sentará bien?

—Estoy seguro —dijo, y se dispuso a demostrárselo.

Claro que Lise estaba casi convencida.

# Epilogo

A la mañana siguiente, la alarma del despertador sobresaltó a Lise. Al estirarse para apagarla, se dio cuenta que estaba totalmente desnuda y de que estaba en la cama de Judd.

—Buenos días —dijo Judd entre bostezos—. ¿Qué tal has dormido?

—Apenas, gracias a ti —respondió Lise abochornada.

—Me gusta ser complaciente.

—Oh —aseguró ella—, eres muy complaciente. Mucho.

—Será mejor que me levante, no vaya a venir Emmy a buscarme. Menos mal que pusimos el despertador. ¿Todavía me quieres? —preguntó deslizando su mano bajo las sábanas.

—Más que nunca, si fuera posible.

—Quizás el amor crezca indefinidamente —aventuró con sus ojos grises muy serios.

—Podríamos quedarnos juntos para averiguarlo.

—Es una idea estupenda —dijo, mientras le acariciaba el vientre con los dedos—. No hay nada que me apetezca más que pasarme la mañana en la cama contigo. Pero el deber, en forma de hija mayor, me llama. Será nuestra hija, Lise. Porque Angeline regresa a Europa. ¿Qué tal te sienta ser la madrastra de Emmy?

—La adoro —respondió Lise.

—Le diremos en el desayuno que has decidido quedarte con nosotros. Para siempre.

Sentía tanta felicidad que aún pasó media hora hasta que Lise ocupó su sitio en la mesa. Judd y Emmy la estaban esperando.

—¿Lo pasasteis bien anoche? —preguntó Emmy.

Por un momento, Lise solo pudo pensar en las horas que había pasado haciendo el amor con Judd. Después recordó la fiesta y el vestido de seda verde.

—Sí, fue magnífico —farfulló—. ¿Y tú? ¿Estaban ricas las palomitas?

—Fabulosas —dijo Emmy, que parecía algo preocupada—. Mi amiga Charlene me ha llamado esta mañana. Se le olvidó decirme ayer que el concierto del colegio será dentro de tres semanas. ¿Estarás todavía aquí, Lise? ¿Vendrás a verme tocar?

—Sí, estaré aquí. Y me encantaría ir al concierto —dijo con una sonrisa.

Lise miró de reojo a Judd, incomprensiblemente acobardada.

—De hecho, tenemos algo que decirte, Emmy.

Judd se sentó junto a Lise y tomó su mano.

—¿Qué te parecería si Lise y papá se casan, cielo? Así Lise se quedaría con nosotros para siempre.

Emmy paseó sus grandes ojos azules de uno a otro.

—¿Casaros? ¿De verdad?

—Totalmente —dijo Judd.

—Eso sería genial. Ya verás cuando se lo cuente a Charlene.

—Me alegra tanto saber que te hace feliz —dijo Lise con lágrimas en los ojos.

Emmy empujó la silla y corrió alrededor de la mesa para abrazar a Lise. El pelo negro y largo olía a recién lavado.

—Claro que me hace feliz. Eres divertida y muy valiente.

«Es una curiosa combinación», pensó Lise entre sollozos.

—Y también hago un estupendo sirope de chocolate. ¿Lo sabías?

—Guay —dijo Emmy. De pronto se retiró un poco y los miró con seriedad—. Tengo una pregunta. ¿Habéis pensado en darme un hermanito o una hermanita? Charlene dice que son muy divertidos.

—Creo que podremos arreglarlo —dijo Judd muy serio—. ¿Te importaría tener uno muy pronto?

—Oh, no —dijo Emmy, que besó a Lise con la boca llena de sirope y abrazó a su padre—. Tengo un montón de cosas que contar a la pandilla. Estoy tan emocionada. ¿Podré ser dama de honor?

—Claro —dijo Judd—. Deberíamos elegir una fecha. ¿Qué te parece dentro de dos semanas a partir del sábado, Lise?

—Bien —respondió Lise sin aliento.

—A lo mejor podía venir algún coche de bomberos —añadió Emmy—, como si fuera un desfile.

—Será una boda tranquila —dijo Judd con voz firme.

—Estoy segura de que, si tengo un hermano pequeño, será pelirrojo —dijo Emmy ingenuamente.

Y la verdad es que cuando el pequeño Matthew Judd Harwood nació, siete meses más tarde, tenía los ojos de color gris oscuro y una espesa pelusa de color rojo.

**Fin**